

## Sortilegio

La adorable e ingenua Rowan Murray se sentía atraída hacia Liam Donovan con una intensidad que jamás había creído posible, casi mágica. Y cuando éste la besó, se convenció de que él sentía lo mismo. Pero pronto se dio cuenta de que su enigmático vecino era tan esquivo como el misterioso lobo que había visto merodeando por su casa...

### Prologo

Negro como la noche, el lobo corría bajo la luna llena. Corría por gusto y corría solo, a través de los árboles, de las sombras moradas del bosque, de la magia nocturna.

El viento del mar silbaba canciones antiguas, azotaba los pinos, llenaba el aire con su fragancia. Pequeñas criaturas de ojos brillantes se ocultaban y miraban la bala depredadora que corría aullando a través de la niebla que envolvía el suelo.

Sabía que estaban allí, podía oler las, oír el latido temeroso de sus corazones. Pero esa noche no cazó nada, salvo la noche misma. No iba acompañado, no tenía más pareja que la soledad.

Una inquietud lo consumía. En busca de paz y sosiego, el lobo conquistaba el bosque, subía a los acantilados, rodeaba los descampados, pero nada lo aliviaba ni satisfacía.

Cuando el sendero comenzó a inclinarse y los árboles se espaciaron, redujo la velocidad y olfateó el aire. Había algo... algo que lo seducía e impulsaba a coronar los acantilados del Pacífico.

Subió las rocas con decisión y aguzó la vista buscando, explorando. Allí, en ese punto en que las olas rompían y la luna se bañaba blanca y llena, alzó la cabeza y aulló. Al mar, al cielo y a la noche.

A la magia. El aullido resonó, se expandió, llenó la noche con su pregunta, con un poder tan natural como respirar. y los susurros que le respondieron le dijeron que se avecinaba un cambio. Era el destino. De nuevo, el lobo de dorados ojos alzó la cabeza y aulló. Quería saber más, era importante. En algún lugar del horizonte un relámpago rompió la noche con un destello blanco y cegador. Después, sólo un segundo más tarde, se pudo oír la respuesta. El amor se acerca. Y la magia retembló en el aire, bailó sobre el mar a carcajadas. El cielo se consteló de estrellas. Y el lobo observó, escuchó. Incluso cuando regresó al espesor y a las sombras del bosque, la respuesta lo persiguió.

El amor se acerca. La inquietud que lo consumía le aceleró el corazón, lo lanzó disparado entre los árboles, desgarrando la niebla con cada paso. La sangre le hervía, giró a la izquierda, hacia el suave brillo de las luces. La ventana de un refugio le daba la bienvenida. Los susurros de la noche enmudecieron. Mientras subía las escaleras, una nube blanca lo envolvió, resplandeció una luz azulada. Y el lobo se convirtió en

hombre.

Uno

Cuando Rowan Murray divisó la cabaña, sintió una mezcla de alivio y temor. La aliviaba haber terminado el largo viaje que la había conducido desde San Francisco a ese refugio de la costa de Oregón. Y eso mismo le dio también miedo. Estaba allí. Lo había hecho. ¿Qué haría a continuación? Lo práctico era salir del todoterreno, abrir la puerta y echar un vistazo al sitio que sería su hogar durante los siguientes tres meses. Deshacer las maletas, prepararse un té y darse una ducha. Sí, eso era lo práctico, se dijo Rowan, sentada en el asiento delantero de su nuevo Range Rover, apretando el volante con fuerza.

Estaba sola. Absolutamente sola. Era lo que quería, lo que necesitaba. Lo que había buscado desde hacía meses. Por eso, cuando le habían ofrecido la cabaña, se había aferrado a ella como un náufrago a una tabla. y ahora que estaba allí, no se atrevía ni a salir del coche.

—No seas tonta, Rowan —susurró esta al tiempo que cerraba los ojos. No seas cobarde. Permaneció sentada, haciendo acopio de valor. Era una mujer baja, esbelta, de pelo liso y castaño. Lo llevaba recogido por detrás en una coleta que se estaba soltando. De nariz larga y afilada, tenía una boca ligeramente ancha para el triángulo de la cara. Sus ojos, cansados tras horas de conducir, eran azul oscuro y alargados... Ojos de elfo, solía decir su padre. Al pensar en él, sintió que se le poblaban de lágrimas. Lo había decepcionado. Y también a su madre. La culpa le pesaba en el pecho como una piedra granítica. No había sido capaz de explicar con claridad por qué no había querido seguir el camino que con tanto cuidado le habían allanado sus padres. Pero cada paso que había dado por ese camino la había hecho sentirse infeliz, segura de estar alejándose del sitio en que necesitaba estar.

Alejándola de lo que necesitaba ser. Así que había acabado huyendo. Aunque no exactamente. Era demasiado previsora para echar a correr como una ladrona en medio de la noche. Se había trazado un plan y había seguido unos pasos concretos... que la habían apartado de su casa, de su carrera y de su familia. De un amor que la estaba asfixiando como si tuviese manos para taponarle la nariz y la boca. Allí, en esa cabaña, sería capaz de respirar, de pensar y decidir. Y quizá, sólo quizá, lograría comprender qué le impedía ser lo que todos esperaban de ella.

Si al final descubría que estaba equivocada y todos los demás tenían razón, estaba dispuesta a asumirlo. Pero antes se tomaría tres meses para ella. Abrió los ojos, miró y se relajó. Era un paisaje bello. Los árboles se elevaban majestuosos hacia el cielo, el sol brillaba entre el follaje y la misma cabaña destellaba bajo el sol. El porche parecía ideal para sentarse durante las mañanas perezosas o los plácidos atardeceres. Además, ya se habían abierto los primeros brotes de la primavera.

Aunque aún hacía frío. Belinda le había recomendado que se comprara una bufanda y la había avisado de que la primavera tardaría todavía en llegar a ese pequeño rincón del mundo.

Encendería la chimenea, se dijo Rowan. Uno de los lugares favoritos de la casa de sus padres era la chimenea del salón, siempre crepitante y acogedora cuando el frío caía riguroso sobre la ciudad.

Sí, encendería un fuego en cuanto se instalase, se prometió Rowan. Para darse la bienvenida a su nueva casa. Más calmada, abrió la puerta y bajó del todoterreno. Rompió una rama con las botas y el sonido la asustó un poco. Luego se echó a reír. Movié las llaves para hacer ruido mientras se dirigía a la cabaña. Subió los dos escalones del porche, introdujo la llave de la entrada en la cerradura, respiró profundo, abrió... y se enamoró.

— ¡Qué maravilla! —exclamó sonriente—. Belinda, te quiero.

Las paredes estaban decoradas con algunos de los cuadros por los que su amiga era famosa, la chimenea estaba limpia y tenía una pila de leños esperando para arder, el suelo estaba cubierto por alfombras coloridas, los muebles compartían la belleza de la sencillez y había varios cojines color esmeralda, zafiro y rubí. Para completar el cuento de hadas, había estatuas de dragones, magos, cuencos llenos de piedrecillas, minerales y flores secas. Rowan subió las escaleras entusiasmada y siguió sonriendo al descubrir las dos espaciosas habitaciones de la planta superior.

Una, muy luminosa, era el despacho que usaba su amiga cuando iba al refugio, como lo probaban el caballete, los lienzos, pinceles y paletas de pintura que había a la vista.

Tenía candelabros de plata, estrellas cristalinas y una bola también de cristal. El dormitorio la encantó. Tenía una capa enorme, una chimenea pequeña para calentar la pieza y un armario de madera. Se respiraba paz. Sí, ahí sí podía respirar, se dijo Rowan contenta. Por alguna extraña razón, tuvo la sensación de que podría echar raíces en ese bosque. Deseosa por instalarse, bajó las escaleras, salió de la cabaña y fue a su todoterreno. Había agarrado una primera caja del portamaletas cuando la piel de la nuca se le erizó. De pronto, el corazón le golpeó el pecho con fuerza y las palmas se le humedecieron de sudor. Se giró a toda velocidad y se quedó boquiabierta.

El lobo era negro, con ojos brillantes como monedas de oro. Y estaba entre los árboles, quieto como una estatua, observándola. Rowan no podía sino mirar al animal. ¿Por qué no gritaba?, se preguntó. ¿Por qué no echaba a correr?

Sobre todo, ¿por qué estaba más sorprendida que asustada? ¿Había soñado con él?, ¿estaba recordando un sueño en el que un lobo se acercaba a ella en medio de la niebla?

Pero eso era ridículo. Ella nunca había visto un lobo fuera de un zoo. Y, desde luego, seguro que no había visto ninguno que la mirase de esa manera.

— Hola —lo saludó con naturalidad.

Luego rió, pestañeó y, al abrir los ojos, el lobo había desaparecido.

Por un momento, tuvo la sensación de estar saliendo de un trance. Cuando por fin se le despejó —la cabeza, miró hacia los árboles en busca de algún movimiento, de alguna sombra o algún rastro.

Pero no había más que silencio.

—Ya te estás imaginando cosas —se reprochó mientras cargaba la caja—. Si allí había algo, no era más que un perro. Los lobos eran animales nocturnos, ¿no? No se acercaban a las personas a la luz del día, para quedarse quietos mirando y luego desvanecerse..

Pero estaba segura de que había sido un lobo. Belinda no le había hablado de ninguno, sin embargo. Como no le había dicho que tuviese ningún vecino cerca. Era extraño, por otra parte, que no le hubiese preguntado ella si los tenía.

En fin, era evidente que había un vecino en los alrededores y que tenía un perro grande y negro. Supuso que podrían mantenerse alejados el uno del otro. El lobo miraba desde las sombras de los árboles. ¿Quién era esa mujer?, ¿por qué era la mujer? Se movía de prisa, un poco nerviosa, lanzando alguna mirada hacia atrás mientras llevaba sus pertenencias del coche a la cabaña.

La había oído a más de quinientos metros de distancia. Había oído sus temores, su ansiedad y sus deseos. Y la r había seguido. ! Apretó los dientes enfadado y desafiante. Se negaba a ir por ella. No podía dejar que esa mujer lo cambiara o cambiase lo que quería. Se dio media vuelta en silencio y desapareció entre los árboles. Rowan encendió un fuego y fue organizando el equipaje mientras las llamas flameaban en la chimenea. No tenía muchas cosas en realidad. Ropa sobre todo. La mayoría de las cajas estaban atestadas de libros. Libros de los que no podía prescindir, libros que se había prometido leer. Libros de estudio y libros de ocio. Había desarrollado una gran afición por la lectura, por explorar nuevos mundos por medio de la palabra escrita. Y era ese amor tan grande el que la hacía cuestionarse a menudo su trabajo de profesora.

Sus padres siempre la habían animado a que lo fuese. Ella siempre había tenido facilidad para aprender. Había sacado buenas notas en el instituto, se había licenciado en la universidad y luego había realizado un máster en Didáctica y Pedagogía. A los veintisiete años, ya llevaba seis enseñando, y lo hacía bien, pensó mientras daba un sorbo a una taza de té. Localizaba los puntos fuertes y débiles de sus alumnos, sabía captar su interés y hacerlos participar, desafiarlos.

Pero apenas avanzaba con el doctorado. Se despertaba cada mañana vagamente insatisfecha y regresaba a casa descontenta todas las tardes. Porque no amaba la enseñanza. Cuando había intentado explicárselo a la gente que la quería, esta se había quedado perpleja. Sus alumnos la apreciaban y respetaban, los compañeros del colegio también la valoraban. ¿Por qué no se doctoraba, se casaba con Alan y llevaba una vida ordenada como era debido?

Eso mismo se preguntaba Rowan. Y la única respuesta que tenía estaba en su corazón.

Decidió salir a dar un paseo para desejarle y hacerse una idea de dónde estaba. Quería ver los acantilados de los que le había hablado Belinda. Cenó la puerta con cerrojo, respiró hondo y aspiró la fragancia de los pinos y el mar. Recordó el dibujo que su amiga le había hecho de la cabaña, del bosque, de los acantilados. Puso a un lado sus dudas y sus nervios y echó a andar.

Nunca había vivido fuera de la ciudad. Crecer en San Francisco no la había preparado para la amplitud del bosque de Oregón, para sus olores y sus sonidos. Aun así, poco a poco logró ir relajándose. Los abetos se alzaban por encima de ella, la hierba crecía tupida y el suelo se poblaba de coníferas.

Por todas partes podían verse helechos, algunos finos y afilados como espadas, otros transparentes... como hadas que bailan por la noche, pensó Rowan.

El agua de un arroyo corría mansamente hasta caer por una pequeña cascada, fría e impoluta. Siguió el curso del agua y se relajó con su arrullo. Había una curva más arriba y, justo a la vuelta, encontraría el tocón de un viejo árbol que parecía la cara de un anciano. Era un buen lugar para sentarse y ver el bosque plácidamente. Entonces, al ver la corteza del árbol que, en efecto, parecía la cara de un anciano, se detuvo. ¿Cómo había sabido la existencia de ese tocón? No formaba parte del dibujo que le había hecho Belinda; así que, ¿cómo lo había adivinado?

— Porque lo habrá mencionado. Me lo diría en algún momento — se dijo Rowan—. Es la clase de cosas que a Belinda le gusta contar y a mí se me habría olvidado.

Pero Rowan no se sentó. Tenía la sensación de que el bosque estaba vivo, encantado, precisó sonriente. Estaba en el bosque encantado con el que todas las niñas soñaban, donde las hadas bailan y el príncipe espera a rescatar a la dama para liberarla del hechizo de un brujo malvado.

No tenía que temer nada. Estaba sola en el bosque y nadie la reprendería si se abandonaba a ensoñaciones sobre cuentos de hadas. Sus sueños le pertenecían a ella.

Sí, si tuviera que contarle un cuento a una niña, sería sobre un bosque encantado... y sobre un príncipe que lo habitaba y caminaba entre los árboles en busca de su verdadero amor. Estaba hechizado, pensó Rowan, convertido en un lobo negro. Hasta que la doncella aparecía y lo salvaba gracias a su valor, su astucia y su amor. Rowan suspiró y lamentó no tener más talento para inventar los detalles de un buen cuento. Tenía buenas ideas, pero nunca conseguía transformarlas en relatos absorbentes. Así que se dedicaba a leer y admiraba a quienes sí tenían talento escribiendo. Oyó el susurro del mar y giró hacia la izquierda de una bifurcación. Lo que al principio había sido un susurro fue convirtiéndose en un rugido. Rowan apretó el paso y casi estaba corriendo cuando salió del bosque y llegó a los acantilados.

Mientras se encaramaba a las rocas, el viento soplabla. Soltó una sonora carcajada, entusiasmada al alcanzar la roca más alta. Sin duda, era una vista fabulosa. Kilómetros de océano azul que acababan estrellándose contra las rocas, el sol de la tarde relucía y destellaba sobre aquella alfombra ondulante. Había un par de veleros a lo lejos, cabalgando las olas, y una isla pequeña salía del agua con forma de joroba. A sus pies se acumulaban los mejillones, negros y brillantes. Rowan apoyó la arilla sobre las manos y observó el mar hasta que los veleros desaparecieron y el mar se quedó vacío.

— La primera vez en mucho tiempo que no hago nada en toda la tarde — murmuró mirando al cielo—. Qué gozada.

Suspiró contenta, se levantó, estiró los brazos, dio media vuelta... y estuvo a

punto de caerse por los acantilados. Lo habría hecho si él no se hubiera movido tan rápidamente; tanto, que Rowan no había advertido el movimiento. Pero sus manos la estaban sujetando con firmeza para que recuperase el equilibrio.

—Quieta —dijo él.

Podía ser el príncipe soñado por cualquier mujer. O el ángel oscuro de sus fantasías más secretas. Su cabello era negro como una noche sin luna y le caía suelto alrededor de la cara, iluminada por el sol. Una cara de facciones contundentes, con una boca firme que no sonreía, rebosante de belleza masculina.

Era alto, aunque eran sus ojos los que la tenían hipnotizada. Porque tenía los mismos ojos del lobo que creía haber visto, de un color marrón dorado, intenso, bajo unas cejas negras como el cabello. La estaba mirando fijamente, sin soltarla aún, y Rowan advirtió impaciencia y curiosidad en aquel rostro tan atractivo.

—Yo... me has asustado. No te había oído — balbuceó Rowan.

El hombre comprendía la sorpresa de la intrusa. Podía haberse hecho notar de modo gradual. Pero verla sonriendo sobre la roca, mirando con la vista perdida en el mar, lo había aturdido.

—No me has oído porque estabas soñando despierta — respondió él por fin—. Hablabas contigo misma —añadió.

—Sí... tengo esa mala costumbre... de hablar sola.

— ¿Por qué estás tan nerviosa?

—No estoy... no lo estaba —susurró Rowan. ¡Dios!, ¡se iba a poner a temblar como aquel desconocido no la soltara en seguida! Hacía demasiado tiempo que no estaba tan cerca de ningún hombre que no fuese Alan. Y más aún que su cuerpo no reaccionaba de ese modo tan violento y perturbador. ¡Hasta había estado a punto de caerse al agua!

—No lo estabas —el hombre deslizó las manos hasta captarle el pulso en las muñecas—. Pero ahora sí lo estás.

— Ya te he dicho que me has asustado — respondió ella —. Es una buena caída — argumentó.

— Cierto — el hombre la retiró del precipicio un par de pasos —. ¿Mejor?

—Sí... Bueno, me llamo Rowan Murray, voy a ocupar la cabaña de Belinda Malone una temporada — se presentó ella. Le habría ofrecido la mano para estrechar la de él, pero era imposible, dado que seguía esposándola por las muñecas.

— Donovan, Liam Donovan — se presentó él.

— Pero no eres de aquí.

— ¿Ah, no?

—Quiero decir, tu acento. Es irlandés.

Cuando Liam sonrió y los ojos se le iluminaron, Rowan contuvo las ganas de suspirar como una adolescente frente a su ídolo de rock.

— Soy de Irlanda, pero vivo aquí desde hace casi un año. Mi cabaña está a menos de medio kilómetro de la de Belinda.

— ¿Así que la conoces?

— Más o menos — contestó Liam. Había dejado de sonreír y la estaba mirando a los ojos—. No me dijo que fuera a tener compañía.

— Se le olvidaría. A mí tampoco me comentó que tenía un vecino cerca — repuso Rowan. Por fin la había soltado, pero aún sentía el calor de sus dedos en tomo a las muñecas —. ¿Qué haces por aquí?

—Lo que me apetezca en cada momento. Supongo que tú vienes con la misma intención. Te vendrá bien, para variar.

— ¿Cómo dices?

— Tú no haces lo que te apetece a menudo, ¿no es cierto, Rowan Murray?

—Rowan sintió un escalofrío e introdujo las manos en los bolsillos. El sol se iba ocultando tras el horizonte y la sensación de frío estaba justificada.

—Creo que será mejor que tenga cuidado con lo que digo de mí misma a un vecino sigiloso y desconocido.

— Estamos a medio kilómetro, tranquila. Me gusta estar solo — respondió él—. No te molestaré.

—No pretendía ser ruda —Rowan esbozó una sonrisa y lamentó haber sido tan descortés—. Siempre he vivido en la ciudad y...

— No te gusta — murmuró Liam.

—¿Qué?

— La ciudad. No te gusta, o no estarías aquí, ¿no es cierto? — se explicó Liam.

—¿Pero qué más le daba si le gustaba o no la ciudad?, se preguntó desconcertado. Esa mujer no sería nada en su vida a menos que así lo decidiera él mismo. .

— Yo... no estaré mucho tiempo.

—De eso hay más que de sobra en este bosque. ¿Sabes volver?

—¿Qué?, ¿a la cabaña? Sí, tomo el sendero de la derecha y luego todo recto.

—No te entretengas mucho —Liam se dio media vuelta y empezó a bajar de las rocas—. La noche cae muy rápido a estas alturas del año y es fácil perderse en la oscuridad — añadió, girando la cabeza para hablarle a la cara.

—No, no tardaré en volver... ¿Liam?

Este se detuvo y le lanzó una mirada tan transparente que a Rowan no le costó ver la sombra de impaciencia que la apagaba. .

—¿Sí?

—Me preguntaba... ¿dónde está tu perro?

Esbozó una sonrisa fugaz y radiante que la hizo sonreír también a ella.

—No tengo perro —contestó Liam.

—Pero yo creía que... ¿hay más cabañas por aquí?

— A unos cuatro kilómetros. Aquí sólo estamos nosotros... y lo que vive en el bosque —dijo él—. No tengas miedo, no hay nada que temer. Disfruta de tu paseo y del resto del día — añadió para tranquilizarla, al advertir cierta inquietud en la expresión de Rowan.

Antes de que se le ocurriera otra pregunta con que retenerlo, Liam había saltado por una roca y se había perdido entre los árboles. Fue entonces cuando advirtió que

estaba oscureciendo, que hacía frío y soplaban el viento. Dejó a un lado su orgullo, bajó las rocas y lo llamó.

—¿Liam?, ¿te importa esperarme? Iré contigo un rato.

Pero sólo obtuvo la respuesta del eco. Rowan avanzó aprisa, con la garganta seca, convencida de que lo había visto entre unos troncos. Pero no logró encontrarlo.

— Además de sigiloso, rápido — murmuró mientras respiraba hondo — . Está bien, aquí no hay nada que no estuviera ya cuando había luz. Vuelve por donde has venido y deja de comportarte como una idiota — se dijo.

Pero a medida que se internaba en el bosque, más sombrío se tornaba este y mayor era la niebla que envolvía el camino. Habría jurado que oía música, como unas campanas... o quizá una risotada. Armonizaba con el sonido del arroyo y el frufrú de las hojas mecidas por el viento.

Una radio, pensó Rowan. O una televisión. Los sonidos se transmitían de modo extraño en algunos lugares. Liam habría puesto algo de música y, por cualquier razón, ella podía oírlo. Lo curioso era que parecía proceder de su propia cabaña. El viento jugaba esos trucos.

Suspiró aliviada cuando por fin divisó el refugio... pero se quedó de piedra al ver un par de ojos destellantes entre las sombras. Un segundo después, unas hojas se movieron al frente y el animal desapareció. Rowan avivó el paso y no lo redujo hasta haber alcanzado la cabaña. Y no volvió a respirar con normalidad hasta que estuvo dentro y hubo cerrado la puerta con cerrojo.

Encendió todas las luces de la planta baja y, ya más calmada, se sirvió una copa de vino de una de las botellas que había llevado consigo. Alzó la copa y, antes de tragar el líquido, brindó:

—Por los comienzos extraños, los vecinos misteriosos y los perros invisibles.

Luego, para sentirse más cómoda, calentó una sopa de sobre y se la tomó de pie, soñando, mirando por la ventana de la cocina, como solía hacer en su apartamento de la ciudad.

Pero los sueños de ahora eran mejores, más claros. Sueños con árboles gigantes, agua y olas de blancas crestas, crepúsculos. Sueños sobre un hombre guapo de ojos marrón dorado que la salvaba de caer al mar y la miraba sonriente. Suspiró. Le habría gustado haber reaccionado de otro modo, haber encontrado el modo de coquetear con él, de hablarle con naturalidad, para que la hubiese mirado con interés, en vez de con impaciencia.

Lo que era una estupidez, pues seguro que Liam Donovan no estaría perdiendo el tiempo pensando en ella. Sin duda, era inútil abandonarse a ese tipo de fantasías. Fregó el plato que había usado y subió las escaleras. Una vez arriba, se dio el capricho de llenar la bañera con agua caliente y burbujas fragantes, y se metió dentro con un libro y una segunda copa de vino.

En seguida cayó en la cuenta de que aquel era un lujo que no acostumbraba a permitirse.

—Pero eso va a cambiar —se dijo mientras recostaba la espalda y gemía de



placer—. Como tantas otras cosas.

Cuando el agua se quedó tibia, se levantó para secarse y estrenar uno de los dos pijamas de lana que había comprado. Después encendió la chimenea del dormitorio, se tumbó sobre la cama y se acomodó, dispuesta a proseguir con la lectura de su libro. Diez minutos después estaba dormida, con las gafas de cerca resbalándole sobre la nariz, las luces dadas y el vino calentándose en la copa.

Soñó con un lobo negro y ágil que entraba de puntillas en el dormitorio y la observaba con curiosidad mientras dormía. Tenía los ojos dorados y parecía hablarle telepáticamente:

—No estaba buscándote —le decía el animal—. No quiero lo que me vas a ofrecer. Vuelve a tu mundo, Rowan Murray. El mío no es para ti.

— Sólo quiero tiempo — contestaba ella con el pensamiento—. Necesito un poco de tiempo.

El lobo se acercaba a la cama, de modo que Rowan casi podía tocarle la cabeza con la mano.

— Si lo buscas aquí, podemos quedar atrapados. ¿Estás dispuesta a arriesgarte?

—Ya es hora de que alguna vez me arriesgue — respondía Rowan mientras acariciaba la piel del lobo.

Entonces, el lobo se convertía en un hombre y se acercaba a ella.

— ¿Qué pasaría si te besara ahora, Rowan? —le preguntaba. Rowan gemía y estiraba los brazos para darle la bienvenida —. Duerme — añadió Liam al tiempo que le quitaba las gafas y las colocaba sobre la mesilla de noche. Luego apagó la luz, se metió las manos en los bolsillos para no tocar a Rowan y suspiró.

—Maldita sea — se lamentó Liam — . No quiero que pase. No la quiero. y desapareció.

Después, mucho después, Rowan soñó con un lobo negro como la medianoche sobre los acantilados. Alzaba la cabeza al cielo y aullaba a la luna que nadaba en el mar.

Dos

Durante los siguientes días, Rowan se dedicó a buscar al lobo. Solía encontrarlo por la mañana, o justo antes del crepúsculo, parado entre los árboles. Observando la cabaña, pensó ella. Observándola.

y se dio cuenta de que sentía cierta decepción cuando no lo veía. Tanta que empezó a dejar comida afuera, con la esperanza de seducirlo y convertirlo en un visitante que frecuentara lo que Rowan ya empezaba a considerar su pequeño y nuevo mundo. Pensaba en él a menudo. Despertaba casi todas las mañanas con retazos de sueños en la memoria. Sueños en los que el lobo se sentaba junto a la cama mientras ella dormía, en los que a veces estiraba la mano para acariciarle la piel o sentir su potente lomo.

De vez en cuando, el lobo y su vecino se mezclaban. Esos días, despertaba temblorosa, con una sensación de frustración sexual que la apabullaba y avergonzaba. Cuando recuperaba la lucidez, se recordaba que Liam Donovan era el único ser humano que había visto en la última semana. Además, se trataba de un hombre espectacular,

modelo perfecto para alimentar sueños eróticos. Pasaba la mayor parte del tiempo leyendo o dibujando, o dando largos paseos. E intentando no pensar que ya era hora de realizar la llamada telefónica semanal que les había prometido a sus padres. Aunque disfrutaba de la paz, la soledad, la falta de obligaciones con que ocupar el tiempo, también había momentos en que se sentía desoladoramente solitaria. Pero ni siquiera cuando la acuciaba la necesidad de escuchar otra voz, o de establecer un mínimo contacto humano, reunió el valor ni encontró una excusa razonable para buscar a Liam.

Podría ofrecerle una taza de café, pensó mientras el sol se perdía tras los árboles. O invitarlo a cenar y charlar un rato, pensó mientras jugueteaba con su , coleta.

— ¿Es que él no se siente solo nunca? — se preguntó —. ¿Qué hace durante todo el día y toda la noche?

El viento sopló y un trueno sonó a lo lejos. Se avecinaba una tormenta, musitó Rowan mientras se acercaba a la entrada para abrir la puerta al aire fresco. Alzó la vista, miró las nubes negras que se amontonaban en el cielo y vio el destello de un relámpago lejano. Pensó que sería muy agradable dormirse con el ruido de la lluvia cayendo sobre el tejado. O, mejor aún, acurrucarse en la cama con un libro y leer hasta bien avanzada la noche mientras el viento aullaba y la lluvia azotaba.

Sonrió y, de pronto, se encontró frente al lobo. Rowan dio un paso atrás y se llevó una mano a la garganta, adonde se le había subido el corazón. El lobo estaba muy cerca, nunca se había aproximado tanto.

—Hola —lo saludó después de tranquilizarse, aunque sin separarse de la puerta, por si necesitaba encerrarse —. Eres muy bonito. Te busco todos los días, pero nunca te comes lo que te dejo. Lo siento, no soy muy buena cocinando... Pero me alegro de que hayas venido. No te haré daño, de verdad...¿Sabías? He estado leyendo sobre lobos. ¿No es extraño que me haya traído un libro sobre ti? Ni siquiera recuerdo haberlo metido en la maleta, pero me he traído tantos libros... ¿Por qué estás conmigo, en vez de correr junto a una loba? — añadió mientras le acariciaba la piel.

Rowan advirtió la expresión sombría del lobo y, de pronto, se sobresaltó cuando un relámpago quebró el cielo, seguido por un potente trueno. El lobo había desaparecido. Se había quedado sola. Rowan se sentó en la mecedora del porche, acurrucó las rodillas junto al pecho y contempló la caída de la lluvia.

Estaba pensando en ella demasiado y eso lo irritaba. Liam se enorgullecía de su autocontrol. Cuando uno poseía un poder, debía saber controlarse, porque un poder indómito podía corromper y destruir.

Desde el mismo día de su nacimiento le habían enseñado las ventajas y las responsabilidades que tenía en la vida. La soledad era el modo de escapar a éstas últimas, al menos momentáneamente.

Porque sabía bien que nadie podía escapar a su destino. y el hijo de un príncipe, por más que lo disgustara, tenía la obligación de aceptar el suyo. Solo, en su cabaña, pensaba en ella, en el susto que se había dado al verlo, en el temor que había asomado

a su rostro incluso mientras lo había acariciado.

Aunque se forzaba a alejarse de la mujer, tenía una dulzura que lo atrapaba. Rowan estaba intentando ganarse su confianza, dejándole comida junto a la puerta, hablándole con esa voz suave y nerviosa al mismo tiempo. Se preguntaba cuántas mujeres solas en medio de un bosque tendrían el valor o el deseo de hablar con un lobo y tratar de hacerse amigas suyas. Y ella creía que era una cobarde... Liam había inspeccionado los pensamientos de Rowan, un segundo, lo suficiente para leerlos. No tenía ni idea de lo que llevaba dentro, no lo había explorado, no se lo habían permitido. Era una mujer con un sentido muy arraigado de la familia, leal y con una tendencia lamentable a subestimarse. Sacudió la cabeza mientras daba un sorbo de café y observaba la tormenta. ¿Qué demonios debía hacer con ella?

Si se la habían enviado y él la aceptaba, no haría sino someterse a la voluntad de un destino que Liam no había elegido. Por otra parte, había necesidades acuciantes. Después de todo, era una bella mujer, vulnerable, un poco perdida. No era extraño que se sintiera atraído hacia ella, más aún después del largo periodo de soledad que se había impuesto. Pero los sentimientos que estaba experimentando eran más profundos, potentes y exigentes que nunca. Y cuando los sentimientos eran demasiado intensos, podía perderse el control. Sin control no se podían tomar decisiones y él se había dado ese año como plazo máximo para tomarlas.

El amor se acerca.

Apretó los dientes y colocó la taza de café sobre la mesa.

— ¡Maldita sea!, ¡ya me las arreglaré! — murmuró al oír aquel susurro.

— Siempre tan testarudo —le oyó decir a su madre—. ¿Vas a dejarla marchar?

— Es mejor para los dos. Ella no es como nosotros.

— Cuando estés preparado, mirarás en su corazón y en el tuyo. Confía en lo que veas —le recomendó la madre— Saludaré a papá de tu parte.

— Hazlo. Te quiero. .

— Lo sé. Vuelve pronto a casa, Liam Donovan. Te echamos de menos.

Acto seguido, un rayo iluminó el cielo y cayó como una lanza contra la tierra. Luego sonó un trueno y Liam comprendió que era la voz de su padre, reforzando las palabras de la esposa.

— Está bien, echaré un vistazo, a ver cómo sobrelleva la tormenta esa mujer — accedió él. Se giró hacia la chimenea, apuntó a una llama y dijo—: ¡rayos fogosos y gimientes truenos!, ¡lo que sienta Rowan palpita igual en mi seno!

Metió las manos en los bolsillos mientras el fuego se remansaba. Una luz iluminó la chimenea y, por fin, pudo ver a Rowan entre las llamas. Sujetaba una vela que alumbraba su tez en medio de la oscuridad. Estaba buceando en los cajones de la cocina, hablando consigo misma, como tenía por costumbre. Dio un respingo cuando el siguiente rayo rompió el cielo de la noche.

No se le había ocurrido que pudiera estar asustada, se recriminó Liam, alisándose el cabello. ¿Es que Belinda no le había explicado dónde estaban la linterna ni las luces de emergencia? —Parecía que no.

No podía dejarla así, temblando y tropezando con todo, ¿no?

— Sólo es una tormenta, no pasa nada — se repetía Rowan mientras encendía más velas.

La oscuridad no le daba miedo, pero el rayo había caído tan cerca del refugio... Si no hubiera estado sentada afuera, soñando despierta mientras la tormenta arrancaba, habría podido encender la chimenea, tendría luz y calor y estaría disfrutando de un ambiente acogedor. Pero se había quedado sin electricidad, los teléfonos no funcionaban y la tormenta parecía estar descargando justo sobre su cabaña.

Había docenas de velas, eso sí. Velas blancas y velas azules, velas rojas, verdes. Era como si Belinda hubiera pensado en poner una tienda. Reservó las más bonitas. Después de todo, ya tenía encendidas unas cincuenta, las cuales proporcionaban luz suficiente y una maravillosa mezcla de aromas que le apaciguaba los nervios.

— Todo bien —se dijo mientras prendía una última vela y se frotaba las manos—. Con esto veo suficiente para encender la chimenea. Luego me sentaré en el sofá y esperaré a que pase la tormenta.

Pero nada más agacharse junto a la chimenea, el viento sopló con fuerza. La puerta de la cabaña se abrió de golpe y la mitad de las velas se apagó. Rowan se incorporó de inmediato, se dio media vuelta... y gritó.

Liam estaba a unos pocos pasos, con el pelo enmarañado y el reflejo de las velas bailándole en los ojos.

— Parece que he vuelto a asustarte — dijo él con suavidad—. Perdona.

—Yo... ¡Dios! —Rowan suspiró y tomó asiento en una silla—. La puerta...

—Está abierta —Liam se giró, la cerró y dejó afuera el viento y la lluvia. Rowan estaba segura de que había echado el cerrojo antes de encerrarse en el refugio. Pero era obvio que se equivocaba, pensó mientras se esforzaba por que el corazón le latiera a un ritmo más pausado.

— Me imaginé que podrías estar en apuros... Por la tormenta.

— Se ha ido la luz — acertó a decir Rowan.

—Eso parece. ¿Tienes frío? —Liam se acercó a la chimenea y prendió un par de leños con una cerilla. Podía haberla encendido con otros medios menos convencionales, pero supuso que Rowan ya había tenido bastantes sorpresas por una noche.

—Sí... Quería iluminar esto un poco antes de hacer un fuego. Belinda tiene muchas velas.

—Normal —comentó él mientras las llamas consumían los leños—. En seguida entrarás en calor. Hay un generador en la parte trasera. Si quieres puedo ponerlo en marcha, aunque no creo que la tormenta dure ya mucho.

Se quedó quieta, con la luz de la chimenea bailándole en la cara, mirándolo. Rowan se olvidó de la lluvia y de la oscuridad. Se preguntó si el cabello de Liam sería tan suave como parecía... y por qué se estaba imaginando que Liam se acercaba a ella y aproximaba la boca hasta dejarla a un suspiro de sus labios.

— Estás soñando despierta otra vez, Rowan.

—¿Qué? —preguntó esta. Parpadeó ruborizada y sacudió la cabeza—.Perdona, es

la tormenta... ¿Quieres un poco de vino? Tengo uno de Italia muy rico. En seguida vuelvo — añadió, huyendo ya hacia la cocina.

¡ Por todos los santos!, murmuró Rowan mientras sacaba la botella de la nevera. ¿Por qué la ponía tan nerviosa la proximidad de Liam? Ya había estado a solas con hombres atractivos en otras ocasiones. Era una mujer adulta, ¿no?

Llenó de vino dos copas. Cuando se dio la vuelta, con una en cada mano, Liam estaba justo detrás de ella.

—¿Siempre tienes que ser tan silencioso! — espetó Rowan sin controlarse.

Luego observó la súbita y fabulosa sonrisa de Liam, brillante y cegadora como un rayo.

— Supongo que no.

Liam decidió que tenía derecho a darse algún capricho, así que, sin dejar de mirarla a los ojos, le alzó una mano, inclinó la cabeza y se la lamió. Por su parte, Rowan sólo acertó a emitir un pequeño gemido.

—Gracias por el vino —dijo él entonces, al tiempo que tomaba una de las dos copas—. Tienes una cara preciosa, Rowan Murray. No he parado de pensar en ti desde la última vez que te vi.

— ¿De veras?

—¿Creías que no me fijaría en ti?

Era tan obvio su desconcierto que resultaba tentador aprovecharse. Pensó en dar un paso adelante y acariciarle el cuello con un dedo. Notaría su piel suave y cálida, frágil. Luego unirían las bocas y cataría sus labios, mezclados con el sabor del vino. y sería incapaz de detenerse y dejarlo en algo tan sencillo e inocente.

—Vamos a la chimenea —propuso Liam por fin—. Estaremos más calientes.

Rowan identificó el dolor que notaba en su interior. Era el mismo dolor con el que despertaba siempre que soñaba con él.

— Si has venido aquí para relajarte —continuó Liam—, lo estás haciendo de pena. Siéntate y cálmate un poco. La tormenta pasará en seguida... y yo tampoco me quedaré mucho — añadió después de entrar ambos en el salón.

—Me gusta que me acompañes. No estoy acostumbrada a estar sola tanto tiempo.

Rowan se sentó y sonrió. Pero él siguió de pie junto a la chimenea, rniéndola. Con una mirada que le recordaba a la del...

—¿No habías venido a eso? —preguntó Liam para interrumpirle los pensamientos, antes de que descubriera algo para lo que aún no estaba preparada—. ¿Para tener tiempo de estar sola?

— Sí, y me gusta. Pero se me hace raro. He sido profesora varios años. Estoy acostumbrada a estar rodeada de personas.

— ¿Te gustan?

— ¿Los alumnos?

—No, las personas —corrigió Liam—.En general.

—Pues... sí —Rowan rio y se recostó sobre la silla—. ¿A ti no?

~No especialmente —Liam dio un sorbo de vino—. Muchas son exigentes,

egoístas, egocéntricas. Y aunque eso no es un problema en sí, a menudo se hacen daño adrede.

—No creo que la mayoría haga daño a propósito —repuso Rowan—. No entiendo por qué eres tan negativo.

— Si no lo crees es porque eres una romántica, aparte de ingenua — contestó él—. Lo cual resulta muy dulce.

— ¿Debo sentirme ofendida o halagada? — se preguntó Rowan en voz alta, sonriendo tranquila, aun cuando Liam tomó asiento en la otomana que había frente a ella.

—La verdad puede aceptarse sin tomarla como un piropo ni un insulto. Simplemente, es la verdad — afirmó Liam—. ¿Qué enseñas?

—Literatura... o eso hacía.

— Eso explica que tengas tantos libros —comentó él en alusión a varios montones que había sobre la mesa.

— Leer es uno de mis mayores placeres. Me encanta adentrarme en la trama de un cuento o de una novela.

—Pero esto... —Liam estiró un brazo y agarró un libro que había sobre la mesa—. Historia de los lobos. Esto no es un cuento precisamente.

—No, lo compré un día llevada por, un impulso y lo incluí entre los demás sin darme cuenta. Pero me alegro de haberlo hecho — Rowan se acarició un mechón de la coleta, en un gesto típico de ella —. Seguro que has visto al lobo negro que merodea por aquí — añadió.

Liam la miró a los ojos mientras daba un nuevo sorbo de vino.

—No puedo decir que no lo haya visto.

—Yo me lo encuentro casi todos los días. Es precioso, y no parece huir de las personas. Esta misma noche, justo antes de que empezara a llover, vino hasta mi puerta. Y a veces lo oigo aullando. ¿Tú no lo has oído?

— Yo estoy más cerca del mar — contestó él—. Eso es lo que yo oigo. Los lobos son animales salvajes, Rowan, — como estoy seguro que habrás leído en tu libro. Y los lobos solitarios son los más salvajes de todos.

—No pretendo domesticarlo. Pero creo que tenemos una curiosidad recíproca — Rowan miró por la ventana y se preguntó si el lobo habría encontrado algún lugar seco donde resguardarse—. No cazan por deporte, ni por crueldad. Cazan para alimentarse. La mayoría de las veces viven en grupo, protegen a los lobeznos, se rigen por el instinto natural y... —dejó la frase colgando, sobresaltada por un nuevo relámpago. .

— La naturaleza es violenta. Puede ser generosa o despiadada — observó Liam, devolviendo el libro a la mesa.

—Basta con tener cuidado —repuso ella.

Estaban muy juntos, sus rodillas se rozaban. Rowan podía oler la fragancia masculina de él, casi animal y, desde luego, muy peligrosa.

— Exacto. Conviene tener cuidado con los instintos —dijo Liam con una sonrisa enigmática —. Voy a poner el generador. Estarás más tranquila con algo de

electricidad.

— Sí, supongo que tienes razón —Rowan se puso de pie. Se preguntaba por qué le latía tan fuerte el corazón. No tenía nada que ver con la tormenta de afuera... y todo con la que se había desatado dentro de ella —. Gracias por la ayuda.

—No hay de qué —contestó Liam—. Sólo será un segundo... Por cierto, muy rico el vino — añadió justo antes de salir hacia la cocina, dejando atrás a Rowan, que se había quedado parada en el salón unos segundos.

Cuando entró en la cocina, las luces se encendieron. Rowan dio un grito, luego se rió de sí misma, aunque seguía preguntándose cómo era posible que Liam se moviese tan rápido. La cocina estaba vacía y las luces dadas. Pero era como si nunca hubiese estado allí. Abrió la puerta trasera y puso una mueca de desagrado cuando el viento y — la lluvia le golpearon la cara.

—¿Liam? —lo llamó. Pero no había nadie alrededor—. No te vayas. Por favor, no me dejes sola —le pidió temblando, mientras la tormenta le empapaba la camisa.

El siguiente relámpago iluminó todo el bosque... y le permitió ver al lobo, parado frente a la puerta.

— ¡Dios! — susurró Rowan. Encendió las luces del porche trasero y pudo verlo con más claridad. Estaba mojado y la estaba mirando —. Deberías entrar y protegerte de la lluvia.

Sintió un escalofrío cuando el lobo subió las escaleras del porche para guarecerse. Rowan no fue consciente de que había estado conteniendo la respiración hasta que el animal le rozó una pierna.

— Vaya, parece que tengo un lobo en casa. Un lobo muy bonito — murmuró ella. Luego lo invitó a pasar dentro de casa y cerró la puerta trasera de la cocina — . Aquí estaremos más calentitos.

Rowan se quedó asombrada y fascinada cuando el lobo echó a andar en dirección al salón, donde se aposentó frente a la chimenea. Luego giró la cabeza, como si estuviera esperándola.

— Chico listo — dijo ella mientras se acercaba con precaución. Alzó la mano y, cuando vio que el lobo no aullaba ni gruñía, se atrevió a posarla sobre el lomo del animal—. ¿Pertenece a alguien? No, seguro que tú eres libre.

Le acarició el cuello con suavidad y los ojos del lobo se agrandaron. Rowan lo interpretó como una expresión de placer.

— ¿Te gusta? A mí también. Acariciar es tan agradable como ser acariciado, aunque hace mucho que a mí no me acaricia nadie de verdad. Pero tú no quieres que te cuente mi vida. No es muy interesante — murmuró Rowan —. Seguro que la tuya sí lo es. Tendrás un montón de historias increíbles que contar.

Olía a bosque y a lluvia. A animal salvaje. Y, curiosamente, a algo familiar también. Siguió acariciándole el lomo, los flancos, la cabeza, cada vez más confiada.

— Aquí te secarás —le dijo. Y, de pronto, frunció el ceño y se quedó pensativa—. Liam no estaba mojado. Había llegado en medio de la tormenta, pero él no estaba mojado — añadió desconcertada.

Miró por la ventana mientras seguía acariciando el pelaje del lobo, tan negro como el cabello de Liam. .

—¿Cómo es posible? —prosiguió Rowan—. Aunque hubiera venido en coche, tenía que salir hasta llegar a la puerta.

El lobo se acercó a ella y restregó la cabeza contra una de las piernas de Rowan. Esta volvió a acariciarlo, sonriendo, y el gemido placentero del lobo le pareció muy humano y masculino.

— Quizás tu también te sientas solo.

Luego se quedaron en silencio; haciéndose compañía, mientras la tormenta avanzaba hacia la playa, los truenos se alejaban y la lluvia tornaba en un débil chispeo.

No la extrañó que el lobo la siguiera por la casa como si fuera lo más normal del mundo. Rowan apagó las velas y las luces, subió las escaleras, entró en el dormitorio y encendió la chimenea de este.

— Me encanta — susurró ella mientras tomaba asiento frente a las llamas crepitantes —. Incluso cuando me siento sola, como me sentía esta noche, me encanta estar aquí. Es como si siempre hubiese necesitado venir a este sitio.

Giró la cabeza, esbozó una débil sonrisa y se miraron. Ojos azules frente a ojos marrón dorado. Pasó la mano bajo la mandíbula del lobo y le acarició el cuello.

— Nadie me creería. Nadie me creería si contara que he estado en una cabaña de Oregón, yo sola, hablando con un lobo negro y precioso... Y puede que esté soñando. Eso se me da muy bien —murmuró Rowan mientras se ponía de pie—. Pero todos tenemos derecho a soñar, ¿no? Por otra parte, supongo que es lamentable que los sueños sean lo más interesante de nuestras vidas. No puedo seguir así. Y no significa que tenga que subir una montaña ni saltar en paracaídas desde un avión...

Dejó de escucharla. La había atendido todo el rato, pero ahora, mientras hablaba, Rowan se quitó el jersey y empezó a desabrocharse la camisa. Cuando se quedó en sujetador, ni siquiera oía ya sus palabras.

Era baja y esbelta. Cuando se llevó la mano al botón de los vaqueros, el hombre que había dentro del lobo se quedó sin saliva. Le hirvió la sangre, se le aceleró el corazón mientras Rowan se bajaba los pantalones.

Quiso saborear la carne, notar el tacto de sus piernas, introducir la lengua bajo la lencería blanca hasta estremecerla. Rowan se sentó para quitarse los calcetines. Luego, cuando se desabrochó el sujetador, el lobo carraspeó. Se imaginó abarcando esos pequeños montes tersos, I frotando sus pezones rosados, inclinando la cabeza hasta...

— ¡Dios! — exclamó ella de pronto, sorprendida por un nuevo relámpago —. Pensaba que la tormenta ya había pasado — añadió.

Entonces se fijó en los ojos brillantes del lobo y, en un gesto instintivo, se cubrió los pechos con los brazos. Tenía una mirada tan humana y hambrienta, pensó Rowan, asustada.

— ¿Por qué me siento de repente como Caperucita Roja? — trató de bromear—. Estoy tonta —agregó. Pero no pudo disimular el temblor de las manos mientras se



disponía a ponerse la parte de arriba del pijama. De hecho, dio un pequeño gritito cuando el lobo tiró de una de las mangas con los dientes.

Rowan rio y tiró también del pijama. La lucha la hizo reír.

—¿Te parece bonito? —le preguntó al lobo—. Acabo de comprarlo. Puede que no te guste, pero abriga mucho; así que, venga, suelta ya. El lobo obedeció de inmediato, lo cual la desconcertó sobremanera. — Te gustan las bromas, ¿eh? —comentó Rowan mientras examinaba el estado del pijama—. Bueno, al menos no lo has roto.

La miró ponérselo. Incluso eso le resultaba erótico. Y antes de que se cubriera las piernas con los pantalones, se dio el capricho de deslizar la lengua desde su tobillo hasta la parte trasera de la rodilla.

Rowan sonrió y se agachó para acariciarle las orejas, como si se tratara del perro de la casa.

—Tú también me gustas —le dijo.

Luego se soltó la coleta y, mientras iba por el cepillo, el lobo saltó sobre la cama y se tumbó a los pies —. ¡Ah, no! Me temo que no puedes quedarte ahí — añadió mientras deslizaba el cepillo por su cabello.

El lobo la miró sin pestañear. Rowan habría jurado que estaba sonriendo. Suspiró, dejó el cepillo, se acercó a un lado de la cama y, con la voz que empleaba con sus alumnos, le ordenó que bajara al suelo.

—No vas a dormir en la cama — Rowan le dio un empujón, pero al ver que el lobo le enseñaba los dientes, desistió—. Está bien, por una noche no pasará nada.

Así, mirándolo precavida, se introdujo bajo las sábanas. El lobo se limitó a apoyar la cabeza entre las patas delanteras. Como no se movía, Rowan se puso las gafas, se acomodó sobre la almohada y se dispuso a leer un rato.

Segundos después, el lobo se acercó y se tumbó junto a ella, reposando la cabeza sobre su regazo. Rowan lo acarició y empezó a leer en voz alta. Leyó hasta que los párpados le pesaron demasiado y, una vez más, volvió a quedarse dormida con un libro entre los brazos y la luz encendida. El aire sopló y el lobo se transformó en hombre. Liam le acarició la frente, agarró el libro, le quitó las gafas y lo colocó todo sobre la mesilla de noche.

Luego le levantó la cabeza para quitarle las almohadas y la recostó sobre el colchón.

— Duerme, Rowan — murmuró Liam mientras le rozaba una mejilla. Su fragancia, sedosa y femenina, bastaba para volverlo loco. Cada vez que respiraba con los labios entreabiertos parecía estar invitándolo a que la besara. Le agarró una mano, entrelazó los dedos de ambos y cerró los ojos —. Sueña conmigo, dormir no es sólo dormir. Dame lo que necesito y ten lo que deseas de mí —añadió.

Rowan gimió. Se movió. Levantó el brazo izquierdo y separó los labios. El pulso de Liam se revolucionó mientras le hacía el amor con la mente. La saboreó, la tocó con los pensamientos. Se entregó a ella.

Perdida en sueños, arqueó el cuerpo, temblando bajo unas manos fantasmales.

Lo olió, percibió esa fragancia medio animal que ya la había excitado en sueños

más de una vez. Imágenes, sensaciones y deseos se mezclaron en su cabeza. Les dio la bienvenida, murmuró su nombre, se abrió a él en cuerpo y alma.

La oleada de pensamientos fogosos la estremeció. Rowan oyó su nombre, repetido por Liam con desesperación y reverencia, una y otra vez, hasta verse arrastrados ambos por el placer.

Luego llegó el silencio. Liam se sentó, con los ojos aún cerrados y sin soltarle la mano. Oyó la lluvia y la respiración de Rowan. Y, temeroso de no poder resistir la tentación de tumbarse junto a ella, se levantó, apagó la luz... y, desapareció.

### Tres

Despertó temprano, gloriosamente relajada. Se sentía contenta y tenía la cabeza despejada. Salió de la cama, fue al baño y solo cuando estuvo bajo la ducha se acordó. De pronto, agarró una toalla y corrió hacia el dormitorio. La cama estaba vacía. No había ningún lobo acurrucado frente a la chimenea. Bajó las escaleras y exploró la casa. La puerta de la cocina estaba abierta y dejaba entrar el frío de la mañana.

Salió descalza y maldijo mientras miraba hacia el bosque.

¿Cómo se habría ido?, ¿y adónde? ¿Desde cuándo sabían abrir puertas los lobos?

No se lo había imaginado. No, se negaba a admitir que habían sido fantasías suyas. Sería tanto como reconocer que estaba volviéndose loca, pensó con una sonrisa intranquila mientras volvía a la cocina.

El lobo había estado en su casa. Se había sentado a su lado y se había acostado sobre la cama. Recordaba perfectamente el tacto de su piel, el calor que había experimentado al apoyar el lobo la cabeza sobre su regazo. Por extraño que hubiera sido todo, había sucedido. Y si le hubiera funcionado una sola neurona del cerebro, habría agarrado una cámara y le habría hecho un par de fotografías. ¿Para qué?, ¿a quién se las enseñaría?

El lobo era su juguete, no quería compartirlo con nadie. Subió las escaleras y regresó a la ducha, preguntándose cuánto tiempo tardaría en regresar. Se sorprendió cantando y sonrió. No recordaba haberse despertado tan contenta y vital en toda su vida. ¿No era ese el objetivo de esos tres meses de tranquilidad?, ¿descubrir qué la hacía feliz?

Entonces, ¿qué más daba que la respuesta fuese pasar una noche lluviosa en compañía de un lobo?

Salió de la ducha, se secó y quitó el vapor del espejo del baño. Luego miró su reflejo y se preguntó si no tenía otro aspecto. Había en sus ojos una luz que no había visto brillar hasta entonces. ¿Qué le había encendido?, se preguntó mientras se contemplaba con curiosidad.

Los sueños. Unos sueños ardientes y estremecedores. Sueños eróticos. Recordaba colores y formas, unas manos sobre sus pechos... Cerró los ojos, dejó caer la toalla y se tocó los pechos, tratando de encontrar por dónde habían viajado las caricias de la noche anterior. Nunca había sentido algo parecido. ¿Cómo era posible,

entonces, que lo hubiera sentido en sueños? ¿y por qué se había acostado con un lobo y había soñado con un hombre? Con Liam. Sabía que había sido Liam. Casi podía notar la forma de su boca sobre la de ella. Pero, ¿cómo era posible?, se preguntó mientras deslizaba un dedo sobre sus labios. ¿Cómo podía estar tan segura de lo que sentiría si Liam la besara?

— Porque lo deseas — se respondió —. Porque deseas a Liam como no has deseado a ningún hombre. Y porque eres tan boba que no tienes ni idea de cómo realizar tus sueños salvo cuando estás dormida... precisamente en sueños.

Rowan se vistió y bajó a prepararse un café. Abrió las ventanas y dejó entrar el aire fresco y limpio que había dejado la lluvia.

Pensó si desayunar cereales, tostadas o un yogur. Eran las ocho de la mañana y tenía un absurdo antojo de galletas de chocolate. Abrió el armario de los cereales y, de pronto, volvió a cerrarlo.

Si quería galletas de chocolate, tendría galletas de chocolate. Así, con una sonrisa que le iluminaba los ojos, sacó harina y azúcar, los mezcló, se chupó los dedos sin que nadie le recordara que debía fregar entre cada paso del proceso.

— Vamos, vamos, quiero una galleta — murmuró impaciente mientras estas se calentaban en el horno—. Buen trabajo. Muy buen trabajo — exclamó satisfecha cuando por fin pudo hincarle el diente a la primera galleta. Se comió una docena antes de que saliera la segunda tanda. Le pareció decadente, infantil. Y sensacional.

Cuando el teléfono sonó, metió la siguiente hornada y descolgó el auricular con las manos manchadas.

— ¿Diga?

— Buenos días, Rowan.

Al principio no reconoció la voz, pero, de pronto, se dio cuenta de que era Alan.

— Buenos días.

— Espero no haberte despertado.

— No, llevo un rato levantada. Estaba... — Rowan sonrió mientras tomaba otra galleta —. Estaba desayunando.

— Me alegro. Te saltas demasiadas comidas.

— Esta vez no. Puede que el aire de la montaña me esté abriendo el apetito.

— Te noto distinta.

— ¿De verdad? — contestó Rowan.

— Sí, ¿estás bien?

— Genial, de maravilla — aseguró ella.

¿Cómo iba a explicarle a su novio, tan serio y sensato, que se había preparado tres hornadas de galletas de chocolate a las ocho de la mañana y que había pasado la noche anterior con un lobo?

— Estoy leyendo mucho, paseo, hago algún dibujo. Hace una mañana estupenda. El cielo está totalmente azul.

— El parte meteorológico dice que anoche tuviste una tormenta tremenda. Intenté llamar, pero no daba señal.

—Sí, hubo tormenta, pero...

—Estaba preocupado, Rowan —la interrumpió él—. Si no hubiera logrado hablar contigo ahora, habría ido a buscarte.

Sólo pensar que Alan pudiera invadir su pequeño mundo mágico le dio pánico.

—No tienes por qué preocuparte, de verdad —le aseguró ella—. Estoy bien. La tormenta fue muy emocionante. Y tengo luces de emergencia.

—No me gusta pensar que estás sola en una choza en medio de ninguna parte. ¿Qué pasaría si te pusieras enferma o se te pinchara una rueda del coche?

Se le pasó la alegría. Ya le había oído decir esas palabras con el mismo tono de voz mil veces.

—Alan, es un refugio espacioso, precioso y muy seguro; no una choza. Estoy a cinco kilómetros escasos de un pueblo, así que no estoy en medio de ninguna parte. Si me pongo enferma, iré al médico. Y si se me pincha una rueda, supongo que me las arreglaré para cambiarla.

—Pero estás aislada. Anoche te quedaste incomunicada.

—Poco tiempo. El teléfono ya funciona —replicó Rowan—. Y tengo un móvil en el coche. Aparte de eso, me considero una mujer inteligente, estoy perfectamente de salud, tengo veintisiete años y el motivo de venir aquí era precisamente estar sola.

Sobrevino un segundo de silencio, lo suficientemente largo para que Rowan se diera cuenta de que había herido los sentimientos de su novio.

—Alan... —trató de disculparse ella.

—Esperaba que quisieras volver a casa, pero da la sensación de que no es así. Te echo de menos, Rowan. Tu familia te echa de menos. Sólo quería que lo supieras.

—Lo siento, no pretendía ser brusca —dijo ella—. Supongo que estoy un poco a la defensiva. No, no estoy preparada para volver. Si hablas con mis padres, diles que los llamaré esta noche, y que estoy bien.

—Veré a tu padre dentro de un rato —contestó Alan con voz seca—. Se lo diré.

—Gracias. Me alegra que hayas llamado. Ya... te escribiré esta semana.

—Muy bien. Adiós, Rowan.

Colgó el teléfono. La alegría que la había invadido al despertar se había disipado por completo. Miró el desastre de cacharros sucios y, como penitencia, se puso a fregarlos todos.

—No, me niego a fastidiarme el día —se dijo resueltamente.

Y, de pronto, se le ocurrió que podía salir a dar una vuelta. Metió en un bote parte de las galletas que habían sobrado, se puso una chaqueta y abrió la puerta. No tenía ni idea de dónde estaría la cabaña de Liam, pero éste había comentado que estaba cerca del mar. Así que se dispuso a localizarla... por si necesitaba su ayuda en alguna emergencia, claro estaba.

Paseó entre los árboles, verdes y frondosos. Oyó los trinos de los pájaros y aspiró la fragancia de los abetos. Cuanto más andaba, más volvían a elevarse los ánimos. Se detuvo un segundo, sólo para cerrar los ojos y dejar que el viento le acariciase la cara. ¿Cómo iba a explicarle eso a un hombre tan lógico y racional como

Alan?

¿Cómo hacerle comprender el placer que sentía al escuchar el roce de las copas de los árboles, el gozo y la paz de quedarse quieta en medio de tanta naturaleza?

—No voy a volver —decidió Rowan de súbito—. No pienso volver. Me niego. No sé adónde iré, pero no voy a volver —repitió.

Luego se echó a reír. Siguió caminando, sonriente y feliz por su resolución, hasta que, a la vuelta de una esquina, se encontró con una gama blanca que la dejó boquiabierta. Se quedaron mirándose a los ojos, como cautivadas. Rowan dio un paso hacia adelante y, entonces, la gama se giró y se adentró entre unos árboles. Sin dudar, Rowan cruzó el arroyo que la separaba del animal y corrió tras la elegante gama, a la que no conseguía dar alcance.

De pronto, Rowan se encontró en un descampado, rodeado por árboles majestuosos. Dentro había un círculo de piedras grises, unas pequeñas como un zapato y otras que le llegaban a la cabeza.

Asombrada, extendió un brazo para tocar la piedra más cercana. Habría jurado que notaba una vibración, como si hubiera rozado la cuerda de un arpa. Llevada por la curiosidad, hizo ademán de avanzar entre dos piedras, pero en seguida retrocedió. Le pareció que el aire que había dentro del círculo había temblado. La luz era diferente, más intensa, y el sonido del mar se oía más —proximo.

Se dijo que era una mujer racional, que las piedras no tenían vida y que el aire era el mismo dentro del círculo y un paso afuera. Pero, racional o no, prefirió rodear las piedras, antes que pasar entre medias.

y se acordó de la gama, la cual parecía haber estado esperándola, pues seguía quieta en un sendero sombrío, mirándola con interés. En esa ocasión, cuando Rowan la persiguió, terminó perdiendo por completo el sentido de la orientación. Podía oír el mar, pero no sabía si a la izquierda o a la derecha. El sendero se estrechó y ensanchó hasta desaparecer bruscamente y dejarla rodeada de árboles y arbustos.

Así, decidió desandar sus pasos y se encontró que el camino tenía una bifurcación.

Por más que quería, no lograba recordaba por cual había ido.

Entonces, a la izquierda, volvió a ver a la gama blanca, sólo un instante. Rowan suspiró y fue hacia ella, pasando a través de unos matorrales, tratando de no pincharse con sus espinas. y la vio.

La cabaña estaba pegada al acantilado, flanqueada por árboles por tres lados y por piedras por la parte de atrás. Rowan se apartó el pelo de la cara y se secó una gota de sangre que se había hecho al atravesar los matorrales. Era más pequeña que la cabaña de Belinda, el porche era ancho, pero no tenía techo, y en la segunda planta sobresalía una pequeña y preciosa terraza. Cuando apartó la vista del balcón, vio a Liam en el porche. Tenía los pulgares dentro de los bolsillos de los vaqueros, llevaba una camiseta negra remangada hasta los codos... y no parecía especialmente contento de verla.

— Hola, Rowan —la saludó de todos modos —. Te invito a un té. Entró en la

cabaña sin esperar a que ella respondiera, la cual, al acercarse, creyó oír una melodía de gaitas e instrumentos de cuerda.

La cabaña parecía más espaciosa por dentro, aunque supuso que se debía a la escasez de muebles. En el salón no había sino una silla, un sofá y una chimenea sobre la que descansaban una piedra verde del tamaño de un puño y una estatua de mujer de alabastro, con los brazos en alto y la cabeza hacia atrás, totalmente desnuda. Quiso acercarse para verle la cara, pero le pareció una indiscreción. Así que fue a la cocina, donde Liam la esperaba con la tetera ya hirviendo.

— No estaba segura de encontrarte — arrancó Rowan.

—¿No? —preguntó él, mirándola con intensidad a los ojos.

—No, tenía la esperanza, pero... no estaba segura — contestó ella con voz nerviosa—. He hecho galletas. Te he traído unas pocas para darte las gracias por ayudarme anoche.

—¿De qué tipo? —preguntó él, sonriente, mientras vertía el agua de la tetera en un cazo amarillo. Aunque lo sabía, porque las había olido, como la había olido a ella acercarse cuando aún estaba en el bosque.

—De chocolate, ¿de qué si no? — replicó Rowan mientras sacaba las galletas—. Están bastante ricas. Ya me he tomado veinte como poco.

— Entonces siéntate. Te vendrá bien bajar las con el té —repuso Liam—. Debes de haberte quedado helada paseando. Hace un viento muy frío esta mañana.

—La verdad es que no sé cuánto tiempo llevo fuera — respondió ella, al tiempo que tomaba asiento en la mesa de la cocina—. Me distrajo una... —pero se calló cuando Liam le acarició una mejilla.

— Te has hecho un araño en la cara — dijo este con suavidad mientras la gota de sangre caía cálida sobre el pulgar de él.

— Me... me enredé con unos arbustos — Rowan estaba perdida, podía perderse en los ojos de Liam. Lo estaba deseando. Este volvió a acariciarla y le quitó la espina que se le había clavado.

— ¿Decías que te distrajiste? —le preguntó Liam mientras se sentaba frente a ella—. Cuando estabas en el bosque.

— Ah... sí. Me distrajo una gama blanca.

—¿Una gama blanca? —Liam enarcó una ceja mientras servía el té.

—¿No la has visto nunca?

— Sí, aunque hace bastante tiempo.

— ¿Verdad que es bonita?

— Mucho — convino él.

—El caso es que la vi, y no pude evitar seguirla. Acabé en un descampado con un círculo de piedras.

—¿Te condujo hasta allí? —preguntó Liam, interesado.

— Supongo que puedes decirlo así. ¿Conoces el sitio? Jamás pensé encontrarme algo así ahí. Cuando una piensa en ese tipo de monumentos prehistóricos, los imagina en Irlanda, en Gales... pero no en Oregón.

— ¿Entraste?

— No, será una tontería, pero me asusté un poco, así que rodeé el círculo. y me perdí.

— No te has perdido, estás aquí.

— Pero me parecía que lo estaba. El sendero desapareció y no conseguía orientarme... Por cierto, el té está estupendo — comentó Rowan.

Estaba caliente, fuerte y suave al mismo tiempo, y tenía algo dulce que le daba un sabor muy rico.

— Gracias — contestó él, sonriente.

Luego probó una de las galletas —. Pues estas también están ricas. ¿Te gusta cocinar?

— Sí, aunque los resultados no son siempre buenos — repuso Rowan, cuyo ánimo crecía segundo a segundo—. Me gusta tu casa —añadió.

— Es pequeña, pero para mí me basta.

—y tienes unas vistas... —Rowan se levantó y se acercó a la ventana —. Espectaculares. Debe de ser impresionante ver desde aquí una tormenta como la de anoche.

— ¿Pudiste dormir bien? Sintió un calor sofocante. No podía decirle que había soñado que hacía el amor con él.

— No recuerdo haber dormido mejor en toda mi vida — respondió por fin.

— Me halaga — afirmó Liam, sonriente—. Saber que mi compañía te relajó — añadió al observar el gesto de extrañeza de ella.

— Sí... —dijo Rowan, la cual tenía la extraña impresión de que Liam había adivinado sus pensamientos—. ¿Es tu despacho? —añadió, por cambiar de conversación, mirando hacia una habitación en la que había un ordenador encendido.

— Por así decirlo.

— Entonces te he interrumpido.

— Nada que no pueda esperar —aseguró Liam —. ¿Quieres verlo?

— Sí... si no te importa.

Como respuesta, se limitó a invitarla con un gesto y esperó a que Rowan pasara antes que él.

Era una pieza pequeña, pero tenía una ventana desde la que podía admirar los acantilados. Se preguntó cómo podría nadie concentrarse en el trabajo con esas vistas. Luego se echó a reír al ver lo que había en el monitor.

— ¿Así que estabas jugando?

— ¿No te gustan los juegos? —contestó Liam.

— Se me dan fatal. Sobre todo, estos de aventuras. Cada movimiento es vital, no aguanto la tensión — Rowan volvió a reír, se acercó a la pantalla y reconoció el juego —. Sólo he llegado al tercer nivel. Siempre me matan al llegar a la Puerta Encantada.

— Siempre hay trampas para llegar a las cosas encantadas — replicó Liam —. Si no, no reportaría tanta satisfacción alcanzarlas. ¿Quieres echar una partida?

— No, me sudarán las manos y me temblarán los dedos. Es demasiado humillante.

— Te lo tomas muy en serio — comentó Liam.

— Es que los juegos son una cosa muy seria —repuso ella, convencida. Miró la carátula y se quedó asombrada al ver el logo de El Legado de los Donovan —. ¿Es tu juego?, ¿programas juegos de ordenador? — preguntó entusiasmada.

— Es entretenido.

— Es mucho más que entretenido. Los gráficos son estupendos. Pero la historia es lo mejor. Es mágica. Un cuento de hadas con desafíos, recompensas y castigos.

— En todos los cuentos de hadas hay castigos y recompensas —dijo él. Luego se acercó y deslizó los dedos por el cabello de Rowan —. Me gusta cómo llevas el pelo. Suelto y enredado.

— Se me olvidó hacerme la coleta esta mañana —repuso ella con voz ronca.

— El viento te lo ha peinado — murmuró Liam —. Puedo oler el viento y el mar en tu cabello — añadió mientras le acariciaba la cara.

Se le aflojaron las rodillas. La sangre le corría tan rápido por las venas que podía oír el rugido de la corriente, palpitándole en las sienes. No podía moverse, apenas podía respirar. Así que se quedó quieta, de pie, mirándolo a los ojos y esperando.

—Rowan Murray, ¿quieres que te toque? —le preguntó, colocando una mano sobre el pecho de ella, justo entre las curvas de sus senos —. ¿Así? — añadió mientras extendía los dedos.

Suspiró, los ojos se le nublaron, la respiración se le entrecortó. Notaba el calor de aquellos dedos, que le estaban abrasando la piel. Con todo, siguió sin moverse, parada, sin acercarse a él ni retirarse.

— Sólo tienes que decir que no — murmuró Liam, al tiempo que posaba los labios sobre su cuello —. Quiero saborear el aire y el viento sobre tu piel. ¿No vas a hacer nada por impedírmelo? ¿Qué pasaría si te besara ahora? — añadió con un nudo en la garganta.

Rowan cerró los ojos, separó los labios y, cuando Liam se apoderó de su boca, perdió el control y la voluntad. Se quedó ofuscada por la pasión y emitió un primer sonido que podría haberse interpretado como una protesta... y un segundo que fue, sin duda, un gemido de placer.

Actuó con más delicadeza de lo que ella había esperado, quizá más de lo que él mismo quería. Le estaba lamiendo, bordeando y mordisqueando los labios. Por fin, se echó en sus brazos, derrotada.

Liam le acarició la nuca, le echó para atrás la cabeza para profundizar el beso y permitir que sus lenguas se mezclaran. Rowan sintió un escalofrío, le agarró los hombros, primero para sujetarse y luego para disfrutar de sus músculos.

Después le acarició el pelo. Se le vino a la cabeza el lobo, recordó todas las fantasías que habían poblado sus sueños las últimas noches, en la cama... y estalló. Buscó la boca de Liam con avidez y fiereza. Le exigió que la abrazara más fuerte, que convirtiera el beso en un mordisco salvaje.

—No estás preparada para mí —acertó a susurrar Liam, temeroso de enseñarle los dientes—. Ni yo lo estoy para ti. Puede que llegue un momento en que eso no



importe y entonces queramos arriesgarnos. Pero ahora sí importa. Vuelve a casa. Allí estarás a salvo — añadió, apartándose de Rowan.

—Nadie me ha hecho sentir así jamás —confesó esta, aún embriagada—. No pensé que fuera posible.

Algo brilló en los ojos de Liam, que la hizo temblar de deseo. Luego murmuró unas palabras en una lengua que ella no comprendió y apoyó su frente en la de Rowan.

— La sinceridad puede ser peligrosa — dijo él—. Quiero ser justo contigo. Ten cuidado con lo que ofreces, porque es probable que te pida más... Vuelve a casa, pero no por donde has venido. Sigue el camino que hay nada más salir i y te llevará directa a casa — añadió.

—Liam, yo quiero...

— Sé lo que quieres —la interrumpió él mientras la guiaba hacia afuera, tirándola de un brazo—. Si fuera tan sencillo como subir al dormitorio y damos un irevolcón en la cama, ya estaríamos allí. Pero es más complicado, así que vuelve , a casa — insistió él. Prácticamente la estaba empujando, lo cual hizo despertar el genio de Rowan.

— ¡ Está bien!, ¡ porque no quiero que sea sencillo! —replicó con una llamarada en los ojos—. ¡No vuelvas a ponerme las manos encima si no estás dispuesto a complicar las cosas!

Luego se dio media vuelta y se encaminó hacia el sendero del que le había hablado Liam, el cual permaneció en el porche mirándola. Siguió mirándola mucho después de haberla perdido de vista y sonrió cuando la vio entrar en casa, cerrando de un portazo.

#### Cuatro

El muy energúmeno la había echado de casa, maldijo Rowan mientras entraba en la suya. Primero la besaba y abrazado con ese cuerpo tan viril y fabuloso, y luego la ponía de patitas en la calle. ¡Era tan mortificante! Entró en el salón, todavía sulfurada, y dio un par de vueltas, incapaz de sentarse. Liam había dado todos los pasos, había sido él quien la había besado. Ella no había hecho nada, imaldita fuera!

Se había limitado a quedarse quieta como una muñeca, reconoció frustrada y avergonzada mientras iba a la cocina.

—Eres idiota, Rowan —se dijo mientras se desplomaba sobre una silla—.Una auténtica idiota. '

Había ido en su busca, ¿no? Se había internado en el bosque con un bote de galletas, como Caperucita, y se había dejado seducir por el lobo. Pero lo peor de todo era haber entrado en su guarida y que este la hubiera permitido marcharse. ¡Dios!, ¿tan desesperada estaba que se había rendido a los pies de un hombre al que apenas conocía?

Claro que debía reconocer que era un hombre guapo, atractivo... y misterioso. Tenía algo que la cautivaba y era evidente que se le notaba mucho. y cuando Liam la había tocado, ella se había entregado... Y luego lo había acosado. En realidad, tampoco era tan extraño que la hubiera expulsado de su casa. Aunque no tenía por qué haber

sido tan cruel. Le había dicho que no estaba preparada para él, la había humillado.

— ¿Qué sabrá él para qué estoy preparada cuando ni yo misma lo sé? — rezongó Rowan —. En fin, está claro que no me desea. Ya me ocuparé de no volver a cruzarme en su camino. He venido aquí a despejar mi vida, no a complicármela con un ermitaño irlandés.

Entonces decidió que quería ir a una librería para comprar algunos manuales con explicaciones prácticas sobre fontanería o electricidad, para no tener que recurrir a Liam si volvía a surgir algún problema.

No tenía intención de pedirle ayuda por nada del mundo. Ya se las arreglaría t ella sola. Y si Liam aparecía por allí para echarle una mano, pensó mientras tomaba el bolso, le diría que podía cuidarse sola.

Salió del refugio, entró en el todoterreno, cerró de un portazo, y puso en marcha el motor. Puestos a ello, pensó precavida, compraría un libro sobre mantenimiento de automóviles, por si le sucedía algo al suyo.

Avanzó con cuidado por un sendero, refrenando las ganas de pisar a fondo el acelerador, y justo al incorporarse a la carretera principal, vio un ave majestuosa.

Un águila, supuso mientras pisaba el freno para detenerse a estudiarla. Aunque no sabía que hubiese águilas con un plumaje plateado, ni si era normal que estuviese quieta sobre una señal de tráfico, mirando los coches que pasaban.

Desde luego, la fauna de Oregón era excepcional, pensó Rowan. Incapaz de resistirse, bajó el cristal de la ventanilla y sacó la cabeza.

—Eres muy bonita —le dijo al ave—. Seguro que eres muy elegante volando. Me pregunto qué se sentirá surcando el cielo... Tú lo sabes, ¿verdad?

Tenía los ojos verdes. Un águila plateada con ojos verdes. Por un instante, le pareció ver un destello dorado entre sus plumas, como si llevara colgado un medallón. Imaginaciones suyas, decidió mientras volvía a subir la ventanilla.

— Lobos, gamas y águilas. ¿Para qué vivir en la ciudad? —se preguntó Rowan—. Adiós, majestad —se despidió a continuación.

Cuando el todoterreno se hubo alejado, el águila desplegó las alas y se alzó imponente hacia el cielo. Voló sobre los árboles del bosque, dio vueltas e inició el descenso. Un remolino blanco la envolvió, seguido de una luz azul intensa. y aterrizó en el bosque con suavidad, sobre dos pies.

Era un hombre alto, con un mechón plateado y unas facciones tan angulosas, que podrían haber sido esculpidas con mármol en alguna colina de Irlanda.

— Huye como un conejillo — murmuró el hombre —. y luego le echa la culpa al zorro.

—Es joven, Finn —repuso una mujer que salió de la nada, de repente, muy bella, de larga melena y piel blanca, ...: suave como el alabastro—. Y no sabe lo que hay dentro de ella.

— Necesita mantener un poco más ese genio que mostró cuando salió de casa de Liam — observó el hombre, sonriente—. Tú podrías echarle una mano, Arianna.

La mujer rió y abarcó la cara de su esposo con ambas manos. En una brillaba el

anillo de oro de su matrimonio y en la otra, un rubí rojo como el fuego.

—Van por buen camino, Finn. Debemos dejar que avancen a su ritmo.

— ¿y quién condujo a la chica hacia el círculo de piedras y luego a la cabaña del chaval? —repuso él, enarcando una ceja.

— Bueno, nunca he dicho que no podamos darles algún empujoncito de vez en cuando —contestó ella—. La chica tiene sus problemas y Liam... es un hombre difícil. Como su padre.

—Yo creo que ha salido más a su madre —contestó Finn, sonriente.

— y yo creo que la chica te ha gustado — comentó Arianna mientras le acariciaba la nuca a su marido —. Te ha dicho que eres guapo y majestuoso. Con lo vanidoso que eres...

— Soy guapo. Tú misma me lo has dicho muchas veces —repuso Finn, sonriente—. En fin, los dejaremos a su aire un poco más. Ahora vamos a casa. Ya echo de menos Irlanda.

Y tras un remolino de niebla blanca, volvieron a casa. Una vez de vuelta en el refugio, Rowan calentó una sopa de sobre mientras devoraba un capítulo sobre nociones básicas de fontanería. Anochecía.

Por primera vez desde su llegada allí, no se detuvo a contemplar la puesta de sol, ¡sino que, al disminuir la luz, se limitó a acercarse más a las páginas. Tenía los codos apoyados sobre la mesa de la cocina, el té se le estaba enfriando y casi deseaba que se le estropeará alguna cañería, para poner a prueba sus recién adquiridos conocimientos. Se sentía preparada, de modo que decidió abordar los capítulos sobre electricidad. Pero previamente haría la llamada telefónica que había estado posponiendo. Contempló la posibilidad de tomar antes una copa de vino, pero decidió que sería un comportamiento propio de una persona de carácter débil. Se quitó las gafas de leer, las apartó, introdujo un marca páginas en el libro y lo cerró. Y miró el teléfono.

Era horrible tener miedo de llamar a su familia.

Lo retrasó un poco más con el pretexto de ordenar los libros que había comprado. Eran más de doce y todavía estaba sorprendida por haber escogido tantos sobre mitos y leyendas. Seguro que serían entretenidos, pensó, y empleó un poco más de tiempo todavía mientras elegía cuál se llevaría para leer en la cama. Luego recordó que tenía que conseguir leña para la chimenea, fregar y secar el plato de la sopa. Salió a dar una vuelta por el bosque en busca del lobo, al que no había visto en todo el día. Cuando vio que no se le ocurría nada más con que distraerse, alzó el auricular y marcó.

Veinte minutos después, estaba sentada sobre las escaleras del porche trasero. La luz de la cocina le daba por la espalda. Y estaba llorando. Había estado a punto de sucumbir a la presión de su madre; de darse por vencida ante el tono ofendido de esta. Sí, claro que volvería a casa. Volvería a dar clases, haría el doctorado, se casaría con Alan y tendría hijos. Viviría en una casa bonita en un barrio seguro. Haría lo que fuese con tal de hacerlos felices. Negarse sería muy duro... Pero más necesario todavía.

Las lágrimas manaban de sus ojos, pero nacían en el corazón. Le habría i gustado

entender por qué siempre se : sentía empujada hacia una dirección que no era la que ella deseaba tomar. Estaba segura de que había otros caminos, de que algo la esperaba más allá de las expectativas de su familia. Cuando el lobo apareció y posó la cabeza sobre sus manos, Rowan lo abrazó y apretó la cara contra su cuello.

— Odio hacer daño a los demás.

Las lágrimas le humedecieron el cuello. Y conmovieron el corazón del lobo, que se frotó contra ella para confortarla.

—Si no sigues tu propio camino, traicionarás a tu familia —le dijo Liam telepáticamente—. El amor abre puertas, no las cierra. Una vez que las hayas traspasado, ellos seguirán a tu lado.

Rowan suspiró y se secó la cara con una mejilla del lobo.

—No puedo volver, aunque una parte de mí lo desee. Si lo hiciera, sé que algo en mi interior... se pararía —le dijo al lobo—. Si regresara, nunca volvería a encontrar algo como tú. Aunque estuviera ahí, no sería capaz de verlo. Nunca seguiría a una gama blanca ni hablaría con un águila. Nunca dejaría que un irlandés irresistible maleducado me besara, ni haría algo tan divertido y tonto como preparar galletas de chocolate para el desayuno. Necesito hacer este tipo de cosas, ser la clase de persona que las hace. Eso es lo que ellos no entienden, ¿sabes? Y tienen miedo porque me quieren.

Volvió a suspirar mientras acariciaba la cabeza del lobo, con la vista perdida hacia las sombras del bosque.

— Así que tengo que conseguir salirme con la mía, para que dejen de tener miedo. En parte me asusta cambiar de vida, pero me asusta más que no cambie nada — prosiguió Rowan—. Soy una cobarde. Los ojos del lobo se agrandaron, brillaron, un pequeño gemido la hizo pestañear. Tenían las caras muy juntas y Rowan podía ver sus letales dientes blancos. Le acarició nuevamente con dedos trémulos.

—¿Tienes hambre? Tengo galletas —propuso Rowan mientras se ponía de pie. El lobo gruñó, la siguió, y ella fue dando pasos hacia atrás. Al llegar a la puerta, pensó en cerrarla de golpe. Después de todo, era un animal salvaje, no podía confiar en él. Pero al mirarlo a los ojos recordó que el lobo se había acurrucado contra ella para consolarla... y dejó la puerta abierta.

—:No creo que forme parte de tu dieta habitual, pero te aseguro que está muy rica — dijo Rowan mientras le tendía una mano con una galleta de chocolate. Tuvo que sofocar un grito de placer cuando el lobo se la comió, con suma delicadeza, de la punta de sus dedos—. Vaya, parece que hemos descubierto que el dulce amansa a las fieras. Te doy otra, pero es la última. Cuando el lobo se alzó sobre las patas traseras, con tanta agilidad como elegancia, y puso las delanteras sobre los hombros de Rowan, ésta se quedó sin respiración, mirándolo a los ojos fijamente. Luego le lamió el cuello y la hizo reír.

—¡Vaya par somos! — exclamó ella.

El lobo volvió a agacharse, no sin antes arrebatarse la galleta que Rowan tenía en la mano—. Muy listo, sí. Muy listo... ¿Sabes? Lo que necesito es un baño caliente y un libro. Y una buena copa de vino. No voy a pensar más en lo que los demás quieren. Ni en

vecinos atractivos de bocas voluptuosas. Voy a concentrarme en lo maravilloso que es tener tanto espacio y tanto tiempo libre para mí — añadió mientras cerraba el tarro de las galletas y lo colocaba sobre la nevera. La abrió, sacó una botella, se sirvió una copa y la alzó como si fuera a brindar.

—Por ti —le dijo al lobo—. ¿Por qué no subes y me haces compañía mientras me baño?

El lobo se relamió los dientes y emitió un sonido parecido a una risilla que quería decir: ¿por qué no?

Lo tenía fascinado. No era una sensación cómoda, pero no podía quitársela de la cabeza. Daba igual que no parara de recordarse que era una mujer normal, con novio incluso, con la que jamás podría tener futuro. Simplemente, no podía separarse de ella. Había creído que se había librado al echarla de su casa de aquel modo tan brusco. Le había gustado asistir a aquel arranque de genio que había enardecido los ojos de Rowan. En cualquier caso, lo había hecho para no pensar en ella durante unos días. Era lo más inteligente. Lo más seguro.

Pero la había oído llorar. Mientras :.. programaba un juego frente al ordenador, en el despacho, había oído el llanto de Rowan, lo cual le había desgarrado el corazón. .. Se había sentido culpable e, incapaz de quedarse de brazos cruzados, había ido a su encuentro para consolarla. Luego se había enfadado al oírla llamarse a sí misma cobarde. ¿y qué había hecho la cobarde cuando un lobo salvaje se había puesto a gruñir? Ofrecerle una galleta de chocolate. Una galleta de chocolate, por todos los santos.

Era absolutamente adorable. Luego se había entretenido y torturado viéndola desnudarse. Aquella mujer tenía una forma de despojarse de la ropa capaz de enloquecer a cualquiera. Después, embutida en un albornoz rojo que no se había molestado en ceñirse, había llenado la bañera con un gel burbujeante con olor a jazmín.

Había encendido unas velas y había puesto música a un volumen seductoramente bajo. Liam había advertido que estaba soñando despierta mientras se quitaba el albornoz, y había tenido que contenerse para no colarse en su cabeza y descubrir qué la estaba haciendo sonreír.

Tenía un cuerpo precioso, esbelto y suave, de curvas delicadas. Huesos frágiles, pies pequeños y tímidos pechos sonrosados. Quería saborearlos, recorrerlos con la lengua. y le había costado un enorme esfuerzo no morderle el trasero, firme y desnudo, cuando Rowan se había inclinado para cerrar el grifo del agua caliente. Lo irritaba y admiraba que no fuese vanidosa, que no tuviera conciencia de su belleza. y había hablado con él, de tonterías. Se había metido en el agua lentamente, para que su cuerpo fuera costumiéndose a la temperatura, mientras el vapor ascendía y las burbujas jugaban sobre sus pechos.

Le habían entrado ganas de meterse en la bañera convertido en hombre. Rowan había reído cuando el lobo se había acercado a olerla. Se había limitado a acariciarle la cabeza con aire ausente mientras agarraba un libro con la otra. Conceptos básicos de electricidad y fontanería para ineptos y despistados.

— Aquí dice que siempre debería tener unas herramientas mínimas a mano. Creo que las he visto en el trastero, pero será mejor que haga una lista y compare. La próxima vez que se vaya la luz, lo arreglaré yo sola. No necesito que me rescate nadie, y menos Liam Donovan — había comentado ella.

Justo entonces, había metido su lengua de lobo en la copa de vino.

— ¡Oye!, ¡que es un sauvignon! — había exclamado Rowan, apartando la copa —. y aquí viene cómo cambiar un cable. No es que tenga intención de hacerlo, pero no parece muy complicado. Se me da muy bien seguir instrucciones... Demasiado, ese es el problema. Estoy demasiado acostumbrada a seguir las instrucciones de los demás. Por eso se han sorprendido tanto todos de que haya tomado una decisión por mi cuenta. Después había apartado el libro, había sacado una pierna del agua y se había frotado el muslo.

—y conste que yo soy la primera sorprendida. Me sorprende lo mucho que me está gustando esta aventura — había continuado Rowan mientras las burbujas subían y bajaban sobre sus pechos —Porque está siendo toda una aventura.

Su olor al salir de la bañera, media hora después, lo había seducido por completo. Y no le había parecido menos excitante verla ponerse el pijama. Al arrodillarse para encender la chimenea del dormitorio, se había restregado contra ella y, de repente, habían empezado a pelear juguetonamente sobre la alfombra. Ella le rascaba la tripa y él le lamía las mejillas.

— ¡Me alegro tanto de que estés aquí! Es bueno tener un amigo que no espera otra cosa que amistad —le había dicho Rowan al cabo, mientras le acariciaba el lomo. Luego se había acurrucado frente a la chimenea, mirando hacia el fuego—. Siempre me ha gustado hacer esto. Cuando era pequeña, estaba segura de que veía cosas en las llamas. Cosas mágicas, bonitas. Castillos, nubes, acantilados. Príncipes apuestos y colinas encantadas. Solía pensar que iba allí, envuelta en un remolino, transportada hacia un mundo mágico... ¿Dónde están ahora todas esas cosas?

y se había quedado dormida. Una vez dormida, Liam se había permitido transformarse en hombre, acariciarle el pelo mientras miraba el fuego que Rowan había encendido.

— Yo puedo enseñarte cómo acceder a un mundo mágico envuelta en un remolino. Pero eso sólo puedes decidirlo tú, Rowan —le había dicho Liam mientras ella suspiraba en sueños —. Debes darte prisa. Date prisa y descubre qué es lo que quieres y adónde quieres ir. Si decides venir conmigo, Rowan Murray, yo te enseñaré un mundo de magia — había añadido.

Después se había puesto de pie, la había levantado en brazos para llevarla a la cama y le había dado un beso en la frente. Había salido de la cabaña como un hombre y se había adentrado en la oscuridad de la noche como un lobo. Pasó la siguiente semana impulsada por una vitalidad que la animaba a llenar cada minuto de cada día con alguna novedad. Recorrió los bosques, se adentró en las colinas y dibujó todo cuanto le era agradable a la vista. A medida que la temperatura aumentaba, las flores comenzaban a aparecer. De noche seguía refrescando, pero la primavera ya estaba dispuesta a

reinar. Durante esa semana solo vio al lobo.

Era raro que este no la acompañara al menos una hora al día. Paseando entre los árboles, esperando con paciencia mientras ella observaba una flor o un charco con ranas. La llamada semanal a sus padres la incomodó, pero se sentía con fuerzas y no tardó en recuperarse. Y también escribió una larga carta a Alan, pero no —dijo nada de regresar. Despertaba contenta todas las mañanas. y todas las noches se acostaba satisfecha. Su única frustración era que aún tenía que descubrir lo que debía hacer. A no ser, pensaba en ocasiones, que lo que debiera hacer fuese vivir sola con sus libros, sus dibujos y el lobo. Esperaba que hubiera algo más.

Liam no despertaba contento todas las mañanas. Ni se acostaba satisfecho todas las noches. Le echaba la culpa a Rowan, aunque sabía que era injusto. Si esta hubiera sido menos inocente, habría aprovechado la oportunidad que ella le había ofrecido. Habría satisfecho la necesidad física... y probablemente emocional. Se negaba a aceptar lo que quiera que el destino les tuviera reservado, hasta no tener él pleno control sobre su propio cuerpo y su mente. Estaba de pie, mirando hacia el mar durante una tarde despejada, de viento suave y lleno de fragancias primaverales. Había salido a airearse. No se concentraba en el trabajo. Y aunque sabía que sólo era una diversión, se enorgullecía mucho de los juegos que programaba.

Tocó un mineral de fluorita que se había metido en el bolsillo. Debería haberlo tranquilizado, pero su cabeza siguió tan revuelta como el mar que contemplaba. Notaba la impaciencia en el aire. Impaciencia de él, pero también de otros. Sin embargo, fuera cual fuera el destino que lo aguardara, los pasos para llegar a él o alejarse eran cosa suya. No lo sorprendió ver una gaviota blanca en el cielo, de ojos brillantes como los de él.

— Hola, mamá —la saludó después de que la gaviota se posara sobre una roca.

— Hola, mi vida — respondió Arianna, sonriente, tras transformarse en mujer.

— Te he echado de menos —dijo Liam al tiempo que la abrazaba—. Hueles a casa.

— Nosotros también te echamos de menos —repuso ella—. Pareces cansado.

Tienes problemas para dormir.

— Sí, ¿te parece extraño?

— No — Arianna no y le dio un beso en la mejilla a su hijo. Luego miró al mar—. Este sitio que has elegido es precioso. Siempre has sabido elegir, Liam, y siempre tendrás esa opción... Rowan es adorable, y tiene un gran corazón —añadió, mirándolo a los ojos.

— ¿Me la enviaste tú?

— ¿El día que fue a verte? Sí, le enseñé el camino — Arianna se encogió de hombros y se sentó sobre la roca sobre la que había aterrizado —. Pero no la envié aquí, al bosque. Hay poderes superiores a los nuestros que así lo han dispuesto... La encuentras atractiva, ¿verdad?

— ¿Por qué no iba a hacerlo?

— No es el tipo de mujer que suele atraerte, al menos para irte a la cama.

— Soy adulto —espetó Liam—. No tengo por qué hablar de mi vida sexual con mi

madre.

— Si el sexo va unido al respeto y al cariño, es muy saludable — insistió ella—. Y es normal que me preocupe por la salud de mi único hijo, ¿no? No te has acostado con ella porque tienes miedo de que sea algo más que sexo.

— ¿Qué quieres que haga! ¿Me acuesto con ella y luego le rompo el corazón?—contestó él, irritado.

— ¿Por qué das por sentado que vas a hacerle daño?

— Es inevitable.

— Siempre es inevitable hacerse daño —respondió Arianna—. ¿Tú te crees que tu padre y yo no nos hemos hecho daño nunca en estos treinta años?

— Ella no es como nosotros — repuso Liam —. Si permito que sintamos más de lo que ya sentimos el uno por el otro, tendré que dar la espalda a mis obligaciones. Obligaciones que debo afrontar. Sé que papá quiere que ocupe su puesto.

—No tan rápido —contestó Arianna, riendo—. Pero sí, cuando llegue el momento, se espera que asumas la dirección de la familia Donovan.

— Es un poder que puedo transferir a otro miembro. Tengo derecho.

— Cierto — convino la madre —. Tienes derecho a apartarte y a dejar que sea otro el que lleve el amuleto. ¿Es eso lo que quieres?

—No lo sé —respondió Liam, frustrado—. Yo no soy como papá. No me relaciono con la gente como él. No tengo su prudencia, su paciencia ni su compasión.

—Cierto, pero tienes tus propias virtudes —replicó Arianna—. Estás capacitado para asumir esa responsabilidad.

—Ya lo he pensado. Pero sé que si me comprometo con una mujer que no tiene sangre de elfo, tendré que renunciar a la dirección de la familia. Si me permito amarla, daré la espalda a mis obligaciones con la familia.

— ¡ Por todos los santos!, ¿por qué no has mirado todavía? —exclamó la madre, crispada —. ¡ Tienes unos dones y son para que los uses!

— ¡ Los usaré si quiero!, ¡ soy libre!

—Lo que eres es un cabezota —replicó la madre—. Y no me levantes la voz, Liam Donovan.

— Ya no tengo doce años —contestó este.

— Me da igual que tengas cien años o doce. Soy tu madre y tienes que mostrarme respeto.

— Sí, señora — espetó Liam.

— Así me gusta. Y haz el favor de dejar de torturarte con lo que el destino te deparará y mira de una vez. Y si tus principios no te lo permiten, pregúntale por lo menos por la familia de su madre Arianna suspiró y acarició el pelo de Liam —. Venga, dame un beso. Rowan va a venir en seguida — añadió sonriente.

Se dieron un beso y, de pronto, batió las alas blancas y alzó el vuelo.

Cinco

No la había notado, y eso lo irritaba. La visita de su madre lo había desquiciado,



razón por la cual se hallaba bloqueada su capacidad perceptiva. Sólo ahora, al volverse, aspiró la fragancia a jazmines de Rowan. La vio salir del bosque, aunque esta no lo veía a él. Liam tenía el sol detrás y ella estaba mirando en otra dirección mientras subía por el camino de los acantilados. Llevaba el pelo hacia atrás, recogido en una coleta marrón que el viento jugaba a levantar. Cargaba una bolsa en bandolera y se había puesto unos pantalones grises gastados y una camisa del color de los narcisos. Verla hablar consigo misma mientras ascendía por la pendiente lo relajó y enojó al mismo tiempo. Luego, ambas sensaciones quedaron en segundo plano, pues le resultó divertido observar cómo, al localizarlo Rowan, esta frunció el ceño disgustada.

— Buenos días —la saludó Liam.

Ella asintió con la cabeza y agarró la cinta de la bolsa con ambas manos, como si no supiera qué otra cosa hacer con ellas. Su mirada era fría, en contraste con esas manos nerviosas.

— Hola. Habría ido por otro sitio de haber sabido que estabas aquí. Supongo que quieres estar solo.

— No especialmente.

— Pues yo sí — repuso Rowan, para echar a andar hacia las rocas acto seguido, alejándose de Liam.

— ¿Estás enfadada, Rowan Murray?

— Eso parece — contestó ella, con orgullo, sin dejar de andar.

— Se te pasará pronto. Sabes que tú no eres rencorosa.

Rowan se encogió de hombros, consciente de que estaba comportándose como una niña. Había salido a dibujar el mar, los barquitos que se divisaban en la lejanía, los pájaros del cielo. No para verlo y recordar lo que había pasado entre ambos, las sensaciones que habían despertado en su interior. Pero tampoco iba a rehuirlo a toda costa, como un ratoncillo asustado ante un gran gato. Apretó los dientes, se sentó sobre una roca y abrió la bolsa, de la cual sacó una botella de agua, un cuaderno y un lápiz. Se ordenó concentrarse, para lo cual miró hacia el mar y trató de absorber toda su belleza. Empezó a dibujar, diciéndose que no se giraría a mirarlo. Porque seguro que Liam seguía ahí. ¿Por qué, si no, estaban sus músculos tan tensos y el corazón le latía desbocado?

Pero no miraría. Aunque al final sí. Y estaba allí, a no muchos pasos, con las manos metidas en los bolsillos y la vista perdida en el mar. Ya era mala suerte, supuso Rowan, que fuese un hombre tan atractivo, capaz de estar ahí, de pie y despeinado por el viento, y que su perfil le recordara al mismísimo Lord Byron. O a un caballero antes de la batalla, o un príncipe vigilando su territorio. Sí, podía ser todo eso y más, tan romántico con vaqueros y camisetas como cualquier guerrero de brillante armadura.

—No quiero pelear contigo, Rowan — creyó oír esta. Pero era imposible. Estaban demasiado lejos para que le hubieran llegado esas palabras susurradas. Así que supuso que esa sería la respuesta que Liam daría si ella decía lo que pensaba. Tomó aire, volvió a mirar el cuaderno y la disgustó comprobar que, sin darse cuenta, había empezado a dibujar a Liam. y pasó la página.

—No tiene sentido que te enfades conmigo... ni contigo misma.

En esta ocasión supo que sí le había hablado, alzó la mirada y vio que Liam se había acercado a ella. Tuvo que entrecerrar los ojos y colocarse el canto de la mano sobre la frente, como una visera, para que el sol no la deslumbrara.

Cuando se sentó a su lado, Rowan resopló. Luego, al ver que no hablaba y que parecía dispuesto a hacerle compañía, empezó a golpetear el lápiz sobre el cuaderno.

— La costa es muy larga. ¿Te importa sentarte en otro sitio? — terminó diciendo.

—Me gusta este sitio —replicó él. Rowan hizo ademán de levantarse, pero Liam la sujetó—. No seas tonta.

—No me llames tonta. Estoy harta de que me digan que soy tonta — replicó Rowan —. y tú ni siquiera me conoces.

—¿Qué dibujas? —preguntó Liam de pronto.

— Parece que ya nada — contestó ella mientras guardaba el cuaderno en la bolsa. Luego volvió a intentar incorporarse, pero Liam la retuvo de nuevo—. Está bien, vamos a hablarlo. Reconozco que empecé a andar con la esperanza de verte. Me sentía atraída... estoy segura de que estarás acostumbrado a que las mujeres se sientan atraídas hacia ti. Quería darte las gracias por ayudarme la noche de la tormenta, aunque en realidad sólo era una excusa. Reconozco que me colé en tu casa, pero fuiste tú quien me besó.

— Sí que lo hice, sí — murmuró Liam.

y quería volver a besarla, en ese instante en que tenía la boca en forma de puchero y sus ojos brillaban irritados y azorados al mismo tiempo.

—y mi reacción fue excesiva —reconoció Rowan, aún abochornada—. Tenías todo el derecho del mundo a pedirme que me fuera, pero no de ese modo tan brusco. Nadie tiene derecho a ser descortés. Pero, vamos, no me extraña que quieras mantenerte alejado de mí.

— Vamos por orden: sí, estoy acostumbrado a que las mujeres se sientan atraídas hacia mí. Lo cual me parece perfecto, pues a mí también me gustan las mujeres —arrancó él—. Puede que te parezca arrogante, pero creo que la falsa modestia es pura hipocresía. Por otra parte, aunque es verdad que me gusta estar solo la mayoría del tiempo, tu visita me alegró. Y te besé porque lo deseaba, porque tienes una boca muy bonita.

Liam miró la cara sorprendida de ella y se dio cuenta de que nadie le había dicho eso antes. Denegó con la cabeza, incapaz de comprender la idiotez del resto del género masculino.

— Te besé porque tienes unos ojos que me recuerdan a los elfos que bailan en las colinas de mi país. Porque tienes un pelo brillante y una piel tan suave como el agua — prosiguió él.

—No —lo interrumpió Rowan—. No hagas eso. No es justo.

Puede que no fuera justo alabar la belleza de una mujer que no estaba acostumbrada a oír piropos, pero se encogió de hombros.

— Es la verdad. Y yo también perdí el control durante unos segundos. Por eso fui brusco. Lo siento, Rowan.

—¿Sientes haber sido brusco o haber perdido el control conmigo?

— Las dos cosas, si te soy sincero. Te dije que no estaba preparado para ti y hablaba en serio.

Oír la verdad, sin rodeos, entibió el enfado de Rowan... y la hizo temblar ligeramente. Se quedó en silencio, con la vista fija en las manos, mientras las olas chocaban abajo y las gaviotas dominaban el cielo.

— Puede que te entienda, un poco. Estoy en un momento difícil de mi vida — dijo Rowan por fin —. Tengo que tomar una decisión... Creo que la gente es más vulnerable cuando llega al final de algo y tiene que elegir qué va a hacer a continuación... No te conozco, Liam, y no sé qué decirte, ni qué hacer — añadió, mirándolo a la cara.

¿Habría algún hombre vivo capaz de soportar una respuesta tan sincera y espontánea?, se preguntó él.

— Invítame a tomar un té.

—¿Qué?

—Que me invites a tomar un té —Liam sonrió—. Va a empezar a llover y será mejor que nos refugiemos — agregó. Después de todo, su padre no era el único que podía hacer variar el clima en su provecho, ¿no?

— ¿Llover? Pero el sol... — Rowan se calló al ver que el cielo se apagaba y se cubría de nubes de repente. Acto seguido, empezó a chispear—. Se suponía que iba a estar despejado todo el día — añadió mientras metía la botella de agua en la bolsa. Luego se levantó, aceptando la mano que Liam le había tendido.

—Sólo serán unas gotas —dijo este mientras la guiaba por las rocas hacia el sendero de abajo—. ¿Te molesta la lluvia?

—No, en realidad me gusta —contestó ella—. El sol sigue brillando.

— Veremos un arco iris — prometió Liam, una vez abajo—. Bueno, ¿qué?, ¿me invitas a un té?

— Supongo — Rowan acertó a sonreír.

—¿Lo ves? Te lo dije. No sabes estar enfadada mucho tiempo.

—Sólo necesito practicar —repuso ella.

— Es probable que te dé motivos de sobra para que lo hagas —contestó Liam entre risas.

— ¿Tienes por costumbre enfadar a la gente?

— Exacto. Soy un hombre difícil — respondió mientras caminaban bajo los árboles del bosque —. Mis padres dicen que no conocen a nadie más testarudo que yo.

— ¿Están en Irlanda?

—Sí —respondió Liam. Aunque no podía estar seguro si no miraba. Y prefería no saber si estaban escondidos cerca, vigilándolo.

— ¿Los echas de menos?

—Sí, aunque... estamos en contacto —improvisó él—. ¿Y tú?, ¿echas de menos a tu familia? — añadió al advertir el tono sombrío de Rowan al preguntar.

— Me siento culpable porque no los echo de menos tanto como debería. Nunca había estado sola antes y...

— Estás disfrutando — completó Liam.

— Mucho — Rowan rio. Luego sacó las llaves del bolsillo.

—No tienes por qué sentirte mal por eso... ¿Por qué echas el cerrojo? —preguntó él, sorprendido.

— La costumbre — respondió Rowan—. Voy a preparar el té. Esta mañana hice unos dulces de limón, pero se me han quemado un poco — añadió camino de la cocina.

Estaba limpia, observó él, y le había dado su toque personal, para hacerla más acogedora. La clase de cosas que convierten una casa en un hogar. Había unas flores muy bonitas sobre una botella de Belinda, la cual había colocado sobre la mesa, junto a una cestita blanca con manzanas verdes. Se sentó en una de las sillas, deleitándose con el manso caer de la lluvia. Y pensó en las palabras de su madre. No, no utilizaría sus poderes. Una cosa era pasarle alguna idea telepáticamente y otra consultar su pasado sin pedirle permiso.

Igual que él exigía que respetaran su intimidad, debía respetar la de los demás.

—¿A qué se dedican tus padres? —le preguntó por fin.

— Son profesores en la universidad, allí en San Francisco —contestó mientras se calentaba el agua del té —. Mi padre es catedrático de Inglés.

— ¿y tu madre? — quiso saber Liam.

Mientras tanto, sacó el cuaderno de dibujos de la bolsa, que había dejado Rowan sobre la mesa.

— Da clases de Historia — contestó al tiempo que echaba la infusión en una tetera con forma de hada y alas aladas—. Son muy buenos profesores. El año pasado nombraron a mi madre vicedecana y...

Se quedó muda al descubrir que Liam estaba mirando un dibujo que había hecho del lobo.

— Son buenísimos — aseguró él sin levantar la vista, mientras pasaba al siguiente dibujo, de los árboles y helechos del bosque. Había dado forma alada a las hojas, advirtió Liam, sonriente. Era señal de que había visto a las hadas.

—No valen nada —Rowan deseó arrebatarse el cuaderno y cerrarlo, pero los buenos modales se lo impidieron. y cuando él la miró a los ojos, se estremeció.

— ¿Por qué dices eso, y te esfuerzas por creértelo, cuando tienes talento para ello y además te encanta?

—Sólo lo hago en mis ratos libres...de vez en cuando.

Liam pasó a la siguiente página, en la que podía verse un precioso dibujo de la cabaña de Belinda.

— ¿y te ofende que te llamen tonta? — murmuró él—. Pues eres tonta si no haces lo que te gusta, en vez de quedarte de brazos cruzados.

—Eso es ridículo. Yo no me cruzo de brazos —contestó Rowan mientras servía el té—. Pero sólo es un hobby.

Todos tenemos alguno.

— Es tu don — corrigió Liam —. y lo has estado despreciando.

— No se vive de hacer dibujitos.

— ¿Y eso qué tiene que ver?

— Nada. Sólo que a veces hace falta comer, vestirse, pagar las letras de la casa

— ironizó Rowan —. Esas cosas triviales del mundo real.

— Entonces vende tu arte y conviértelo en tu forma de ganarte la vida.

— Nadie va a comprarle un dibujo— a lápiz a una profesora de inglés.

— Yo te compro este —Liam se levantó y le enseñó uno de los muchos dibujos que había hecho del lobo, cuyos ojos brillaban con un destello desafiante idéntico al que ahora iluminaba los ojos de aquel—. ¿Cuánto vale?

— No voy a vendértelo, ni tú vas a comprármelo sólo para quedarte con la razón

—replicó Rowan—. Venga, siéntate y tómate el té.

— Entonces regálamelo. Me gusta. Y este también —dijo Liam, señalando el dibujo de los árboles y los helechos—. Me vendría bien un dibujo así para el juego que estoy programando. A mí no se me da bien dibujar.

— ¿y quién se encarga entonces de los gráficos? — preguntó ella, con la esperanza de cambiar de tema, al tiempo que sacaba los dulces de limón.

— No hay nadie fijo —Liam probó uno de los dulces. Aunque era innegable que estaban un poco quemados por debajo, el resto estaba riquísimo —. ¿Tus padres dibujan?

— No —contestó Rowan. Sólo de pensarlo le entró la risa. No podía imaginarse a sus padres soñando con un lápiz frente a una hoja en blanco—. Me matricularon en una academia cuando era pequeña y me gustó. Mi madre tiene enmarcado un dibujo en el despacho de la universidad, de cuando era adolescente.

— O sea, que valora tu talento.

— O sea, que quiere a su hija —corrigió Rowan después de dar un sorbo de té.

— Entonces, supongo que también querrá que su hija desarrolle sus talentos y aptitudes — replicó él—. ¿Quizá alguno de tus abuelos era artista?

— No, mi abuelo por parte de padre era también profesor. Y su esposa era lo que podría llamarse una mujer de su tiempo. Todavía cuida de la casa.

— ¿y por parte de madre?

— Mi abuelo está jubilado. Viven en San Diego. Mi abuela hace algunas cosas de ganchillo muy bonitas. Supongo que se le puede llamar arte — concedió Rowan—. Ahora que lo pienso... su madre sí que era pintora. Tenemos un par de acuarelas de ella. Creo que mi abuela y su hermano tienen las demás. Era...  
excéntrica — añadió sonriente.

— ¿En qué sentido?

— No llegué a conocerla, pero mis padres dicen que leía la mano y hablaba con los animales... todo en contra de la voluntad de su marido. Si no me equivoco, era un inglés muy pragmático. Y ella una irlandesa soñadora.

— Así que era de Irlanda — Liam sintió una vibración por la médula—. ¿Cómo se apellidaba?

—Eh... O'Meara —respondió ella tras bucear en la memoria. Luego dio otro sorbo de té, relajada, mientras Liam escuchaba con el corazón atenazado — .Mi madre me llamó como ella. Supongo que por eso me dejó mi bisabuela su medallón. Es muy antiguo. De adularia, con bordes plateados.

— O sea, que se llamaba Rowan O'Meara —dijo él, al tiempo que ponía a un lado el té.

— Exacto. Creo que hay una historia muy romántica, si no me la he inventado, sobre cómo la conoció mi bisabuelo una vez que fue de vacaciones a Irlanda. Ella estaba pintando los acantilados, en Clare. Es curioso. no sé por qué me acuerdo de que era en ese condado —comentó Rowan —. El caso es que fue un flechazo, y ella dejó su casa y a su familia para irse a Inglaterra con él. Luego emigraron a Estados Unidos y acabaron asentándose en San Francisco.

Rowan O'Meara, de Clare. El destino había dado una vuelta de tuerca más para tenderle una nueva trampa. Liam dio un sorbo de té para aclararse la garganta.

— Mi segundo apellido, el de mi madre, es O'Meara —la informó Liam —. Tu bisabuela fue una prima lejana de la mía. Lo que quiere decir que tú y yo somos primos.

— ¡ Me tomas el pelo! — exclamó Rowan, radiante, asombrada y encantada al mismo tiempo.

—Con temas de familia nunca bromeo.

—Desde luego, el mundo es un pañuelo — Rowan rio y alzó su taza — . Encantado de conocerte, primo Liam.

¡Por todos los santos!, pensó éste mientras brindaba con Rowan. La mujer que le estaba sonriendo con esos ojos irlandeses; azules tenía sangre de elfo y ni siquiera lo sabía.

— Mira, ya ha salido el arco iris — avisó él. No había mirado por la ventana, pero sabía que el colorido arco ya estaba surcando el cielo. No por él. Había sido su padre quien había hecho el conjuro.

— ¡Qué bonito! —exclamó Rowan después de levantarse y mirar por la ventana —. Vamos fuera. ¡ Es precioso!

Salió corriendo, bajó las escaleras del porche y miró hacia arriba. Nunca había visto un arco iris tan nítido y bien definido. Destacaba en contraste con el cielo y bañaba las copas de los árboles con cada uno de sus colores.

— Nunca había visto uno tan bonito —aseguró.

Cuando le dio alcance, Rowan le tendió una mano y bastó ese leve contacto para desconcertarlo y conmoverlo. Con todo, mientras miraba el cielo, se prometió que no se enamoraría de ella a no ser que así lo deseara.

Se negaba a que lo manipulasen, a que el destino lo manejara como si fuera un pelele.

Tomaría su propia su decisión. Pero eso no quería decir que, mientras tanto, no pudiera darse algún capricho.

— Esto no significa más ni menos que el otro.

—¿Que'?

— Esto — Liam enmarcó las mejillas de Rowan con sendas manos, se inclinó y posó los labios sobre los de ella. — Suaves como la. Seda, delicados como la lluvia que aun cala bajo el sol.

Dejaría que el beso fuese tierno, pensó él. Era mejor para los dos refrenar el instinto salvaje que rugía en su interior. Más seguro, más inteligente. Le bastaba con probar la inocencia de sus labios. Haría lo posible por que no se enamorara de él, por temor a acabar haciéndole daño. Pero cuando Rowan apoyó una mano sobre uno de sus hombros, cuando empezó a devolverle el beso, Liam sintió que su instinto le clavaba las garras, luchando por liberarse.

Rowan se estaba entregando, no se estaba reservando nada, seguía besándolo, al tiempo que le acariciaba los hombros.

Liam se apartó antes de que el deseo le nublara el juicio por completo. Y cuando Rowan lo miró a la cara con los labios aún entreabiertos, la soltó:

— Supongo que es la química —comentó ella cuando encontró la voz.

— La química puede ser peligrosa — repuso Liam.

—No se puede descubrir nada si no haces experimentos — replicó Rowan.

La sorprendió oír salir de su boca un comentario tan seductor; pero, de alguna manera, le pareció natural invitar a Liam a que siguiera adelante.

— En este caso, es mejor que conozcas los elementos de la mezcla. Me pregunto hasta qué punto estás dispuesta a descubrirlos.

— Vine aquí para descubrir todo tipo de cosas —Rowan suspiró—. No esperaba encontrarte.

— Ya, primero quieres encontrar a la verdadera Rowan Murray —dijo él—. ¡Si ahora entráramos en casa, si nos acostáramos juntos, descubrirías en seguida una parte de ella. ¿Es eso lo que quieres?

—No —contestó Rowan, a pesar de que su cuerpo lo deseaba a gritos—. Porque entonces sería un revolcón sencillo, como tú decías. Y no quiero conformarme con algo sencillo.

— Aun así, creo que volveré a besarte cuando me apetezca.

— Creo que te dejaré que me beses cuando a mí me apetezca — repuso ella con una sonrisa desafiante.

— Tienes algo de esa mujer irlandesa —afirmó Liam, devolviéndole la sonrisa.

—Es posible —dijo Rowan, encantada—. Quizá deba enterarme de más cosas.

—Lo harás —comentó él, ya sin sonreír—. Y cuando lo hagas, espero que sepas cómo reaccionar. Elige un día de la semana que viene y ven a verme. Con el cuaderno de los dibujos.

— ¿Para qué?

— Se me ha ocurrido una idea.

Mal no le podía hacer, pensó Rowan. y le daría un poco de tiempo para pensar en todo lo que había pasado esa mañana.

— De acuerdo, pero me da igual un día que otro. Tengo todos los días libres.

—Sabrás el día adecuado cuando llegue —contestó Liam mientras le acariciaba el pelo—. Igual que yo.

—¿Y eso qué es?, ¿una especie extraña de telepatía irlandesa?

— No te imaginas cómo — murmuró Liam —. Que tengas un buen día, prima Rowan.

Le hizo una caricia en la mejilla y luego se dio media vuelta y se marchó. Bueno, pensó ella, de momento, el día no iba nada mal. y cuando volvió a encontrarse con Liam, en sueños, le dio la bienvenida. Cuando éste se introdujo en su cerebro, la sedujo, la excitó, la hizo suspirar, anhelar, gemir. Tembló de placer, susurró su nombre y, de alguna manera, tuvo la certeza de que él era tan vulnerable como, ella. Aunque solo fuera por un segundo, supo que Liam no sería capaz de negarle nada de lo que le pidiera.

Pero no sabía qué pedirle. Incluso mientras gozaba con su cuerpo y dejaba volar la imaginación, una, parte de ella pensaba: ¿qué debía preguntarle?, ¿qué necesitaba saber? A oscuras, con una media luna derramando su luz de plata a través de la ventana, se despertó sola. Hundió la cabeza en la almohada y escuchó los aullidos del lobo, también solitario.

## Seis

Rowan asistió al florecimiento de la primavera. Y con ésta, algo pareció florecer dentro de ella también. Los narcisos embriagaban el aire con su fragancia. El pequeño peral que se veía por la ventana de la cocina empezaba a dar frutos, que bailaban con el viento. Dentro del bosque, las azaleas tomaban tonos blancos y rosados, y las dedaleras se abrían en racimos. Había muchas más flores. Rowan se prometió comprarse un libro sobre las flora de Oregón en su siguiente viaje a la ciudad. Quería conocer sus ciclos y aprenderse todos sus nombres. y ella también estaba radiante. ¿No había más color en su cara?, se preguntaba. ¿Más luz en sus ojos? Sabía que : sonreía con más frecuencia, disfrutaba sintiendo cómo se curvaban sus labios hacia arriba sin ningún motivo aparente, mientras paseaba o dibujaba, o simplemente estaba sentada en el porche, leyendo durante horas.

Ya no se sentía sola por las noches. Cuando el lobo la visitaba, hablaba con él sobre lo que estuviera pensando en ese instante. Y cuando se ausentaba, se alegraba de pasar la noche a solas. No estaba segura de qué había cambiado, pero sí de que algo lo había hecho. Y de que la esperaban más y más grandes cambios. Quizá fuera su decisión de no regresar a San Francisco, de no seguir dando clases y no comprarse un apartamento al lado de la casa de sus padres. Nunca había sido derrochadora. No había sentido la menor necesidad de llenar el armario de ropa ni de hacer viajes costosos durante las vacaciones. Además, contaba con la pequeña herencia que había recibido de un pariente de su madre. Herencia que había invertido y había visto dar rendimientos durante los últimos años. Tenía dinero suficiente para pagar la entrada de una casa en algún sitio. Algún sitio tranquilo y bonito, pensó mientras tocaba una taza de café en el porche, de pie, para dar la bienvenida a una



nueva mañana. Tenía que ser una casa. Se acabó el vivir en edificios. Tenía que ser un sitio en el campo. Ya no podría ser feliz con el ruido y el ajetreo de una ciudad. Tendría un jardín, aprendería a plantar flores, y quizá estaría cerca de un arroyo o un estanque. Tenía que estar cerca del mar, para poder pasear por la orilla y oír el murmullo del agua por la noche, mientras conciliaba el sueño.

Quizá, solo quizá, en el siguiente viaje a la ciudad fuera a ver a un corredor de fincas. Sólo para informarse de los precios. Era un paso muy grande: elegir un lugar, comprar una casa, amueblarla, mantenerla. Pero estaba decidida a dar el paso, se dijo mientras jugueteaba con su coleta. Por supuesto que lo iba a dar, y encontraría un trabajo que le gustará. No necesitaba mucho dinero. Le bastaría con ganar lo suficiente para mantenerse mientras se dedicaba a pintar, a cuidar del jardín y reparar ella sola las averías de su casa. Si encontraba algo cerca, no tendría que dejar al lobo. Ni a Liam. Rowan denegó con la cabeza. No, no podía contar con Liam para el futuro, sumarlo a la lista de razones por las que estaba, contemplando quedarse en esa zona. El era independiente y se marcharía cuando quisiera.

Igual que el lobo, se dijo en un suspiro. Después de todo, ninguno de los dos le pertenecía. Ambos eran seres solitarios, bellas criaturas que no tenían dueño. Y que habían entrado en su vida y habían contribuido a que ésta cambiara, supuso. Aunque los cambios más grandes dependían de ella. Después de tres semanas en la cabaña de Belinda, parecía preparada para afrontar los. Ya estaba bien de pensar. Era el momento de dar los pasos definitivos.

De pronto, le pareció oír un susurro dentro de su cabeza. Un susurro que pronunciaba su nombre en la distancia, suave, mansamente. Liam le había dicho que fuera a verlo, recordó Rowan. Que sabría el momento adecuado. Pues no había mejor momento que ese, en el que estaba tan segura de sí misma. Y, después de verlo, se acercaría a la ciudad a hablar con el corredor de fincas.

Sabía que iba de camino. Había procurado no acercarse a ella durante los anteriores días, aunque no había logrado distanciarse del todo, pues lo preocupaba imaginarla sola en el bosque. Sin embargo, era muy fácil comprobar si se encontraba bien. No podía negar que disfrutaba cuando Rowan le abría la puerta y se agachaba a acariciarle la cabeza o el lomo. No tenía miedo del lobo, pensó Liam. De hecho, era más precavida cuando se presentaba ante ella como hombre.

Pero ahora iba para ver al hombre. Liam creía que tenía un buen plan, para los dos. Un plan que le daría la oportunidad de que desarrollara sus poderes y su talento... y que les daría tiempo para ir conociéndose mejor el uno al otro.

No volvería a tocarla hasta entonces. Se lo había prometido. Era demasiado difícil catar su dulzura y no poseerla del todo. Aunque por las noches sí se permitía entrar en sus sueños, complacerla y dejarla descansar radiante. Aunque él se quedaba insatisfecho. En cualquier caso, la estaba preparando para la noche en que esos sueños se harían realidad. Para la noche en la que serían sus manos, en vez de sus pensamientos, las que recorrerían su cuerpo. Sólo pensarlo le hizo un nudo en el estómago. Enfurecido por tal reacción, le ordenó a su cerebro que se despejara, y a

su cuerpo que se relajara. Pero se enfureció aún más cuando comprobó que sus poderes no bastaban para aliviar toda la tensión.

— Todavía no ha llegado el día en que no pueda controlar una atracción física hacia una mujer medio bruja —murmuró mientras entraba en su cabaña.

Porque se negaba a esperarla de pie en el porche, con ojos ansiosos de enamorado, aguardándola. De modo que se dedicó a dar vueltas y a maldecir en gaélico, hasta que oyó que llamaban a la puerta.

Liam abrió malhumorado. Y la vio, con el sol iluminándola a su espalda, con una sonrisa radiante en los labios y el pelo soltándosele de la coleta, sujetando unas flores moradas en una mano.

—Buenos días —saludó Rowan—.Creo que son violetas, pero no estoy totalmente segura. Tengo que comprar un libro.

Le ofreció la flor y Liam sintió que el corazón se le estremecía. La inocencia brillaba en los ojos de Rowan, cuyas mejillas brillaban sonrosadas. Y tenía violetas en la mano. Sólo podía quedarse mirándola. Y desearla.

—¿No te gustan las flores? —preguntó ella al ver que Liam no respondía.

— Sí, sí. Perdona, estaba distraído — reaccionó por fin. ¡Por Dios!, itenía que serenarse! —. Adelante, Rowan Murray. Eres bienvenida, igual que tus flores — añadió, más amable de lo que le habría gustado.

— Si vengo en mal momento— comentó Rowan. Pero Liam se echó a un lado, para dejarla pasar—. Se me ocurrió venir antes de acercarme a la ciudad.

—¿A comprar más libros? —preguntó él. Dejó la puerta abierta, como para ofrecerle una escapatoria.

— y para hablar con un corredor de fincas. Estoy pensando en comprar algo por aquí.

—¿De veras? —Liam enarcó una ceja—. ¿Es éste tu sitio?

— Eso parece. Puede ser — Rowan se ir encogió de hombros —. Alguno tiene que serlo.

—¿y has decidido... cómo dijiste... cómo ganarte la vida?

—No exactamente —repuso ella. La luz de sus ojos se atenuó un poco — . Pero lo haré.

Liam lamentó haber puesto esa preocupación en el rostro de Rowan.

— Tengo una idea al respecto. Vamos a la cocina, a ver si encontramos dónde poner las flores.

—¿Has ido al bosque? Está precioso con la primavera. Y la cabaña de Belinda está rodeada de flores. No conozco ni la mitad de ellas, ni las que tienes en tu jardín.

—La mayoría son sencillas, útiles para una cosa u otra — respondió Liam mientras colocaba las violetas en un jarrón azul.

— Tienes más atrás — comentó Rowan tras mirar por la ventana de la cocina—. ¿Son hierbas?

— Sí que lo son.

— Para cocinar.

—Para eso... y para otras cosas — Liam sonrió—. ¿También te vas a comprar un libro sobre hierbas?

— Probablemente — contestó ella, riéndose —. Hay tantas cosas a las que nunca he prestado atención. Ahora quiero descubrirlo todo.

— Y eso te incluye a ti.

—Supongo...

— ¿Y? — incapaz de resistirse, Liam jugueteó con las puntas de la coleta — ¿Qué has descubierto sobre Rowan?

— Que no es tan inepta como pensaba.

—¿y por qué pensabas eso? —replicó él, molesto.

— Bueno, no en todos los sentidos. Sé enseñar y sé cómo aplicar lo que aprendo. Eran las cosas pequeñas y las realmente grandes con las que nunca sabía qué hacer. Lo de en medio se me daba bien. Pero no me fijaba en los detalles y permitía que dirigieran mi vida en las decisiones más importantes.

— Te voy a dar una sugerencia acerca de eso que llamas cosas grandes. Espero que luego hagas lo que más te apetezca.

—¿Qué?

—En seguida —contestó Liam—. Antes quiero que veas lo que he estado haciendo.

— Intrigada, lo siguió al despacho. El ordenador estaba encendido y en el salvapantallas podían verse lunas, estrellas y algunos símbolos que no pudo entender. Liam tocó una tecla y el texto apareció en el monitor.

—¿Qué te parece? —le preguntó él.

Rowan se inclinó para leer mejor y, segundos después se echó a reír.

— Creo que no sé descifrar esa mezcla de signos y palabras en otro idioma.

Liam miró hacia el monitor y resopló impaciente. Había estado tan metido en la trama, que se había olvidado de esa cuestión. Aunque podía arreglarlo. Estuvo a punto de chasquear los dedos para que se tradujera el texto, pero se frenó a tiempo. Luego fingió que tecleaba un par de instrucciones mientras realizaba el conjuro mentalmente.

—Ya está —dijo después de que la pantalla se apagara y se encendiera de nuevo—. Siéntate y lee.

Rowan obedeció encantada y le bastaron unas pocas líneas para comprender:

—Es la segunda parte de Myor —dijo en alusión al juego de ordenador del que habían hablado la anterior vez—. Es genial. ¿La has terminado?

— Si sigues leyendo, lo comprobarás por ti misma.

—Sí, sí —Rowan volvió la cabeza hacia la pantalla y se dispuso a disfrutar—. ¡Oh!, ¡secuestran a la protagonista! Y el hechicero de las fuerzas del mal ha neutralizado sus poderes con un conjuro.

—Brujo —murmuró Liam—. Aunque sea un hombre, también es un brujo — corrigió.

—¿De verdad? Pues el brujo ha encerrado todos los poderes de la protagonista

en una caja mágica. Lo hace porque está enamorado de ella, ¿verdad?

—¿Que?

— Tiene que ser por eso — insistió Rowan —. Brinda es guapa y fuerte, está llena de vitalidad. Es normal que la desee, y esa es la única forma que tiene para obligarla a estar con él... Y aquí está el hechicero bueno... brujo, quiero decir, que peleará con el malo para rescatarla. Es fantástico.

Tenía la nariz pegada a la pantalla, ya que no llevaba puestas las gafas de leer.

— Mira cuántas trampas tendrá que sortear para llegar a ella. Y cuando la libere, Brinda no podrá utilizar su magia para salir del castillo — prosiguió Rowan —. Tendrán que explotar su imaginación y ayudarse para salir juntos. El Valle de las Tormentas. Suena amenazante, apasionado. Es justo lo que le faltaba a la primera parte.

—¿Cómo dices? —preguntó Liam, más asombrado que ofendido.

— Era una aventura llena de magia, pero le faltaba el toque romántico. Me alegra que se lo hayas dado esta vez. Rilan y Brinda se enamorarán locamente mientras afrontan juntos todos los peligros —dijo Rowan mientras se giraba para mirar a Liam—. Después de derrotar al brujo malo, encontrarán la caja, y será su amor el que rompa el conjuro, la abra y le devuelva a Brinda sus poderes. Y vivirán felices para siempre... ¿no? —añadió, un poco vacilante al ver la expresión de estupefacción de Liam.

— Sí, sí — respondió éste. Tendría que retocar la trama, pero Rowan tenía razón. Ya lo haría más adelante—. ¿Qué te parece lo de los dragones mágicos de la Tierra de los Espejos?

— ¿Dragones mágicos?

—Aquí —Liam se acercó y marcó un párrafo en la pantalla —. Léelo y dime qué piensas — añadió, susurrando junto al oído de Rowan.

Ésta tuvo que concentrarse para no prestar atención al vuelco que le dio el corazón y se puso a leer.

— Fabuloso. Sencillamente, fabuloso. Ya me los imagino huyendo en uno de los dragones, volando sobre las aguas rojas del mar y las colinas neblinosas.

—¿De veras? Enséñame cómo lo ves. Dibújamelos —Liam le sacó el cuaderno de su bolsa—. Yo no tengo la imagen muy clara.

— ¿No? No sé cómo puedes escribir esto sin verla — Rowan agarró un lápiz y empezó a dibujar—. El dragón tiene que ser majestuoso: feroz y bello, de alas doradas y ojos como rubíes. Grande, esbelto y potente... Salvaje y peligroso — iba diciendo al tiempo que dibujaba.

Era justo lo que quería, pensó Liam mientras el dibujo iba cobrando vida. Nada de dragones raros o amaestrados. Lo estaba reflejando a la perfección: una cabeza fiera y orgullosa, un cuerpo grande y poderoso, de anchas alas, una cola con forma de látigo y aspecto de gran agilidad.

— Hazme otro —le pidió con impaciencia mientras guardaba el primero —. Del mar y las colinas.

— Vale — Rowan supuso que tener un boceto del escenario podría ayudarlo a terminar de concretar la historia. Cerró los ojos un momento y evocó el paisaje: un mar ancho y resplandeciente con olas que rompen contra las rocas, apenas visibles por la bruma, un tenue rayo de luz filtrándose entre medias y la sombra de las montañas al fondo.

Cuando terminó, Liam se quedó con el dibujo y le pidió que le hiciera uno de Yilard, el brujo malo.

A juzgar por su sonrisa, era evidente que Rowan lo estaba pasando de maravilla dibujándolo. Decidió que tenía que ser atractivo. Muy atractivo. Nada de gnomos con verrugas y una joroba en la espalda, sino un hombre alto, elegante, con pelo largo y ojos negros. Lo vistió con una túnica larga, roja, como la de un príncipe.

—¿Por que no lo has pintado feo?—preguntó Liam.

— Porque no es feo — contestó ella con contundencia —. Si lo fuera, parecería que Brinda lo rechaza sólo por su apariencia, cuando es su corazón lo que no le gusta. Y esa maldad se ve reflejada en sus ojos.

— Pero él héroe tiene que ser más guapo.

— Por supuesto. Eso seguro. Pero no será uno de esos hombreritos afeminados con el pelo rizado y doradito — repuso Rowan mientras iniciaba el dibujo del brujo bueno —. Será moreno, . tendrá valor, pero también algún defecto. Me gusta que los héroes sean humanos. Aun así, arriesgará su vida por Brinda. Primero por una cuestión de honor. Luego por amor.

Rowan se echó a reír al observar el dibujo que había hecho.

—¿De qué te ríes?

— Se parece un poco a ti — contestó ella—. Pero, ¿por qué no? Es tu historia. Al fin y al cabo, todo el mundo quiere ser el héroe de su propia historia. Y es una historia estupenda, Liam. ¿Puedo leer el resto?

—Todavía no —dijo él. Después de escuchar a Rowan, tendría que realizar algunos cambios, pensó mientras apagaba el ordenador.

—Ah —dijo ella, decepcionada—. Sólo quería ver qué pasa después de que salen volando de la Tierra de los Espejos.

— Antes me gustaría que consideraras mi propuesta.

— ¿Qué propuesta?

— Una propuesta de negocios. Hazme los gráficos. Todos. Es mucho trabajo. Hay muchos niveles y soy muy exigente con los detalles.

—¿Quieres que haga los dibujos de tu historia? — preguntó Rowan cuando se hubo sobrepuesto de la sorpresa.

— No es una tarea sencilla. Necesitaré cientos de bocetos, todo tipo de escenarios y ángulos.

— No tengo experiencia.

—¿No? —Liam le enseñó el dibujo del dragón.

— Lo he hecho un momento — replicó Rowan, tratando de controlar los nervios —. Sin pensar.

— ¿Es así como funciona? Pues adelante. No pienses, dibuja simplemente.

Rowan se levantó. No podía creérselo, no podía casi ni respirar.

—No hablas en serio.

— Muy en serio — aseguró Liam — .¿Eras tú la que decía que quería dedicarse a algo que la hiciera feliz?

—Sí... —Rowan se llevó una mano al pecho.

— Entonces, si quieres, trabaja conmigo en esto. Ganarás lo que necesites para vivir. Mi empresa se encargará de eso. En fin, de ti depende, Rowan.

—Espera, espera un momento —le pidió ésta. Luego se dio media vuelta y avanzó hacia la ventana. El cielo seguía azul, observó, y el bosque, verde. Y el viento soplaba con la misma suavidad de antes.

Lo único que iba a cambiar era su vida. Si aceptaba. ¿Ganarse la vida haciendo algo que la encantaba?, ¿sería posible?, ¿podía ser real?

Entonces comprendió que no era miedo lo que la atenazaba, sino una inmensa inseguridad.

— ¿Lo crees de verdad?, ¿crees que mis dibujos pueden valer para tu juego?

— Si no, no te lo habría propuesto. La decisión es tuya.

— Es mía — repitió ella en un susurro. Se quedó en silencio unos segundos, primero que asimilaba la trascendencia de aquella oferta, hasta que, por fin, los ojos se le iluminaron —. Entonces sí, me gustaría mucho. Me encantaría trabajar contigo. ¿Cuándo empezamos?

Liam tomó la mano que ella le tendió y la estrechó con firmeza.

— Ya lo hemos hecho.

Más tarde, estando Rowan en la cocina de su cabaña, celebrando su decisión con una copa de vino y un sándwich de queso, trató de recordar si alguna vez había sido más feliz. Creía que no.

Al final no se había acercado a la ciudad a comprar libros ni a ver al corredor de fincas, pero ya lo haría. A cambio, se le había abierto la puerta de un nuevo trabajo. Un trabajo que la entusiasmaba. Tenía una oportunidad, una oportunidad al alcance de la mano, de cambiar rumbo.

No es que Liam Donovan fuera ponérselo fácil. Al contrario, pensó mientras se lamía el queso de los dedos. Era un hombre exigente, de carácter fuerte y muy, muy perfeccionista. Había tenido que hacer doce dibujos de los Gnomos de la Ría hasta que Liam se había quedado conforme. y había manifestado dicha conformidad con un gruñido acompañado por un movimiento afirmativo de la cabeza.

Daba igual. No necesitaba que le dieran palmaditas en la espalda ni recibir grandes halagos. Valoraba el hecho de que esperara buenos resultados de ella de que pensara que podían formar un buen equipo.

Un equipo. Abrazó la palabra con el corazón. Eso la hacía formar parte de algo. Después de tantos años deseándolo, ayudaría a contar historias. No con palabras, pues nunca había tenido talento para ellas; pero sí dibujando, lo que más le gustaba del mundo, aunque hasta entonces sólo lo hubiese tomado como una afición.

Con todo, era una mujer práctica, de modo que había dejado de lado su alegría por unos instantes para discutir con él las condiciones de trabajo. Las que no hubiera sido capaz de disimular la cara de asombro que había puesto al oír la cantidad que Liam le había ofrecido pagarle.

No tendría el menor problema para comprarse la casa, pensó sonriendo mientras se servía una segunda copa vino. Podría comprar más libros, plantas, antigüedades para amueblar la nueva casa. y vivir feliz para siempre, se brindando consigo misma.

Sola.

Se sacudió la espinita con un movimiento de cabeza. Ya estaba acostumbrándose a la soledad. Acostumbrándose a disfrutarla. Puede que siguiera sintiéndose atraída hacia Liam, pero comprendía que no habría ninguna relación personal entre ambos ahora que trabajaban juntos.

Desde luego, él no había mostrado el menor interés en ese sentido. Y aunque le hería el orgullo un poco, también estaba acostumbrada a eso. Durante el último año en el instituto, se había enamorado perdidamente del director del aula de debate. Podía recordar los cosquilleos en el estómago cada vez que lo veía. Y cómo había deseado ser más abierta, más guapa y tener más confianza en sí misma, como la chica con la que él salía.

Luego, en la universidad, había puesto sus ojos en un profesor de inglés, un poeta de mirada triste y espíritu pesimista de la vida. Había estado segura de que ella podría inspirarlo y animarlo. Al cabo de seis meses de perseguirlo y dos semanas saliendo juntos, acabaron haciendo el amor... tras lo cual la abandonó por otra mujer.

Pero no se arrepentía. Después de todo, habían sido dos semanas apasionadas, dignas de la mejor novela romántica y había entregado su virginidad a hombre con cierta sensibilidad, aunque escaso sentido de la monogamia.

No tardó mucho en descubrir que no lo había amado. En realidad había amado la idea que se había formado de él. Después de eso, dejó de sufrir por aquella brusca ruptura. Simplemente, los hombres no la encontraban... interesante. Ni sexy ni misteriosa. Y, por desgracia, ese era el tipo de hombres que más la atraían a ella.

Desde luego, Liam era todo eso y mas.

Alan, en cambio, no respondía a ese patrón. El dulce, sensato y constante Alan. Aunque lo quería, había sabido desde el momento en que empezaron a salir que jamás sentiría una excitación salvaje por él, una necesidad imperiosa y acuciante.

Lo había intentado. Sus padres se habían encariñado de él, y ella había imaginado que habría acabado enamorándose y viviendo a gusto a su lado.

¿Pero no había sido esa perspectiva o de una vida cómoda e insustancial lo que la había hecho huir al final? Ahora estaba segura de que había acertado al marcharse. Habría sido un error conformarse con menos de... nadie, supuso. Conformarse con menos de lo que estaba encontrando ahora: su sitio, sus deseos, sus carencias y su talento.

Al principio no lo comprenderían, pero acabarían haciéndolo. Estaba convencida de ello. Una vez la vieran en su casa, ganándose la vida dibujando, lo comprenderían. Y

quizá, sólo quizá, se sentirían orgullosos de ella. i Miró hacia el teléfono, vaciló y decidió posponerlo. No, todavía no. Aún no llamaría a sus padres para decirles lo que iba a hacer. No quería oír sus dudas, su preocupación, su impaciencia disimulada en el tono de voz, y estropear ese momento. Era un momento tan maravilloso... Así que cuando llamaron a la puerta, se levantó de un brinco. Era Liam, tenía que ser Liam, lo cual era perfecto.

Vendría con más trabajo y podrían sentarse en la cocina y charlar al respecto. Prepararía un té, quizá se tomarían una copa de vino. Había tenido otra idea sobre la Tierra de los Espejos y sobre el reflejo del mar rojo cuando Brinda vuelve a casa.

Ansiosa por contársela, corrió a abrir la puerta. Y su expresión sonriente dio paso a otra de estupefacción. — Rowan, no deberías abrir la puerta sin preguntar antes quién es. Eres demasiado confiada.

Con la brisa de la primavera soplando a su espalda, Alan entró en la cabaña.

Siete

—Alan, ¿qué haces aquí?

Se dio cuenta en seguida de que había empleado un tono seco y poco acogedor, casi acusatorio incluso. Y vio en el rostro de su novio que le había hecho daño.

—Ya han pasado tres semanas, Rowan. Pensábamos que te gustaría ver a alguien — contestó Alan al tiempo que se alisaba el cabello—. Y, la verdad, tus padres se quedaron preocupados después de tu última llamada.

—¿Por qué? —preguntó ella, forzándose a sonreír—. No veo ninguna razón. Les dije que estaba bien.

—Quizá fue eso lo que los alarmó.

La preocupación de Alan la hizo sentirse culpable.

—¿Por qué iba a alarmarlos eso? —repuso Rowan mientras él se despojaba del abrigo.

— Ninguno de nosotros sabe lo que haces aquí en realidad... ni qué pretendes conseguir aislándote de todo el mundo.

—Ya os le he explicado mil veces — contestó ella con voz cansina. ¡Maldita fuera!, ¡iera su vida! ¿Por qué tenían que cuestionar todas sus decisiones? En cualquier caso, optó por comportarse educadamente—. Siéntate, por favor. ¿Quieres algo?, ¿té, café?

— No hace falta, gracias — Alan tomó asiento.

Se sentía fuera de lugar con su traje gris, su camisa blanca de Oxford y su clásica corbata. No se le había ocurrido aflojársela durante el viaje. Miró la pieza y pensó que la cabaña era rústica y que estaba demasiado incomunicada. ¿Dónde estaba la cultura: los museos, las bibliotecas, los teatros?, ¿cómo podía soportar Rowan esconderse en medio del bosque durante semanas y semanas? Estaba seguro de que lo único que necesitaba era que le dieran un empujoncito, y en seguida haría las maletas para volver con él y con sus padres.

— ¿Qué demonios haces aquí todo el día? — preguntó Alan, sonriente.



— Ya te lo he dicho en las cartas, Alan —Rowan se sentó frente a él—. Necesito tiempo para pensar, para intentar aclararme. Doy largos paseos, leo, escucho música. He dibujado mucho. De hecho...

—Rowan, todo eso está muy bien durante unos pocos días —la interrumpió él con impaciencia—. Pero éste no es lugar para ti. Es fácil leer entre líneas que estás desarrollando una especie de afición romántica por la soledad, por vivir en medio de ninguna parte.

— Alan, te aseguro que estoy contenta — insistió ella.

No se lo parecía. En realidad, la notaba irritable y crispada. Convencido de que podía ayudarla, le dio una palmadita en una mano.

—Puede que de momento lo estés. ¿Pero qué pasará dentro de otro par de semanas, cuando te des cuenta de que todo esto sólo es un interludio? —preguntó Alan—. Entonces será demasiado tarde para recuperar tu puesto de profesora y matricularte en los cursos de verano que tenías planeado para el doctorado.

Rowan entrelazó las manos sobre el regazo, para evitar cerrarlas en puño sobre los brazos de la silla.

— No es un interludio. Es mi vida.

— Exacto —la cara de Alan se le iluminó, igual que se le iluminaba cuando un alumno lento de entendederas conseguía comprender un concepto complejo—. y tu vida está en San Francisco. Cariño, tanto tú como yo sabemos que necesitas más estímulos intelectuales de los que puedes encontrar aquí. Necesitas seguir con tus estudios, con tus alumnos. Seguro que lo echas de menos. ¿Y los cursos a los que te ibas a apuntar? Y no has dicho palabra del artículo que ibas a escribir para el periódico.

— No he dicho palabra porque no lo he escrito. Ni lo voy a hacer — espetó Rowan, furiosa, mientras se ponía de pie—. Y yo no había pensado apuntarme a ningún curso; ya lo habían pensado otros por mí. Como han planeado toda mi vida hasta ahora. No quiero estudiar, no quiero dar clases, no quiero ningún aliciente intelectual que no elija yo misma. Ya te lo he dicho y se lo he dicho a mis padres; pero vosotros os negáis a escuchar.

Alan parpadeó, sorprendido por aquel súbito arrebató.

—Porque nos preocupamos por ti, Rowan — Alan se levantó y empleó un tono de voz sosegador. Sabía que Rowan no solía enfadarse, pero también sabía que no había forma de hacerla entrar en razón mientras no se calmara. No había más remedio que esperar.

— Ya sé que os preocupáis mucho por mí —dijo ella, frustrada—. Por eso quiero que me oigáis y que me comprendáis. O, si no podéis comprenderme, que al menos aceptéis mis decisiones. Estoy haciendo lo que necesito hacer. Y no voy a volver, Alan — sentenció, mirándolo a los ojos.

Este se puso serio, como cuando exponía un argumento filosófico y ella se lo rebatía.

—Esperaba que a estas alturas te hubieras cansado ya de esta tontería y

volvieras conmigo esta misma noche; pero estoy dispuesto a encontrar un hotel por la zona y esperar unos pocos días.

—No, Alan, no me has entendido. Digo que no voy a volver a San Francisco. Nunca. Ni ahora ni más adelante.

¡Por fin!, ¡lo había dicho! Rowan sintió que se liberaba de un gran peso, por más que advirtiera la irritación de Alan.

— Eso es una tontería. Es tu casa, por supuesto que vas a volver.

— Es tu casa y la casa de mis padres. Pero eso no significa que sea la mía —Rowan le agarró las manos. Estaba tan contenta con sus planes que quería compartirlos con él—. Por favor, intenta comprenderlo. Aquí soy feliz. Me siento a gusto, es mi sitio. Nunca me había sentido así nunca. Hasta he conseguido un trabajo. Voy a dibujar los gráficos de un juego de ordenador. Es divertidísimo, Alan. Y voy a comprarme una casa por los alrededores. Mi propia casa, cerca del mar. Voy a tener un jardín y voy a aprender a cocinar y...

—¿Es que te has vuelto loca? —atajó Alan. Ahora fue este quien agarró y apretó las manos de Rowan. No había captado el tono alegre de sus palabras; sólo su sentido, aunque para él fuese todo una locura—. ¿Juegos de ordenador?, ¿jardines?, ¿estás oyendo lo que dices?

— Sí, por primera vez en mi vida es lo que estoy haciendo. Me haces daño, Alan.

—¿Qué yo te hago daño? —replicó este, casi gritando, agarrándola ahora por los hombros—. ¿Y qué pasa con mis sentimientos?, ¿con lo que yo quiero? Maldita sea, Rowan, he tenido mucha paciencia contigo. Eres tú la que de pronto, no se sabe por qué, has decidido cambiar nuestra relación. Un día somos novios y al día siguiente ya no lo somos. No te he presionado, no te he forzado a que nos casemos inmediatamente.

Rowan sabía que tenía parte de culpa. Lo había herido de modo innecesario por no haberse expresado bien.

— Alan, lo siento. Lo siento mucho. No era una cuestión de tiempo. Era...

— He accedido a esta fuga incomprensible — prosiguió él, encolerizado —. Te he dado libertad, pensando que era eso lo que querías antes de que nos casáramos. ¿y ahora me vienes con juegos de ordenador? , ¿con casas en el bosque?

—Sí, Alan...

Estaba a punto de llorar, había puesto una mano sobre el pecho de él, no para empujar lo, sino tratando de serenarlo. De pronto, el lobo entró por la ventana, hecho una furia, enseñando los colmillos y gruñendo.

Se abalanzó sobre Alan y lo desequilibró. La mesa del salón sonó a rota al caer los dos encima de ella. Antes de que Rowan pudiera hacer nada, Alan estaba en el suelo, totalmente pálido, con el lobo encima de su cuello.

— ¡No, no! —gritó ella. El terror le dio valor y decisión. Se tiró encima de ellos y abrazó el cuello del lobo con ambos brazos—. No le hagas daño. Él no me estaba haciendo daño —le dijo.

Notaba la tensión del lobo, oía sus gruñidos, amenazantes como truenos tormentosos. Empezó a imaginar los mordiscos, la sangre, los gritos y, sin pensarlo dos

veces, interpuso la cabeza entre ambos y miró al lobo a los ojos.

—No me hacía daño —repitió con voz calmada—. Es un amigo. Está enfadado, pero nunca me haría daño. Déjalo, por favor.

El lobo gruñó de nuevo, algo brilló en sus ojos, casi humano. Rowan apoyó una mejilla contra la de él y le acarició el lomo.

— Tranquilo, no pasa nada —dijo al tiempo que le daba un beso—. Ya pasó. El lobo se retiró, aunque siguió entre medias de los dos. — Lo siento, Alan — se disculpó Rowan mientras se ponía de pie, sin dejar de acariciar al lobo—. ¿Estás bien?

— ¡Dios!, ¡dios! — exclamó histérico, todavía aterrorizado. Apenas podía respirar. No le entraba el aire y tenía el pecho magullado por la embestida del lobo—. Apártate de él, Rowan. Apártate. Vete arriba — añadió. Aunque le temblaban las manos, agarró una lámpara para pegar al lobo.

— ¡No se te ocurra tocarlo! —gritó ella, indignada, al tiempo que le arrebatava la lámpara—. Sólo me estaba protegiendo. Pensaba que me estabas atacando.

—¿Protegiéndote? ¡Por Dios, Rowan!, ¡es un lobo!

Se echó hacia atrás cuando Alan intentó agarrarla, luego se dejó llevar por el instinto y dijo la primera mentira de su vida:

—¿Cómo va a ser un lobo!, ¡no seas ridículo! Es un perro — aseguró Rowan,— la cual creyó notar cierto desagrado en la expresión del lobo—. Mi perro. Y ha hecho justo lo que se espera de un perro bien amaestrado. Creía que estaba en peligro y me ha protegido.:— insistió.

—¿Un perro? —repitió Alan, poco convencido—. ¿Tienes un perro? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Sí —dijo Rowan, incómoda con la mentira—. Y... como ves, no puedo estar más segura con él a mi lado.

— ¿De qué raza es?

— N o lo sé bien — contestó ella — .Pero es un compañero estupendo y es evidente que no corro ningún peligro aunque esté sola. Si no hubiera intervenido para calmarlo, te habría mordido.

— Parece un lobo — insistió él.

— Vamos, Alan — Rowan se obligó a echar una risotada —. ¿Alguna vez has oído que los lobos entren saltando por la ventana y obedezcan las órdenes de una mujer? Es maravilloso, y fiel como un labrador —añadió mientras seguía acariciándolo.

El lobo le lanzó una mirada disgustada y luego se alejó, hasta sentarse junto a la chimenea.

—¿Lo ves? —añadió Rowan, aliviada.

—Nunca dijiste que quisieras tener un perro. Creo que soy alérgico — comentó Alan mientras preparaba un pañuelo para el primer estornudo.

—Nunca dije un montón de cosas —replicó ella, cruzándose de brazos — . y lo siento. Siento no haber sabido qué decir ni cómo decirlo hasta ahora.

— ¿Te importa sacarlo fuera? — preguntó Alan, que no podía dejar de mirar de reojo al lobo.

¿Sacarlo fuera? Le entraron ganas de reír, pero se contuvo. El lobo entraba y salía como le apetecía.

—No te hará nada, te lo prometo. Venga, siéntate. Todavía no se te ha pasado el susto. .

—Normal —murmuro Alan. Le habría pedido una copa de brandy, pero supuso que Rowan tendría que abandonar el salón para servírsela, y no quería arriesgarse a quedarse a solas con aquella bestia negra.

Como si pretendiera confirmar lo acertado de tal decisión, el lobo le enseñó los dientes.

— Alan, lo siento — repitió Rowan mientras se sentaba frente a él—. Siento no haber sabido antes lo que quería, siento no ser lo que esperabas de mí. Pero no puedo hacer nada al respecto, no puedo volver a ser la que era.

— Rowan, sé sensata —le pidió él, al tiempo que se alisaba el cabello.

— Estoy siendo sensata. Te aprecio mucho, Alan. Has sido un amigo maravilloso para mí. Pero sé sincero: no estás enamorado de mí.

—Claro que te quiero, Rowan.

— Si de veras estuvieses enamorado de mí, no habrías accedido a que no siguiéramos acostándonos —repuso ella, esbozando una sonrisa afectuosa — .Alan, hemos sido buenos amigos, pero como amantes hemos sido mediocres. No ha habido pasión entre nosotros.

Discutir ese asunto tan abiertamente lo incomodaba. Estaba nervioso, se habría levantado para pasear por el salón, pero la presencia del lobo lo intimidaba.

— ¿Por qué tiene que haberla?

—No sé por qué, pero sí sé que es necesaria —contestó Rowan mientras le ajustaba el nudo de la corbata—. Tú eres el hijo que mis padres siempre desearon. Eres amable, inteligente, me proporcionarías estabilidad. Siempre han querido que nos casemos, dieron por supuesto que era lo mejor para los dos... y a ti te convencieron de lo mismo. Pero, ¿es eso lo que quieres?, ¿de verdad, Alan?

—No puedo imaginar que no formes parte de mi vida — respondió él después de unos segundos de reflexión.

— Siempre formaré parte de tu vida— aseguró Rowan. Luego acercó la cabeza y le dio un beso en los labios. El lobo se levantó al instante y gruñó. Rowan se retiró y miró a Alan a los ojos —. ¿Has sentido que la sangre te hervía o el corazón te daba un vuelco? No, Alan. No lo has sentido porque no me quieres como quiere un hombre enamorado. Es cuestión de pasión — añadió tras besarlo, sin dejarle responder.

— Si volvieras, podríamos intentarlo —propuso Alan—. No quiero perderte, Rowan. Me importas — añadió cuando ella de negó con la cabeza.

— Entonces..déjame que sea feliz. Demuéstrame que te importo y que aceptas lo que quiero hacer.

— No puedo impedírtelo — repuso Alan, resignado —. Has cambiado, Rowan. En tres semanas has cambiado mucho. Quizá seas feliz, o estés jugando a ser feliz. Sea como sea, seguiremos ahí si cambias de decisión.

— Lo sé.

— Debería irme. El aeropuerto está lejos.

— Puedo... puedo ofrecerte algo de cenar. Si quieres, puedes pasar aquí la noche y volverte mañana.

— Es mejor que me vaya ahora — Alan se puso de pie tras mirar con precaución al lobo—. No sé qué pensar, Rowan, y no sé qué voy a decirles a tus padres. Estaban seguros de que volverías conmigo.

— Diles que los quiero. Y que soy feliz.

— Se lo diré... e intentaré convencerlos. Pero teniendo en cuenta que ni yo mismo me lo creo del todo... — Alan volvió a estornudar—. No te levantes, ya salgo yo solo... Y ponle una correa a esa bestia, asegúrate de que no pierde la cabeza y...

Estornudó de nuevo y tuvo la impresión de que el perro se estaba riendo de él. Lo que era ridículo.

— Ya te llamaré — acertó a decir, justo antes de salir del refugio.

— Le he hecho daño — le dijo Rowan al lobo después de suspirar. Luego apoyó una mejilla sobre la cabeza del animal mientras oía alejarse el coche de Alan—. Pero era inevitable. Como era inevitable que rompiéramos... Has sido muy valiente. Y le has pegado al pobre un susto de muerte. A mí también, ¿eh?

Has entrado hecho una fiera, enseñando los dientes... Te quiero, contigo es todo tan sencillo... — añadió, acurrucándose contra el lobo.

Y así permanecieron mucho, mucho tiempo, mirando las llamas de la chimenea y escuchando el lobo la respiración de Rowan. Liam la mantuvo cerca y ocupada durante las siguientes tres semanas. A Rowan la encantaba el trabajo, lo cual facilitaba retenerla a su lado. Era verdad que podía haber hecho casi todos los dibujos por su cuenta, en la cabaña de Belinda, pero no se había negado a ir a la de Liam cuando éste se lo había pedido.

Sólo quería... tenerla vigilada, se dijo. Observarla, para decidir qué hacer a continuación. Y cuándo hacerlo. No es que deseara su compañía. Siempre había preferido trabajar solo y, desde luego, no necesitaba tenerla delante para que lo distrajese con su aroma y su delicadeza. Ni su conversación, interesante y agradable. Y tampoco necesitaba para nada las galletas y los pasteles que le llevaba a menudo.

La mitad de las veces estaban algo quemados, pero increíblemente dulces. No es que no pudiera pasar sin ella, se decía todos los días mientras esperaba ansioso su llegada. Si iba a verla por la noche, en forma de lobo, sólo era porque sabía que estaba sola y que a ella le gustaban esas visitas. Puede que él disfrutara tumbándose a su lado en la cama, escuchándola leer en alto cualquiera de sus libros, viendo cómo se quedaba dormida con las gafas puestas y la luz encendida.

y si se quedaba mirándola mientras dormía, no era porque fuera tan preciosa y frágil. Sólo era porque Rowan era un enigma que necesitaba resolver. Su corazón; trataba de convencerse, estaba bien protegido.

Sabía que el siguiente paso estaba cerca; el momento en que dejaría en las manos de ella la decisión sobre el futuro entre ambos.

Pero antes, Rowan tenía que saber quién era. Y qué era. Podía haberse acostado con ella sin desvelar su identidad. Lo había hecho antes con otras mujeres. Pero no había visto razón alguna para abrirse a ellas. Sus poderes, su legado, su vida eran cosa de él. Sin embargo, quizá no sucediera lo mismo con Rowan.

Ella también tenía poderes, un legado que desconocía. También tendría que decirle eso llegado el momento; tendría que convencerla de lo que corría por su sangre.

Lo que luego hiciera al respecto, dependía sólo de ella. La decisión de informarla, en cambio, sí era de él.

Pero seguía protegiéndose el corazón. Una cosa era desearla y otra mucho más arriesgada era amarla. La noche del solsticio, mágica entre todas las noches, preparó el círculo. En el corazón del bosque, se situó en el centro del círculo de piedras. El aire cantaba a su alrededor. Era el dulce canto de los antepasados, de la melodía de la juventud y de la tensión quienes lo miraban y esperaban...

El canto de la esperanza. Las velas eran blancas, delgadas, igual que las flores que yacían entre medias. Llevaba una túnica del color de la luna, ceñida con una cinta con joyas. El viento le ahuecó el pelo cuando alzó la cabeza para recibir el último rayo de sol, que se reflejó en los árboles, en todas sus ramas, brillantes como espadas ardientes. Liam vio el aleteo del águila blanca, que acabó posándose sobre la piedra más alta.

— Padre, conozco tus deseos, pero si ellos me gobiernan, ¿podré yo reemplazarte y gobernar con sabiduría? —le preguntó Liam, saludándolo con formalidad, con una reverencia. Luego alzó la cara y los brazos, y exclamó —: ¡Llamo al fuego, llamo al viento!, ¡llamo a los dos elementos!

Acto seguido, el viento empezó a soplar con fuerza, en espiral, y dos columnas de fuego helado brotaron del suelo. Los ojos empezaron a iluminársele, como dos llamas gemelas.

— ¡Por la sangre de los míos!, ¡por el poder de mi mano! ¡Ella es mía y la reclamo! — añadió.

Luego se giró, encendió cada una de las velas chasqueando los dedos, hasta que las llamas se convirtieron en arcos. El viento sopló aun más fuerte, aulló como un millar de lobos, cargado con la fragancia de las flores y del mar. Se coló bajo su túnica, lo despeinó. Liam saboreó en él el poder de la noche.

— ¡Luna llena, luna blanca, ilumínale el camino! ¡Guíala y tráela a mi lado!, ¡que conozca su destino! — proclamó.

Bajó los brazos y miró, a través de la noche y de los árboles del bosque, hacia la cama en la que ella dormía intranquila.

— Rowan —la llamó Liam con un suspiro—. Es la hora. No te haré daño. Es lo único que te prometo. No necesitas despertarte. Sigue soñando, te estoy esperando.

Algo... la llamaba. Podía oírlo: un susurro en la cabeza, una pregunta. Se volteó sobre el colchón en busca de la respuesta, estiró los brazos y se levantó de la cama. Llevaba un camisón de seda que le acariciaba los muslos. Luego se puso una bata, azul como sus ojos, y se calzó unas zapatillas. Echó a andar.

Sumida en un sueño real, bajó las escaleras, paseando los dedos por la barandilla. Le brillaban los ojos, sus labios sonreían, iba a encontrarse con el hombre al que amaba. Pensó en él, en Liam, mientras salía de la cabaña y se adentraba en la niebla. No se veían los árboles, tampoco el sendero del bosque. El aire parecía suspirar, luego dividirse. Avanzó entre medias sin miedo, hacia esa cortina blanca, conducida por la luna llena, que presidía la noche en el cielo, y por las estrellas, brillantes como puntas heladas.

Los árboles temblaban con el viento. Oyó el canto de un águila y se encaminó sin pensárselo hacia el sonido. Hasta que la vio, grande y plateada como la niebla, con un medallón dorado en el pecho y un brillo en sus verdes ojos. Era como andar por un cuento de hadas. Parte de ella era consciente de lo que sucedía, abrazaba la magia de la situación, mientras que otra parte seguía dormida, aún no estaba preparada para ver y saber. Pero el corazón le latía con fuerza y constancia y sus pasos eran ligeros y veloces. Veía ojos que la miraban entre las ramas, oía risas alegres procedentes de los helechos.

La niebla se desvanecía paso a paso, metro a metro, guiándola. y el agua cantaba con tranquilidad.

Vio las luces brillando, las llamas que encendían la noche. Olió a mar, a cera, a flores. Su sonrisa se ensanchaba a medida que se acercaba al círculo de piedras. La niebla temblaba alrededor, pero no se colaba entre las velas y las flores. Entonces lo vio en el centro, de pie, con una bata blanca como la luz de la luna, con el ceñidor de joyas reluciendo. El corazón le dio un vuelco al verla, se estremeció más de lo que había pensado, pero Liam siguió adelante:

— ¿Quieres entrar, Rowan? —le pidió, tendiéndole una mano. Una parte de ella lo deseaba, otra vacilaba. Pero seguía sonriendo.

—Por supuesto —se decidió finalmente. Y entró en el círculo, entre las piedras.

Algo vibró en el aire, por su piel, dentro de su corazón. Oyó susurrar a las piedras. Las luces de las velas se ahogaron, luego crecieron de nuevo. Rozó los dedos de Liam, lo miró totalmente confiada.

—Sueño contigo cada noche —le dijo suspirando —. y te deseo cada día añadió.

—No comprendes las ventajas ni los inconvenientes —Liam le puso una mano en el hombro—. Y debes comprender.

—Sé que te deseo. Ya me has seducido, Liam.

— Yo también tengo necesidades —respondió este, con cierta sensación de culpabilidad.

— ¿Y a mí?, ¿me necesitas a mí? —. Rowan le hizo una caricia, suave como su propia voz.

— Te deseo — reconoció él. Confesar que la necesitaba era demasiado arriesgado.

— Estoy aquí —lo miró a los ojos — ¿No vas a besarme?

— Sí — Liam se inclinó, sin dejar de mirarla a los ojos —. Recuerda esto, recuérdalo si puedes — añadió. Luego le rozó los labios con la boca, una vez, y otra. La

saboreó. Luego la mordió un poco.

Cuando suspiró de placer, Liam la abrazó con fuerza, disfrutó de la magia ... del momento, del cuerpo que estaba estrechando. Sus lenguas se unieron, le calentaron la sangre, le aceleraron el corazón.

Las dos columnas de fuego helado ardían flanqueándolos por ambos lados.

— Tócame, Liam. Llevo esperándote mucho tiempo.

Poseerla allí, en ese instante. La primitiva necesidad de penetrarla sin esperar más batallaba con su sentido del deber. ¿Qué más daba lo que ella supiera?, ¿qué importaba lo que él pudiera ganar o perder? Solo existía ese presente ardoroso en el que la estaba abrazando.

— Hazme el amor — insistió Rowan tras separar la boca y deslizarse hacia su cuello. Ya sabía que sería un acto fabuloso, veloz, potente. Y lo deseaba desesperadamente.

Liam le quitó la bata de un brusco movimiento y le clavó los dientes sobre la piel desnuda de los hombros.

— ¿Sabes quién soy? —le preguntó.

— Liam — respondió ella.

— ¿Sabes qué soy? — añadió él tras dar un paso atrás, mirándola a los ojos, encandilados por la pasión.

— Sé que eres diferente — fue todo cuanto pudo contestar.

— Te da miedo saberlo —le dijo Liam. Y si eso le daba miedo, ¿cuánto se asustaría al conocer la sangre que corría por sus venas?—. Todavía no estás preparada para entregarte a mí. Ni para aceptarme.

— ¿Por qué no es suficiente todavía? —preguntó Rowan, temblando.

— La magia implica responsabilidad. Esta noche, la noche más corta del año, baila por todo el bosque, canta en las colinas de Irlanda, cabalga los mares y surca el cielo. Esta noche está de fiesta y todo sería posible. Pero es el mañana lo que importa — Liam le acarició el pelo y le dio un beso en cada mejilla — .

Mañana, Rowan Murray de los O'Meara, recordarás lo que quieras recordar. Y la decisión será tuya.

Liam dio un paso atrás y abrió los brazos.

— Pasa rápida la noche. Y brillante. Luego asomará la aurora, fiel amante — recitó sin dejar de mirarla a los ojos — .Que tu sangre y mi sangre sean una, que la magia de esta noche nos reúna... Que duermas bien, Rowan — finalizó después de agacharse para agarrar un ramo de flores y entregárselo.

y con un chasquido del pulgar provocó un relámpago que la devolvió a la cama.

Ocho

El sol brillaba a través de la ventana. Rowan hundió la cara contra la almohada para no despertarse.

Quería seguir durmiendo. Seguir con esos sueños tan fantásticos y reales, de los que aún recordaba parte.



Niebla, flores. Rayos de luna y velas encendidas. El vuelo de un águila de plata, el suave arrullo del agua. Y Liam, cubierto con una bata blanca, abrazándola en el centro del círculo de piedras. Todavía podía paladear el sabor caliente de su lengua, sentir el ritmo acelerado de su corazón, la tensión de sus músculos.

No tenía más que dormirse otra vez para volver a experimentarlo todo. Pero no logró retomar el sueño, por más vueltas que dio en la cama. Era tan real, pensó mientras se frotaba una mejilla contra las sábanas. Tan real y maravilloso... Había tenido sueños muy extraños y palpables antes; sobre todo, de pequeña.

Su madre siempre había dicho que tenía mucha imaginación. Pero necesitaba aprender la diferencia entre la realidad y lo imaginario. En muchas ocasiones, habría elegido vivir en su mundo imaginario. Por miedo a preocupar a sus padres, no había hablado más de ello. Y supuso que si ahora volvía a tener esa clase de sueños era porque había tomado la decisión de seguir su propio camino. Lo que no la extrañaba era tener sueños románticos y eróticos sobre Liam.

Rowan estiró los brazos y trató de recordar todo lo que pudo. Debía de tener que ver con el juego de ordenador en el que estaban trabajando. Liam era el héroe y ella, la heroína. Había magia, niebla, deseo y rechazo. Un círculo de piedras que susurraba, un anillo de velas cuyas llamas no se apagaban a pesar del viento. Dos columnas de fuego azul helado.

Cerró los ojos y trató de reconstruir las palabras que Liam le había dicho. Se acordaba bien de que la había besado, pero, ¿qué le había dicho? Algo sobre saber o no saber, decisiones y responsabilidad.

Si conseguía ordenarlo todo, quizá pudiera ofrecerle la trama de un nuevo juego de ordenador. Pero lo único que recordaba con claridad era el modo en que la había abrazado, lo que había sentido dentro de ella.

Entonces se advirtió que su relación era laboral. Pensar en él en ese otro sentido era estúpido y arriesgado. Lo último que quería era engañarse, imaginando que Liam podía enamorarse de ella... como ella se había enamorado de él. Así que prefirió concentrarse en la satisfacción que le producía ese trabajo. O en la casa que tenía intención de comprarse. Ya iba siendo hora de que hiciera algo a ese respecto. Aunque primero se levantaría, se tomaría un café y daría un paseo.

Echó las sábanas a un lado y allí, sobre la cama, vio un ramo de flores. El corazón se le subió a la garganta, se quedó sin respiración. Imposible, imposible, insistía su cabeza. Cerró los ojos con fuerza, pero siguió oliendo la fragancia de las flores. Era uno de los ramos que había visto en sus sueños junto a las velas. Pero no podía ser. Había sido un sueño, uno más de los que había tenido desde que había llegado a ese sitio. Ella no había ido al bosque por la noche, en medio de la niebla. No había entrado en el círculo de piedras ni había visto a Liam.

A no ser que...

Sonambulismo, pensó aterrada. ¿Había estado andando mientras dormía? Salió de la cama sin despegar la mirada de las flores y agarró la bata. Estaba húmeda, como si el rocío se hubiera posado sobre ella.

Cada vez recordaba más detalles del sueño, con más y más claridad.

—No puede ser verdad —dijo sin convencimiento.

Se vistió a toda prisa y salió corriendo en busca de Liam. El era el responsable. Era lo único de lo que estaba segura. Quizá le había echado algún alucinógeno en el té mientras ella dibujaba.

No se le ocurría otra explicación razonable. Y tenía que haber una explicación razonable. Cuando por fin llegó a su casa, llamó a la puerta sin resuello, apretando con fuerza el ramo de flores.

— ¿Qué me has hecho? —le preguntó Rowan no bien hubo abierto Liam.

— Entra —le dijo este mientras se echaba a un lado.

— Quiero saber qué me has hecho. Quiero saber qué significa esto — Rowan le tiró el ramo de flores.

— Tú me diste flores una vez — respondió él con calma —. Sé que te gustan.

— ¿Le has echado alguna droga al té?

— ¿Cómo dices? —replicó Liam, ofendido.

— Es la única explicación. Alguna droga que me haya hecho imaginar cosas, hacer cosas. Yo nunca iría al bosque de noche estando en mi sano juicio.

— No me dedico a preparar pociones de ese tipo — contestó él, encogiéndose de hombros.

— ¿Ah, no! —Rowan lo miró a los ojos —. ¿A qué tipo de pociones, entonces?

— Unas que alivian el dolor del cuerpo y del espíritu. Aunque no es... mi especialidad.

— ¿y cuál es tu especialidad?

— Si hubieras abierto tu mente un poco, ya sabrías la respuesta a eso —replicó Liam, impacientado.

Rowan se fijó en sus ojos. La imagen del lobo se le vino a la cabeza y dio un paso atrás.

— ¿Quién eres?

— Ya sabes quién soy. Y, maldita sea, te he dado tiempo suficiente para que lo asimiles.

— Para que asimile, ¿qué? —repitió ella, al tiempo que le clavaba el dedo índice en el pecho —. No te entiendo en absoluto. No sé lo que esperas que sepa. Quiero respuestas, Liam. Las quiero ahora, o déjame en paz. Me niego a que sigas jugando conmigo de esta manera. Así que dime exactamente qué pasa —añadió, arrebatándole el ramo de flores.

— ¿Quieres saber qué pasa?, ¿quieres respuestas? — Liam estaba tan furioso que no logró controlarse —. Pues aquí! tienes una respuesta. Alzó los brazos y, de pronto, las puntas de sus dedos se iluminaron. Un remolino de niebla envolvió su cuerpo, dejando visibles nada más que sus ojos, claros y brillantes.

Eran los ojos del lobo, los cuales destellaron mientras los colmillos le crecían y la piel se le ponía negra como la noche. Rowan se quedó pálida. De lejos, podía oír la respiración entrecortada de sus pulmones, el grito que sólo sonó en su cabeza.

Dio un paso atrás, se le nubló la vista. Cuando las piernas se le doblaron, Liam corrió a sujetarla antes de que cayera al suelo.

—No, no te vas a desmayar para hacerme sentir como si fuera un monstruo — Liam la sentó en una silla y le colocó la cabeza entre las piernas—. Respira profundo, y la próxima vez, ten cuidado con lo que deseas.

Rowan oía un zumbido de avispas en la cabeza, sentía cien dedos helados recorriéndole la piel. Balbuceó algo cuando Liam le levantó la cabeza. Se habría apartado, pero la tenía bien agarrada.

— Mírame —le pidió él con más suavidad—. Mírame y tranquilízate.

Ya recuperada, notó que Liam se comunicaba con ella por medio del pensamiento. El instinto la hizo tratar de bloquear la comunicación, al tiempo que intentaba empujar a Liam.

—No, no peles conmigo. No voy a hacerte daño —le dijo este.

—Ya... ya lo sé —contestó Rowan, inexplicablemente segura de ello—. ¿Me das... me das un poco de agua?

Parpadeó ante el vaso que no había visto hasta entonces en la mano de Liam.

—Sólo es agua —dijo este, molesto, al advertir su recelo—. Te doy mi palabra.

— Tu palabra — Rowan dio un sorbo—. Eres... un hombre lobo —añadió. Era ridículo. No podía creérselo, pero lo había visto con sus propios ojos.

Los ojos de Liam se agrandaron de estupefacción.

—¿Un hombre lobo? ¡Por todos los santos!, ¿de dónde te sacas esas cosas? Un hombre lobo —repitió él mientras daba vueltas por la pieza—. Tú no eres tonta, solamente testaruda. Es de día, ¿verdad que sí?, ¿o acaso ves que haya luna llena? ¿Me he tirado a devorar tu cuello? ¡Por Dios!, ¡soy Liam Donovan! y soy brujo —concluyó éste con orgullo, mirándola a la cara fijamente.

—Estupendo —Rowan soltó una risilla histérica—. Eso está mucho mejor.

—No me tengas miedo —le pidió dolido al ver que ella se cruzaba de brazos, en actitud defensiva—. Te he dado tiempo para que lo intuyeras, para que estuvieses preparada. No te lo habría enseñado de un modo tan brusco si no me hubieras presionado.

— ¿Tiempo para que estuvieses preparada?, ¿para esto? — Rowan se alisó el cabello—. ¿Cómo voy a estar preparada para algo así? Quizá esté soñando otra vez... ¡Soñando! ¡Dios!

Liam le leyó los pensamientos y se obligó a meter las manos en los bolsillos.

—No he hecho nada que no estuvieras dispuesta a ofrecerme —le dijo.

—Me has hecho el amor... Venías a mi cama mientras estaba dormida y...

— Contactos mente a mente —la interrumpió él—. No te he puesto las manos encima... casi.

La sangre había regresado a sus mejillas, encendidas ahora.

—No eran sueños.

—Lo eran en parte. Te me habrías entregado del todo, Rowan. Los dos sabemos que es verdad. No voy a disculparme por meterme en tus sueños.

— Meterte en mis sueños — Rowan le ordenó a su cuerpo que se levantara, pero necesitó apoyarse en los brazos de la silla para no perder el equilibrio — . ¿Se supone que tengo que creérmelo?

— Sí — contestó Liam con una débil sonrisa —. Eso mismo.

— Tengo que creer que eres un brujo, que puedes convertirte en lobo y que puedes colarte en mis sueños cuando te apetezca.

— Cuando nos apetezca a los dos — corrigió Liam. Quizá he debido incidir en ese aspecto—. Suspirabas por mí, Rowan. Te estremecías pensando en mí. y sonreías cuando te dejaba dormida — añadió, al tiempo que le acariciaba los brazos.

— Lo que dices sólo sucede en los libros, en los juegos de ordenador.

— También en la vida real. Tú misma lo has comprobado. Yo te he llevado al mundo de la magia. Sé que te acuerdas de anoche, lo veo en tu cabeza.

— No fisgues dentro de mí — se opuso Rowan, mortificada porque lo creía capaz de hacerlo—. Los pensamientos son una cosa privada.

— Los tuyos son tan transparentes a menudo, que no necesito fisgar. No lo haré más, si eso te disgusta.

— Me disgusta — Rowan se mordió el labio inferior —. ¿Eres parapsicólogo?

— Tengo el poder de ver, si te refieres a eso. De realizar un conjuro, de provocar una tormenta — Liam se encogió de hombros —. El poder de transformarme a mi antojo.

Un mutante. ¡Dios! Claro que había leído acerca de esas cosas. En novelas, en libros sobre mitos y leyendas. No podía ser real. Y, sin embargo, no podía negar lo que acababa de ver... lo que sabía en el fondo de su corazón.

— Te presentaste ante mí en forma de lobo — comentó por fin.

— Y no tuviste miedo de mí. Otros se habrían asustado, pero tú no. Me acogiste, me abrazaste, lloraste a mi lado.

—No sabía que eras tú. De haberlo sabido... —Rowan dejó la frase interrumpida, a medida que los recuerdos se le agolpaban en la cabeza —. ¡ Me has visto desnudarme! Estabas sentado mientras yo me bañaba.

— Tienes un cuerpo precioso. ¿Por qué te iba a avergonzar que te lo haya visto? Sólo hace unas horas me pediste que te hiciera el amor.

— Es diferente.

— Pídeme que te toque ahora, conscientemente, y será más diferente todavía.

—¿Por qué no... me has tocado todavía? —preguntó ella tras tragar saliva.

—Necesitabas tiempo para conocerme, y conocerte. No tengo derecho a quitarte la inocencia, aunque me la ofrezcas, si no sabes a quién se la entregas.

—No soy virgen. He estado con otros hombres.

Algo oscuro e intenso brilló en los ojos de Liam. Algo salvaje. Aun así, logró hablar con serenidad:

—No tocaron tu inocencia, no la cambiaron. Pero yo sí lo haré. Si te acuestas conmigo, Rowan, será como la primera vez. Te haré sentir un placer con el que arderás...

No siguió hablando. Deslizó un dedo por el cuello de Rowan, la cual se estremeció. Pero no se apartó. Fuera quien fuera o lo que fuera, ese hombre la conmovía.

—¿Tú qué sentirás? —le preguntó ella.

—Placer, deseo, necesidad —murmuró Liam mientras le rozaba las mejillas con los labios—. La pasión que buscabas y no has encontrado en los otros hombres. Desesperación. Yo siento eso por ti, lo quiera o no. Tienes mucho poder sobre mí. ¿Te parece suficiente?

—No sé, nadie ha sentido algo así por mí...

—Yo sí —Liam le desabrochó los dos primeros botones de la camisa—. Déjame verte, Rowan, aquí, a la luz del día.

—Liam —lo nombró ella. Era una locura. No podía ser real. Y, sin embargo, sus sentimientos eran demasiado intensos como para que fuesen ficticios. Nada había sido más real en toda su vida, comprendió asombrada—. Creo en esto... quiero que pase —añadió con una mezcla de temor y deseo.

—Yo también —aseguró él. Los nudillos dejaban un rastro fogoso por la piel de Rowan, a medida que le desabrochaba la camisa y se la quitaba de los hombros—. Esta mañana saliste con prisa —añadió con voz ronca al ver que no llevaba sujetador.

Se dio el gusto de pasar la punta de un dedo sobre sus senos, sobre las puntas.

—Sabes que no puedo detenerte —dijo Rowan, rendida.

—Sí puedes —Liam siguió acariciándola con suavidad—. Basta con una palabra. Aunque espero que no lo hagas, porque me volvería loco si no te hago el amor ahora. ¿Quieres que te toque?

—Sí —respondió ella.

—Una vez dijiste que no querías una relación sencilla —recordó Liam mientras le desabrochaba el botón de los vaqueros—. No lo será. Para ninguno de los dos —agregó mientras introducía los dedos bajo la ropa interior de Rowan.

—¿Por qué quieres que ocurra? —le preguntó ésta.

—Porque estás en mi cabeza, en mi sangre —respondió Liam. Lo que era cierto, aunque trataba de convencerse de que podía cerrar las puertas del corazón. ¿Por qué resistirse?, ¿por qué no iba a aceptar, incluso a celebrar, esas sensaciones fabulosas, el calor de su vientre y el temblor de su pulso? Liam era lo que quería, con un hambre que no había sentido por ningún hombre.

Así que debía entregarse, fuera cual fuera el precio que tuviese que pagar. Con todo, las manos le temblaron ligeramente mientras se deshacía de la camisa de él. Luego, maravillada, las posó sobre su pecho. Potente, cálido. Una fuerza a punto de descontrolarse. Ella lo sabía, pero no quiso dejar de acariciarle los hombros, de bajar las manos por los músculos de sus brazos. Oyó un gemido felino, creyó que se trataba del lobo, pero luego comprendió que había salido de ella misma.

—Ya he hecho esto antes... en sueños —susurró Rowan, mirándolo a los ojos.

—¿Y ahora? —preguntó Liam con delicadeza, a pesar de la urgencia que lo acuciaba—. ¿Darás un paso más allá de tus sueños? ¿Te acostarás conmigo, Rowan?

Ésta se subió a los pies de Liam a modo de respuesta, para poder estar más

cerca de su boca.

— Abrázame —le pidió él, emocionado por ese gesto tan bello.

Rowan sintió que el aire se estremecía, oyó que el viento soplaba. Tuvo la sensación de que se elevaba, de que todo daba vueltas. Antes de llegar a tener miedo, de pronto, estaba tumbada encima de Liam, sobre una cama tan suave como un colchón de nubes.

Abrió los ojos y vio unos rayos de luz que se filtraban por un techo de madera.

—¿Cómo?

— Tengo mucha magia para regalarte, Rowan — dijo él mientras le besaba el cuello—. Más de la que puedas imaginar. Se dio cuenta de que estaban en la cama de Liam. En un abrir y cerrar de ojos, habían pasado de una habitación a otra. Y ahora, sus manos... ¿cómo era posible que el simple roce de estar piel contra piel despertara unos sentimientos tan profundos?

— Déjame entrar en tus pensamientos —le pidió él sin dejar de acariciarla — . Déjame que los toque y que te enseñe.

Rowan abrió la mente y, de pronto, no sólo sintió el calor carnal, sino que se vio junto a Liam, unidos sobre una cama iluminada por el sol.

Cada sensación se reflejaba como si hubiera un millar de espejos frente a su corazón. Liam necesitó solo un beso para llevarla hasta la cumbre. Rowan gimió, vio un crisol colorido, sintió los labios de Liam sobre los hombros. No tenía precio. Rowan era un tesoro. Era franca, se había abierto a él por completo. Por fin podía recorrer su cuerpo con las manos, saborearla con la boca.

El animal que latía en su sangre quería devorarla, empujar hasta llegar al final. Y ella no se opondría. Pero Liam no quería perder el control, tenía que tratarla con ternura. Rowan se movía debajo de él, suspiraba y se estiraba complacida. Lo acariciaba con toda libertad, provocaba incendios en su piel.

Liam separó la cabeza, la miró a los ojos y ella sonrió.

— Llevo toda la vida esperando sentirme así — confesó Rowan mientras le acariciaba el pelo —. Aunque no sabía que estuviera esperando.

El amor se acerca.

Liam recordó las palabras, como si fueran un aviso, una señal, un susurro. Prefirió no hacerles caso y volvió a hundir la boca en los pechos de Rowan, la cual se arqueó y dio un pequeño grito. Luego gimió y atrajo la cabeza de Liam, pidiéndole que se pegara a ella más y más. Notó una explosión de calor en el centro. Liam la atormentó con la lengua y ella se abandonó a él, temblorosa, mientras el cuerpo y la mente ascendían por una espiral de placer. Nadie la había tocado así jamás. Parecía que Liam sabía mejor que ella sus propios secretos y deseos. El corazón se desmandó, se abrió por completo para darle la bienvenida al amor. Y se aferró a él sin parar de pronunciar su nombre, mientras rodaban locamente sobre la cama, mientras los cuerpos se humedecían de deseo y las mentes se ofuscaban de placer. Rowan era... una gloria, pensó Liam mientras alcanzaba cotas de placer y emoción que jamás había compartido con ninguna otra mujer. Tenía los cinco sentidos embriagados por la fragancia, el sabor, la textura

de su piel. Rowan le daba todo lo que él le pedía, abriéndose como una flor, pétalo a pétalo. Beso a beso iba incendiándole los hombros, el pecho, de nuevo su boca ávida, mientras arqueaba la cintura contra Liam y notaba la humedad cálida que ya cubría su feminidad.

Gimió, tuvo un espasmo de placer que la dejó temblando, se incorporó para clavarle las uñas en la espalda...

Hasta que Liam le agarró las manos, la tumbó contra el colchón y esperó a que Rowan abriese los ojos y la mirase:

— Ahora.

La palabra retumbó como un juramento mientras la penetraba. Permaneció allí, quieto, observando la mirada de éxtasis de Rowan, mientras se consumía con la excitación de estar dentro de ella.

Entonces, Rowan empezó a moverse. Subió las caderas y él obedeció su súplica, comenzó a deslizarse por su interior, muy lentamente, una y otra vez. Ya sólo veía los ojos de Liam, dorados, más y más intensos a medida que se acercaban a un lugar secreto donde el aire acariciaba como si fuese terciopelo. Lo abrazó sin dejar de mirarlo mientras el corazón latía con potencia y parecía que fuera a estallarle.

Cuando llegó la explosión, se apretó contra él y gritó su nombre como si fuera un conjuro. Liam se desplomó sobre ella y reposó la cabeza sobre su cabello.

Tenía la cabeza entre sus pechos, el cuerpo relajado. Rowan cerraba los ojos para preservar la sensación de caída. Jamás había sentido una armonía semejante con sus deseos ni con un hombre. y nunca había deseado tanto entregarse de ese modo.

Una pequeña sonrisa le curvó los labios mientras acariciaba el pelo de Liam. Estaban desfallecidos, desnudos, húmedos y enredados. Se preguntó cuánto tiempo pasaría primero que él quisiera tocarla de nuevo.

—Ya quiero —contestó Liam con voz rugosa. Le lamió el flanco de un pecho y Rowan tembló.

— Los pensamientos son privados.

Era tan dulce compartir con ella el crepúsculo del amor. Alzó una mano, le acarició los pechos y le pellizcó un pezón.

— Ya he estado dentro de tus pensamientos —repuso Liam mientras el deseo despertaba en ella de nuevo —. He estado dentro de ti. Ya no tienen sentido los secretos.

— Los pensamientos son privados — repitió Rowan al tiempo que gemía de placer.

— Como quieras — Liam salió de su mente a la vez que volvía a introducirse dentro de ella.

Debía de haberse quedado dormida. No recordaba nada después de ese segundo viaje al paraíso. Se estiró en la cama y vio que estaba sola. El sol de la mañana había dado paso a una tarde lluviosa. La monotonía de las gotas la invitaban a cerrar los ojos y volver a dormirse.

Pero la curiosidad era más fuerte. Estaba en la cama de Liam, en su habitación. Se alisó el pelo, sonriente, y miró en derredor.

La cama era increíble. Un lago de plumas cubierto por sábanas sedosas, con un cabezal de madera negra con incrustaciones de estrellas y símbolos y letras que no era capaz de descifrar. El también tenía una chimenea frente a la cama. De una especie de piedra verde, decorada con cristales coloridos. Un triángulo de velas ocupaba uno de los lados.

Había una silla alta, con estrellas como las del cabezal. Uno de los brazos estaba adornado con dibujos de lunas crecientes. Dos lámparas con forma de sirena dominaban sendas mesas que había a ambos lados de la cama. Fascinada, acarició sus colas de bronce. Apenas había muebles, observó Rowan, pero era obvio que tenía buen gusto.

Se levantó, se estiró y se echó el pelo hacia atrás. La lluvia le producía una agradable sensación de pereza. En vez de buscar la ropa, abrió el armario de Liam con la esperanza de encontrar alguna bata.

La encontró... y sintió un pequeño calambre. Una bata larga y blanca, de anchas mangas.

La había llevado la noche anterior. En el círculo de piedras. Bajo la luz de la luna. Era la bata de un brujo.

Cerró el armario a toda prisa, se dio media vuelta y buscó su ropa. Recordó que estaba abajo. Liam la había desnudado abajo y luego...

¿Qué estaba haciendo?, ¿en qué estaba pensando? ¿Había sucedido o se había vuelto loca? Y si había sucedido, si la magia no pertenecía sólo a los libros, ¿la había usado Liam para seducirla? A falta de otra cosa, se cubrió con una sábana y se tapó... justo cuando la puerta del dormitorio se abrió.

Liam enarcó una ceja al verla, dio un paso al frente y notó la desconfianza de Rowan.

— ¿Qué se te ha ocurrido ahora, que no te haya explicado ya? — preguntó molesto mientras colocaba la bandeja con el desayuno sobre una de las mesillas de noche.

— ¿Cómo vas a haberme explicado lo que es inexplicable?

— Soy lo que soy — respondió Liam—. Un brujo que descende de una familia de brujos, nacido con poderes especiales. No le quedaba más remedio que aceptarlo. Lo había visto, lo había sentido.

— ¿Has usado esos poderes conmigo, Liam? — preguntó Rowan con voz serena.

— Me has pedido que no fisgue en tu cabeza. Dado que respeto tus deseos, intenta especificar un poco — replicó él, irritado, mientras se sentaba a un lado de la cama. .

— Me sentí atraída hacia ti desde el primer momento. Me he comportado contigo como no me había comportado con ningún otro hombre. Acabo de acostarme contigo y he sentido cosas... — Rowan respiró profundo, lo miró a la cara y creyó ver un brillo triunfal en sus ojos—. ¿Me has hechizado para llevarme a la cama?

El brillo se oscureció y el triunfo se convirtió en furia al instante. Rowan retrocedió un paso hacia atrás, por instinto. Liam dejó la taza de té que había



empezado a beber y un trueno sonó a no mucha distancia.

— ¿Te refieres a una pócima de amor? —preguntó él—. Soy brujo, no un estafador. ¿Crees que abusaría de mis poderes, que mancharía mi nombre para conseguir sexo? Yo no .te he perseguido, mujer. No sé lo que habrá influido el destino, pero eres tú la que ha venido a este sitio, a mí, por tu propia voluntad. y eres libre de marcharte igual que has venido —añadió furioso.

— ¿Cómo quieres que no me extrañe? —espeté Rowan—. ¿Se supone que tengo que encogerme de hombros y aceptarlo todo? ¡Ah, Liam es brujo!, ¡qué bien! Se puede convertir en lobo y leer mis pensamientos y transportarme de una habitación a otra en un abrir y cerrar de ojos, ¡qué curioso! Soy una mujer culta, que de repente se ve en medio de una especie de cuento fantástico. ¡Y haré las preguntas que me dé la gana!

— Me gustas cuando te enfadas —murmuró Liam—. ¿Por qué será?

— No tengo ni idea — contestó ella — . y yo no me enfado, por cierto. Yo nunca grito, aunque te esté gritando a ti ahora. Como no suelo desnudarme antes de llegar a la cama y no me dedico a discutir con un hombre cubierta sólo con una sábana. Por eso te pregunto si me has hecho algo para que me comporte así.

—Creo que es lógico.

—Puede que lo sea. Hiriente, pero lógico. La respuesta es no — contestó con voz cansina mientras volvía a sentarse en la cama—. No te he hechizado, Rowan. En mi familia hay una ley inquebrantable: no podemos usar nuestros poderes para hacer daño a nadie. Y yo no te haré daño. Y no solo por eso, sino porque mi orgullo me impide manipular tus sentimientos hacia mí. Lo que sientas, es porque tú lo sientes... Supongo que querrás vestirme —añadió. Chasqueó un dedo y la ropa de Rowan apareció sobre la silla.

— y pretenderás que no me asombre por cosas como .esta, ¿no? —Rowan soltó una risilla—. Esperas demasiado de mí, Liam.

Este la miró y pensó en los genes que corrían por la sangre de ella. Era obvio que aún no estaba lista para descubrirlo, decidió, disgustado por su propia impaciencia.

— Sí, supongo que sí. Espero mucho de ti, porque tienes mucho potencial, Rowan. Deberías confiar en ti.

—Nadie ha tenido fe en mí nunca — respondió ella, más calmada, acercándose a Liam —. Eso me parece más mágico que todos tus trucos. Empezaré confiando en lo siguiente: lo que siento por ti es verdadero. ¿Te parece suficiente?

Liam alzó una mano y tomó la que sujetaba la sábana de Rowan.

— Suficiente — aceptó, conmovido por una ternura infinita —. Siéntate, el té se está enfriando.

—No quiero té —rehusó Rowan. La excitaba ser tan descarada, dejar caer la sábana sin recato—. Y no quiero vestirme. Pero te quiero a ti.

Nueve

Estaba embrujada. Pero no mediante un hechizo, pensó Rowan, encantada. No por medio de ningún conjuro o fuerza sobrenatural. Estaba enamorada y esa, supuso, era la

más antigua y natural prueba de que la magia existía.

— Nunca se había sentido tan cómoda ni tan inquieta con otro hombre. Nunca había sido tan tímida y tan atrevida como con Liam. Echando la vista atrás, analizando sus propios actos, sus reacciones, palabras y deseos, comprendió que se había enamorado de él nada más verlo en los acantilados, cuando Liam la había sorprendido hablando sola sobre una roca.

Amor a primera vista, pensó Rowan. Una página más de su particular cuento de hadas. Y después de enamorarse de él habían desarrollado una amistad que valoraba muchísimo. Compañía, tranquilidad.

Sabía que a Liam le gustaba tenerla cerca, para trabajar, para hablar, para sentarse callados y mirar los cambios del cielo al ponerse el sol. Lo sabía por cómo sonreía al verla o cómo le acariciaba el pelo distraídamente.

En ocasiones como esas, notaba que la inquietud interior de Liam se apaciguaba. ¿No era extraño, se dijo, que ella hubiera ido al bosque en busca de paz y se la hubiera proporcionado a Liam? La vida, decidió mientras se sentaba a dibujar junto al arroyo, era maravillosa. y ahora, por fin, estaba empezando ella a vivirla. Era estupendo trabajar en algo que le gustaba, sentarse a dibujar y explorar su talento, contemplar cómo se filtraban los rayos del sol a través de los árboles, observar el brillo del agua.

Ahora disponía de tiempo para todo eso. Tiempo para ella. Ya no tenía que madrugar todas las mañanas, ponerse una ropa que no le gustaba, desesperarse con el tráfico, conducir bajo la lluvia con un maletín repleto de papeles. Y estar frente a sus alumnos, sabiendo que no era lo suficientemente buena, sin dedicar la atención que los chicos se merecían. No tendría que regresar a una casa por las tardes que nunca había considerado su hogar, ni cenar sola y acostarse. Salvo los miércoles y los domingos, cuando sus padres la esperaban a cenar. Ya no tendría que oír sus consejos sobre cómo debía dirigir su vida.

Semana tras semana, mes tras mes, año tras año. No la extrañaba que estuvieran tan desconcertados con aquella escapada. ¿Cómo reaccionarían si les dijera que había traspasado los límites de lo imaginable y se había enamorado de un brujo?

La idea la hizo reír. No, sería mejor no desvelarles ciertas cuestiones. Sus queridísimos padres jamás la creerían. A ella misma le costaba entenderlo. No podía negar que era verdad, ¿pero cómo era posible?, ¿cómo podía hacer Liam lo que le había visto hacer? Lo había visto, hacía menos de una semana. Y, desde entonces, había asistido a una docena de pequeñas e inexplicables sorpresas. Lo había visto encender velas con el pensamiento, sacar una rosa blanca de la nada... y en una ocasión la había desnudado con una sonrisa.

La maravillaba. Pero si era sincera, en parte la asustaba también. Tenía tales poderes...

—Nunca los usará contra ti —oyó Rowan dentro de la cabeza.

Ésta se sobresaltó y el cuaderno se le cayó al suelo. Al mismo tiempo que se llevaba la mano al corazón, vio al águila de plata posarse frente a ella en una rama.

— Hola, soy Rowan — se presentó esta después de aclararse la voz. Acto seguido, el águila desplegó las alas, bajó de la rama y se convirtió en un hombre.

— Sé bien quién eres, muchacha — dijo él con voz musical.

— Eres el padre de Liam — aventuró Rowan, entusiasmada.

— Lo soy — Finn sonrió, se acercó a ella, le tomó una mano para ayudarla a que se pusiera de pie y le dio un beso — Encantado de conocerte, joven Rowan. ¿Por qué estás aquí sentada, sola y preocupada?

— A veces me gusta la soledad. Y preocuparme es una de mis especialidades.

Finn denegó con la cabeza, chasqueó los dedos e hizo que el cuaderno de dibujos volara hasta sus manos.

— No, esta sí que es una de tus especialidades — repuso mientras se sentaba sobre el tronco de un árbol caído — Tienes talento, mucho... Siéntate, no te voy a comer — agregó después de hacerle hueco en el tronco.

— Es todo tan... pasmoso.

— ¿Por qué? — preguntó él, realmente sorprendido.

— ¿Que por qué? — repitió Rowan al tiempo que se sentaba junto a un brujo al que acababa de conocer —. Puede que tú estés acostumbrado, pero es un poco extraño para un simple mortal.

Los ojos de Finn se agrandaron. ¿Cómo era posible que el cabezota de su hijo no le hubiera hablado ya del legado de ella?, ¿a qué estaba esperando?

— Has oído leyendas, canciones que hablan de nosotros, ¿no? — le preguntó por fin.

— Sí, claro, pero...

— ¿y de dónde crees que provienen esas leyendas y esas canciones? — atajó Finn —. Tienen su origen en la realidad. Aunque es cierto que en muchas ocasiones la realidad se falsea; como cuando se inventan lo de los brujos que se dedican a comerse a niños inocentes. ¿Crees que vamos a darnos una merendola contigo? — añadió en tono divertido.

— No, en absoluto.

— Entonces deja de preocuparte — Finn hojeó el cuaderno y sonrió al ver uno en el que los ojos de un hada miraban a través de un ramo de flores —. Muy bonito, chica. ¿Cómo es que no usas colores?

— No se me dan bien — respondió Rowan —. Aunque he pensado en incorporar ceras y pasteles.

Finn hizo un sonido de aprobación y siguió pasando páginas.

— Es él — dijo sonriente al llegar a un dibujo en el que aparecía Liam —. ¿Sabes lo poderosa que eres? — añadió luego.

— ¿De veras? — preguntó Rowan, confundida.

— Todas las mujeres tienen poder, Rowan. Sólo tienen que aprender a usarlo. Pídele cualquier cosa.

— ¿El qué?

— Lo que quieras — contestó Finn —. ¿Me regalas este dibujo?, ¿para su madre?

— Sí, por supuesto — Rowan fue a arrancarlo, pero la página desapareció directamente.

— Arianna lo echa de menos — comentó Finn—. Que tengas un buen día, Rowan de los Q'Meara.

—No te... —pero se desvaneció antes de que pudiera pedirle que la acompañara a casa de Liam.

Se levantó y emprendió el camino a solas.

No estaba esperándola. O al menos eso era lo que se decía él. Tenía muchas otras cosas con las que ocuparse. Y, desde luego, no estaba dando vueltas desesperado, deseando la llegada de una mujer.

— ¿No le había dicho a Rowan que no tenía intención de trabajar ese día?, ¿no se lo había dicho precisamente porque los dos necesitaban separarse un poco?, ¿porque los dos querían preservar algunos ratos para estar a solas?

Pero, ¿dónde diablos estaba? Podría haber mirado, pero sería tanto como reconocer que anhelaba su compañía. Y ella había dejado bien claro que quería que respetara su intimidad. Y él la respetaría, ¿verdad? No iba a : dejarse llevar por esa necesidad imperiosa de consultar la bola de cristal y fisgar sus pensamientos, ¿no?

¡Maldita fuera!

Podía llamarla. Dejó de andar como un lobo enjaulado y se quedó pensándolo. Eso no podría considerarse una intromisión. Y ella era libre de no hacer caso de la llamada si quería, se dijo mientras salía del refugio.

Pero ella atendería la llamada, pensó. Era demasiado generosa. Si se lo pedía, Rowan acudiría. Y pedirselo sería tanto como confesar su debilidad por ella. Sólo era una necesidad física, se aseguró Liam. El deseo de saborearla, tocarla y olerla. Si era más intenso que en otras ocasiones, se debía a lo mucho que se estaba conteniendo. Siempre había sido delicado con ella. Por más que la sangre le hubiera hervido, la había tratado con dulzura. Cuando el instinto lo había impulsado a asaltarla de cualquier modo, él se había refrenado.

Porque era una mujer tierna, se recordó. Tenía la responsabilidad de controlarse a fin de no asustarla mientras hacían el amor.

Pero a él no le bastaba eso. Su pasión era más salvaje. ¿Por qué no podía satisfacer sus propios deseos?—Liam metió las manos en los bolsillos y paseó por el porche de un lado a otro. Si decidía, y todavía no lo había hecho, aceptarla como compañera, Rowan también tendría que aceptarlo a él. Por completo.

Ya estaba cansado de darle tiempo y andarse con tanto tacto, se dijo cada vez más agitado por la pasión.

Sí, ya era hora de que supiera toda la verdad.

Liam alzó la vista y los brazos al cielo. Acto seguido, un relámpago estalló y lo transportó hasta el porche de Rowan. Y supo de inmediato que no estaba en casa. Maldijo enfadado consigo mismo, no sólo por haber cedido, demostrando así que la necesitaba, sino también con ella, por no estar donde esperaba haberla encontrado.

Pero eso tenía arreglo, ivaya que sí! Rowan salió del bosque sonriente. Estaba

deseando contarle a Liam que había conocido a su padre. Suponía que se sentarían en la cocina y él le contaría historias sobre su familia. Era tan bueno contando historias, que podía escuchar las musicales subidas y bajadas de su voz durante horas. y ahora que había conocido a su padre, tendría un pretexto para preguntarle si podía conocer a otros miembros de su familia. Había mencionado a unos primos en alguna ocasión, así que...

De pronto se frenó en seco. Belinda. ¡Santo cielo! ¿No le había dicho en alguna ocasión que Liam era pariente suyo? ¿No implicaba eso que ella también en era....?

—La vida es asombrosa — murmuró Rowan entre risas. Mientras lo decía, mientras su risa resonaba en el aire, el viento sopló. El cuaderno se le cayó de las manos por segunda vez en el día. ¿Un terremoto?, pensó atemorizada. Sintió que todo le daba vueltas, el viento galopaba, unas luces brillantes y cegadoras destellaron frente a ella. Intentó llamar a Liam, pero no lo consiguió.

Y, de pronto, estaba pegada a él, que la besó con fiereza mientras las luces seguían girando. No podía pensar ni respirar. El corazón le martilleaba el pecho y la cabeza. De repente, tenía los pies en el aire, mientras Liam seguía devorándola, brutalmente. También había invadido su cerebro, se había infiltrado en sus pensamientos, seduciéndolos con la misma inexorabilidad con que había seducido su cuerpo. Incapaz de distinguir entre uno y otro, Rowan empezó a temblar.

— Liam, espera...

— Toma lo que te doy — contestó este. Le tiró del pelo hacia atrás, de modo que Rowan pudo ver el brillo aterrador de sus ojos —. Deséame como soy.

y siguió al asalto de su cuerpo, al tiempo que la llevaba a la cumbre con el pensamiento. Cuando Rowan gritó, cayeron juntos sobre la cama. El pelo se soltó de la coleta y se extendió sobre el colchón mientras sus ojos se agrandaban por la pasión y el miedo.

— Dame lo que necesito.

Cuando la mente de Rowan dijo sí, él lo tomó.

El calor llegó en oleadas, las sensaciones le golpearon como puños. Todo era una amalgama de sentimientos pugnantes. Habían traspasado los límites de lo civilizado, Liam estaba actuando como el lobo que llevaba dentro, pensó Rowan mientras él le desgarraba la ropa. Oyó el rugido que salió de su garganta justo antes de llevarse a la boca sus pechos.

y luego oyó un grito, suyo, glorioso. No había tiempo para flotar ni suspirar. Sólo para correr mientras cada uno de sus nervios vibraba. Apenas tenía aliento, retorció el cuerpo con cada nueva exigencia de Liam. Cuyas manos la apretaban, cuyos dientes la mordisqueaban, produciéndole un dolor leve e intensamente placentero. y Rowan pidió más. La incorporó de modo que ambos quedaron arrodillados sobre la cama, torso contra torso. Liam la recorrió con las manos, liberado el animal de su interior, y siguió comiéndole los labios como un depredador. Rodaron sobre el colchón, se entrelazaron y se perdieron juntos. El deseo tenía colmillos y una voz que aullaba como una bestia. Volvió a levantarla mientras ella gemía su nombre y le clavaba las

uñas. Luchaba por respirar, le quemaba el aire en los pulmones.

y de nuevo conquistó Liam su boca. Rowan se arqueaba, agitaba la cabeza de un lado a otro mientras se agarraba a las sábanas, a la espalda y al pelo de él. La volvió loca con la lengua y con los dientes, se estremeció cuando notó el orgasmo de ella, cuando el cuerpo de Rowan se elevó como una llama y luego descendió.

— Ven conmigo — susurró Liam mientras la levantaba, sin dejar de besar su piel, aún temblorosa. Le levantó las caderas, le separó las piernas. y arremetió.

Caliente, duro, veloz. Sus cuerpos y, sus mentes ascendieron juntos. Liam se hundió en ella profundamente, al tiempo que le mordía los hombros. Rowan se aferraba a él, abandonada a aquel éxtasis oscuro y peligroso. Su cuerpo palpitaba energía y sus movimientos eran tan fieros como los de él. La sangre llamó a la sangre y el corazón al corazón. Y en un último empujón, con un grito salvaje y violento, se vació dentro de ella. Y Rowan lo acogió.

Estaba demasiado espantado como para hablar, demasiado aturdido para moverse. Sabía que su cuerpo era muy pesado para Rowan, que aún seguía temblando debajo de él; que aún respiraba con dificultad.

La había usado sin control. Adrede, egoístamente. Era evidente que había antepuesto sus propias necesidades, la había maltratado. Había sacrificado aquella relación por un instante apasionado, la dulzura por una satisfacción física pasajera. y ahora tenía que afrontar las consecuencias: el miedo de Rowan y la traición de su juramento más sagrado: no hacer daño a nadie.

Rodó hacia un lado. Todavía no estaba preparado para mirarla a la cara.

Supuso que estaría pálida y que sus ojos brillarían aterrados.

—Rowan., —susurró. Pero las disculpas que se le ocurrían tenían menos consistencia que el aire.

— Liam — suspiró ella. Cuando se giró para abrazarlo, Liam se apartó bruscamente y se levantó para ir hacia la ventana.

— ¿Quieres agua?

—No —el cuerpo seguía refulgiendo mientras se sentaba. No pensó en cubrirse con las sábanas, como acostumbraba, sino que las dejó enrolladas sobre las piernas. Al ver que Liam le daba la espalda, su esplendor comenzó a apagarse. Llegaron las dudas—. ¿Qué he hecho mal?

— ¿Qué? — Liam se dio la vuelta. Vio su cabello, moreno y revuelto alrededor de los hombros; vio su cuerpo, suave y blanco, con las marcas de sus manos, con los roces de la barba que no se había molestado en afeitar.

— Pensaba que... pero está claro que no... Yo no tengo experiencia en esto que acaba de pasar —dijo Rowan con un hilillo de voz—. Si he hecho algo mal, o no he hecho algo que esperabas, lo menos que puedes hacer es decírmelo.

—¿Estás loca? —preguntó Liam, asombrado.

— Estoy perfectamente cuerda — repuso ella. Tanto, que quería esconder la cabeza en la almohada y echarse a llorar. Y gritar—. Puede que no sepa mucho sobre la práctica del sexo, pero sé que sin comunicación y sinceridad fracasan todas las

relaciones.

—La mujer me está dando una lección — murmuró él, al tiempo que se alisaba el cabello—. A estas alturas, me está dando una lección.

— Vale, no me escuches — contestó Rowan, insultada y herida, mientras salía de la cama —. Quédate ahí mirando por la ventana, yo me voy a casa.

—Estás en casa —dijo Liam—. En tu cabaña, tu dormitorio, en la cama sobre la que te he devorado.

—Pero... —Rowan miró en derredor, confundida, y comprobó que estaba en su dormitorio. La cama lo separaba de Liam, que seguía de pie frente a la ventana —. Entonces vete tú — añadió con la poca dignidad que le quedaba.

— Tienes derecho a estar enfadada.

— Por supuesto — aseguró Rowan. Y no iba a romper a llorar delante de él, totalmente desnuda. Así que fue al armario y se puso una bata.

— Te pido perdón, Rowan, aunque no creo que sirva de nada, después de lo i que te he hecho. Te di mi palabra de que no te haría daño y la he roto.

Rowan se dio la vuelta, desconcertada, mientras se tapaba los pechos con la bata.

— ¿Que la has roto?

— Te deseaba, y no pensé más allá. No pensé más allá adrede. Conseguí lo que quería y te he hecho daño.

Rowan notó que no era enfado lo que veía en sus ojos, sino culpa.

— No me has hecho daño, Liam.

— Te he hecho marcas en el cuerpo. . Tienes una piel delicada, Rowan, y te la he magullado. Eso lo puedo arreglar fácilmente, pero...

—Espera, espera —Rowan levantó una mano cuando Liam avanzó hacia ella. Y él se detuvo al instante, mortificado.

— No pretendía tocarte, sino borrar los moretones.

— Deja los moretones en paz — respondió ella mientras se ceñía la bata — . ¿Estás enfadado porque me deseabas?

—Porque te deseaba tanto que he perdido la cabeza.

—¿De verdad? —respondió ella, sonriente, ante la perplejidad de Liam —. Pues yo estoy encantada. Nadie me ha deseado nunca tanto como para perder la cabeza. En toda mi vida. Y jamás imaginé que podría suceder. Quizá me falte imaginación, pero no importa, porque lo he visto. Lo sé — añadió. Ahora fue ella la que se acercó a Liam.

Este le acarició el pelo sin darse cuenta de cuánto deseaba hacerle esa caricia. De cuánto lo necesitaba.

— Me apoderaré de tus pensamientos a pesar de que me pediste que no lo hicieras.

— y me entregaste los tuyos. Por esta vez, no me quejaré —contestó Rowan, agarrándole los codos —. Lo que acaba de pasar ha sido emocionante, maravilloso. Me has hecho sentirme deseada. Escandalosamente deseada. Lo único que me haría daño es que te arrepintieras.

Liam comprendió que Rowan era más fuerte de lo que había supuesto, y que tal

vez sus necesidades no fueran tan delicadas.

— Entonces no me arrepiento ni un poco — aseguró él. Aun así, le levantó la bata —. Deja que te quite los moretones. No quiero que tengas marcas. Es importante para mí.

Le dio un beso en la punta de los dedos y a Rowan le dio un vuelco el corazón. Luego, a medida que deslizaba los labios por su piel, los moretones fueron desapareciendo.

— ¿Crees que me acabaré acostumbrando?

— ¿A qué?

— A la magia.

— No lo sé — respondió Liam. «Lo sabrías si miraras», pensó.

— He tenido un día mágico — comentó ella, sonriente —. Iba a verte cuando tú... cambiaste el punto de encuentro. Quería decirte que he conocido a tu padre.

— ¿A mi padre?

— Estaba dibujando en el bosque y apareció. Primero en forma de águila, pero me di cuenta en seguida. Ya lo había visto antes — explicó Rowan —. También en forma de águila. Siempre lleva un medallón dorado en el pecho.

— Sí — dijo Liam. El medallón que él tenía que aceptar o rechazar.

— Luego se transformó y estuvimos hablando. Es muy guapo y muy amable.

— ¿De qué hablasteis? — preguntó Liam, intranquilo, mientras se vestía.

— De mis dibujos, más que nada. Me pidió que le regalara uno que había hecho de ti, para tu madre. Espero que le guste.

— Seguro. Me quiere mucho.

— Me ha dicho que ella te echa de menos, pero creo que también hablaba de él. En realidad, pensé que quizá venía a verte — Rowan miró el estado de las sábanas y sonrió —. Menos mal que no ha venido, ¿eh?

— El no se colaría en tu dormitorio para hacerme una visita — dijo Liam, más relajado, con una sonrisa pícaro —. Eso ya lo hago yo.

— Pero a ti también te gustaría verlo.

— Estamos en contacto — dijo él, mientras disfrutaba viéndola hacer la cama. «Pierdes el tiempo, Rowan. No vamos a tardar mucho en volver a usarla», pensó Liam.

— Está orgulloso de ti, y creo que le caí bien. Me dijo... que te pidiera algo — comentó mientras ahuecaba las almohadas.

— ¿Sí? — Liam rio y se sentó en la cama—. ¿Y qué me vas a pedir, Rowan Murray?, ¿qué quieres que te consiga?, ¿un zafiro a juego con tus ojos?, ¿diamantes para adornar tus pies? Si quieres que te haga un favor, no tienes más que pedírmelo — añadió con picardía.

— Me gustaría conocer a tu familia — dijo Rowan sin pensárselo dos veces.

— ¿A mi familia? — Liam parpadeó.

— Sí, bueno... ya he conocido a tu padre. Y Belinda... me dijo que erais parientes, aunque no sabía que fuese... ¿Lo es?

— Sí — respondió Liam, distraído—. ¿Prefieres eso a unos diamantes?



—¿Qué voy a hacer con unos diamantes? Supongo que te parecerá una tontería, pero me gustaría ver... cómo vive tu familia.

Liam se quedó pensando y empezó a considerar las ventajas y el modo de presentarla.

— Te sería más fácil comprender nuestra magia, nuestra vida.

— Sí, al menos eso creo. Tengo curiosidad — reconoció ella —. Pero si no te parece bien...

— Tengo unos primos a los que no veo hace tiempo.

— ¿En Irlanda?

—No, en California —respondió Liam. Estaba tan concentrado planeando el encuentro, que no advirtió la desilusión de Rowan, la cual estaba deseando ir a Irlanda—. Les haremos una visita —decidió, al tiempo que se ponía de pie.

— ¿Ahora?

— ¿Por qué no?

—Porque... —Rowan no había previsto que Liam fuera a acceder tan rápidamente—. Bueno, tengo que vestirme, ¿no?

Liam rió y le agarró una mano.

— No seas tonta — dijo. Y ambos desaparecieron.

Diez

Lo siguiente de lo que Rowan estuvo totalmente segura fue de que estaba abrazando el potente pecho de Liam, con la cara apoyada en uno de sus hombros. El corazón le latía a toda velocidad y oía el eco del viento dentro de la cabeza.

— Buen medio de transporte — acertó a decir, arrancando una risotada de Liam con el comentario.

—Tiene sus ventajas —respondió mientras le daba un beso. Por un momento, Liam se preguntó si no podría haber retrasado el viaje un poco...

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, después de aterrizar.

— En el jardín de mi prima Morgana —la informó Liam mientras la rodeaba por la cintura—. Vive en una de las casas más antiguas de la familia. Rowan se acordó de su desnudez, miró hacia abajo y, con una mezcla de sorpresa y alivio, vio que, en vez de la bata, llevaba unos pantalones cortos y una camisa naranja.

— ¿Sería mucho pedir un peine? — preguntó.

— Me gusta tu pelo así — respondió Liam mientras acercaba la cabeza para olerlo—. Es más fácil acariciarlo cuando lo llevas suelto.

—¡Ummm! —exclamó Rowan al oler las rosas y las lilas —. Es precioso. Ojalá supiera cómo tener un jardín tan bien cuidado. ¿Eso es...? — dejó la frase en el aire al ver un lobo que se aproximaba a ellos.

— Es un lobo, no un familiar. Es de Morgana. Y éste es su hijo — respondió Liam después de que un chiquillo moreno, de ojos azules, apareciera y se quedase mirándolos con curiosidad. Liam notó que el pequeño estaba intentando leerle los pensamientos —. Es de mala educación mirar sin permiso —le dijo.

—Estás en mi jardín —respondió el chaval, sonriendo —. Eres el primo Liam.

— y tú Donovan. Encantado — Liam dio un paso al frente y le tendió una mano, con formalidad —. He venido con una amiga. Ésta es Rowan, y prefiere que no espíen en su cerebro.

El joven Donovan Kirkland, de unos cinco años, la miró a la cara.

— Tiene unos ojos bonitos. Podéis pasar. Mamá está en la cocina. Luego se dio media vuelta y echó a correr para anunciarle a su madre la visita, seguido de cerca por el perro lobo.

—¿Es... brujo? —preguntó Rowan. Era un niño muy guapo, le faltaba un diente, pero tenía poderes.

—Por supuesto. Su padre no lo es, pero su sangre no puede borrar el rastro de los genes de mi familia.

— Entiendo — Rowan respiró profundo. Brujos o no, pensó, iban a entrar en una casa sin avisar de su llegada—. No deberíamos presentarnos de golpe. Tu prima puede estar ocupada.

— Seremos bienvenidos.

— Típico de un hombre dar por sentado... —pero no pudo completar la frase al ver la casa. Era alta y estaba iluminada por el sol. Tenía torres que subían hacia el cielo —. Parece salida de un cuento. ¡Qué sitio más maravilloso para vivir!

Entonces se abrió la puerta trasera y Rowan se quedó muda de envidia y admiración. Era evidente a quién había salido el chico. Jamás había visto a una mujer más bella. Tenía cabello negro, largo, hombros anchos y ojos de cobalto. Su piel era tersa, sus facciones, agradables. Estaba de pie, con una mano sobre un hombro de su hijo, y la otra sobre la cabeza del lobo, mientras una gata blanca le frotaba los tobillos.

y sonrió.

— ¡Bienvenido, primo! —exclamó. Se acercó a ellos y besó a Liam en ambas mejillas —. Me alegro mucho de verte. Y a ti también Rowan.

—Si llegamos en mal momento... —arrancó ésta.

— La familia siempre es bienvenida. Entrad, nos tomaremos un refresco. Donovan, corre arriba y di le a tu padre que tenemos compañía —le pidió a su hijo—. No seas vago, venga. Sube y avísalo —añadió al ver que el niño no hacía caso. Donovan se encogió de hombros y obedeció.

— Tiene mucha potencia mirando — comentó Liam mientras el chaval entraba en casa y llamaba a su padre a gritos.

— y algún día aprenderá a usarla bien —respondió Morgana, algo exasperada —. Tenemos té helado... Pan, siéntate —le dijo al perro lobo, al tiempo que tomaban asiento en la amplia y ventilada cocina.

—No me molesta —se apresuró a decir Rowan, acariciándole la oreja mientras Pan la olfateaba —. Es estupendo.

—Ya imaginaba que estarías acostumbrada a los lobos atractivos — comentó Morgana, mirando de reojo a Liam—. Sigues transformándote en lobo, ¿no?

— Va conmigo.

— De eso no cabe duda — Morgana miró hacia la puerta de la cocina.

— Ya viene papá —terció Donovan, de vuelta en la cocina—. Antes tiene que matar a alguien.

— Con un cuchillo muy grande y afilado — añadió su hermana gemela.

— Buena idea —observó Morgana. Luego, al ver la cara de espanto de Rowan, se echó a reír—. Nash escribe guiones de películas de terror — explicó.

— Ah — acertó a decir Rowan.

— ¿Podemos tomar galletas? — preguntaron los gemelos al unísono.

— Sí, pero sentaos y comportaos bien — respondió Morgana. Acto seguido, un tarro de cristal lleno de galletas se elevó de la encimera y voló hasta la mesa —Allysia, espera hasta que hayamos servido a Liam y Rowan.

— Sí, mami — contestó la niña mientras reía traviesamente junto a su hermano.

— Creo que yo también vaya sentarme — comentó Rowan —. Lo siento, no puedo... no estoy acostumbrada a todo esto.

— ¿No estás...? —Morgana interrumpió la pregunta y sonrió—. La verdad es que hace falta tiempo para acostumbrarse a mis hijos.

Luego puso unos platos en la mesa y se dirigió a Liam de mente a mente:

— ¿Por qué no se lo has dicho todavía, atontado?

— Es asunto mío. Todavía no está preparada.

— No debes ocultárselo.

— Sé lo que hago. Pon el té y deja que haga las cosas a mi manera.

— ¡Burro testarudo!

Liam sonrió al recordar que su prima lo había amenazado en convertirlo en uno durante una riña, de pequeños. Y lo habría conseguido, pues se le daban muy bien ese tipo de trucos.

— Me llamo Ally, ¿quién eres tú? —preguntó la niña, ya en voz alta.

— Soy Rowan — respondió esta, más calmada, sonriendo a la pequeña, la cual tenía el cuerpo lleno de raspones y arañazos —. Soy una amiga de tu primo.

— No te acuerdas de mí —dijo Liam mientras se sentaba —. Pero yo sí me acuerdo de ti, Allysia, y de tu hermano, de la noche que nacisteis. Fue durante una tormenta, en esta casa, como vuestra madre, que también nació aquí una noche tormentosa. Y en las colinas de Irlanda, las estrellas del cielo brillaron para celebrarlo.

— A veces vamos a Irlanda a visitar a los abuelos al castillo — intervino Donovan—. Un día tendré mi propio castillo sobre una montaña alta, junto al mar.

— Espero que antes aprendas a ordenar tu habitación —dijo de pronto un hombre que entró con una niñita en cada brazo.

— Mi marido, Nash, y mis hijas, Eryn y Moira. Este es mi primo Liam, y su amiga Rowan —los presentó Morgana.

— Encantado de conocerlos. Las niñas se han despertado de la siesta al olor de las galletas.

Dejó a las niñas en el suelo. Una se montó en el cuello del lobo, que estaba

sentado bajo la mesa, aguardando alguna migaja. Y la otra gateó hasta Rowan, se subió a su regazo y le dio un beso en cada mejilla.

—Tienes unos hijos estupendos — dijo Rowan, fascinada, mientras acariciaba el pelo rubito de Moira.

— Hemos decidido quedarnos con ellos — comentó Nash mientras les hacía cosquillas a Donovan y a Allysia—, hasta que encontremos otros mejores.

— Papi — Allysia lanzó una mirada de adoración a Nash, al tiempo que se movía para evitar que este le quitara la galleta que tenía en la mano.

— Eres muy rápida — dijo Nash. Volvió a hacerle cosquillas y consiguió arrebatarse la galleta —. Pero yo soy más listo.

— Más glotón — corrigió Morgana — . Ten cuidado con tus galletas, Rowan. Tratándose de dulces, no puedes confiar en él.

— Natural — terció Liam mientras tomaba una galleta del plato de Rowan — . ¿Qué tal Anastasia y Sebastian, y sus parejas?

—Juzga por ti mismo — Morgana decidió invitar a sus otros dos primos y la sus respectivas familias —. Esta noche cenaremos todos juntos para daros la bienvenida.

La magia podía ser desconcertante, y podía ser corriente, descubrió Rowan. Podía ser asombrosa o natural como la lluvia.

Rodeada de los Donovan, embriagada por las fragancias del jardín de Morgana, empezó a creer que podía haber pocas cosas más normales. El marido de Morgana, Nash, su primo Sebastián y el marido de Anastasia, Boone, discutían sobre el mejor método para encender la parrilla. Ana estaba sentada en una silla de mimbre, meciendo a su hijo pequeño mientras los otros tres correteaban con los otros niños y los perros, todo alegría entre risas y ladridos.

Morgana preparaba canapés y charlaba con la esposa de Sebastián, Mel, sobre los hijos, el trabajo, los hombres, los típicos temas de los que cualquier familia habla durante una velada agradable.

Rowan tenía la sensación de que Liam estaba un poco distante, y se preguntaba por qué. Pero cuando una de las niñas de Ana le echó los brazos, Liam sonrió y la subió a hombros con naturalidad.

Los observó con atención mientras él andaba con la pequeña encima, escuchando con gran interés lo que esta parloteaba. Le gustaban los niños, pensó Rowan, entusiasmada. Aquello era un hogar, se dijo. Fuera brujos o no, era un hogar con niños que reían y reñían y se caían y lloraban como todos los niños del mundo. Y los hombres discutían de deportes, y las mujeres hablaban de bebés. y todas eran guapísimas: Morgana, una belleza morena inigualable; Anastasia, delicada y adorable; Mel, más seductora que nunca con su segundo embarazo. y los hombres... eran todos deslumbrantes: Nash podía ser la estrella de cualquier película de Hollywood, Sebastián tenía un aire romántico y travieso, y Boone era alto y robusto.

y Liam, por supuesto, con ese destello dorado que iluminaba siempre sus ojos.

¿Podía haber evitado enamorarse de él? No, de ninguna manera. Habría sido

imposible por más que lo hubiese intentado.

—Señoritas —dijo Sebastián—, los hombres necesitan cerveza para llevar a cabo su trabajo.

— Pues sé un hombre y sácalas de la nevera — replicó Mel.

— Es más divertido cuando le sirven a uno —Sebastián le acarició el vientre—. Está nerviosa, ¿quieres tumbarte?

— Estamos bien — Mel le apartó la mano. Luego él le susurró algo al oído que la hizo sonreír y le iluminó el rostro —. Anda, Donovan, ve por tu cerveza y sigue jugando con tus amigos... Se le cae la baba con los bebés. Cuando Aiden nació, Sebastián lo anunció como si hubiera dado él a luz — añadió después, una vez se hubo marchado su marido por las cervezas.

— Es un padre estupendo — comentó Ana mientras colocaba a su bebé sobre un hombro y le daba unas palmaditas en la espalda.

—¿Lo puedo sujetar yo? —preguntó su hijastra, Jessie—. Andaré con él hasta que se duerma y lo pondré en la cuna a la sombra. Porti, mamá, tendré mucho cuidado.

— Sé que lo tendrás, Jessie. Toma, sujeta a tu hermanito.

Rowan se quedó mirando a la niña, de unos diez años. Si era hijastra de Ana y Boone no era brujo... Jessie tampoco lo era. Y, sin embargo, no parecía que la niña se sintiera fuera de lugar entre sus primos.

— ¿Quieres vino, Rowan? — Morgana le llenó una copa sin esperar a que aquélla respondiera.

—Gracias. Es un detalle que te tomes tantas molestias sin haberos avisado.

— El placer es nuestro. Liam no se deja ver muy a menudo — contestó Morgana en un tono cálido y amistoso —. ¿Por qué no nos cuentas cómo has conseguido traerlo aquí?

— Simplemente, le dije que quería conocer a algunos de sus familiares.

— Simplemente se lo dijo — Morgana intercambió una mirada cómplice con Ana—. ¿Verdad que es... interesante?

— Espero que os quedéis unos días — Ana pellizcó a su prima por debajo de la mesa —. He conservado mi antigua casa para cuando nos visita la familia o algún amigo. Me encantaría que os quedarais allí.

— Gracias, pero no he traído nada de ropa — respondió Rowan. Se miró hacia abajo y recordó que había salido de Oregón en bata y había aterrizado en pantalones y camisa—. Aunque supongo que no es un problema, ¿no?

— Ya te acostumbrarás — Mel rió y le dio un mordisco a una zanahoria —. O casi Rowan no estaba segura de eso, pero sí sabía que se sentía a gusto allí, con esa gente. Dio un sorbo de vino y miró hacia Liam, el cual estaba conversando con Sebastián. Se alegraba de que pudiera hablar con su familia, que la comprendía y lo apoyaba.

—Pero mira que eres burro —le dijo Sebastián.

— Es asunto mío.

— Siempre igual — Sebastián dio un trago de cerveza—. Nunca cambiarás, Liam.

—¿Por qué iba a hacerla? —respondió. Sabía que era una contestación infantil,

pero Sebastián solía ponerlo a la defensiva.

— ¿Qué intentas demostrar? Estáis hechos el uno para el otro.

— Sigue siendo mi decisión —contestó Liam.

Sebastián se habría reído de no ser por la intranquilidad que apreció en los ojos de Liam.

— Si eso es lo que sientes — adivino aquel—, ¿por qué no se lo has dicho?

— Le he dicho quién soy — dijo Liam —. Se lo he demostrado. Estuvo a punto de desmayarse... La educaron para no creer en la magia — añadió.

— Pero cree en ella. La lleva dentro. Hasta que no se lo digas, no puede elegir si aceptarla o no. ¿Y no es la capacidad de decisión lo que más valoras tú?

Liam miró disgustado la sonrisilla Sebastián. De pequeños, siempre había competido con su primo mayor. Siempre había intentado ser tan rápido y listo como él. Aunque más allá de la rivalidad, siempre lo había considerado héroe.

Incluso ahora, siendo un hombre adulto, deseaba contar con el respeto de Sebastián.

— Cuando esté preparada, podrá decidir. Y lo hará.

— Cuando tú estés preparado — corrigió Sebastián —. ¿Tanto miedo te da? lo provocó.

—No es miedo, es sensatez —replicó Liam —. Casi no ha tenido tiempo de asimilar lo que ya le he dicho. Su legado está tan enterrado que apenas destella en su cabeza. Ha estado manipulada por su familia toda la vida, acaba de descubrir su identidad como mujer. ¿Cómo voy a pedirle que acepte sus poderes?

«o que me acepte a mí», añadió para sí, enfadado consigo mismo por el mero hecho de pensarlo.

Sebastián se dio cuenta de que Liam estaba enamorado de ella. Estaba enamorado y era demasiado cabezota para reconocerlo.

—Puede que no la valores lo suficiente, Liam — dijo mirando hacia Rowan, sentada junto a su esposa —. Es encantadora.

— Ella cree que es vulgar, corriente. y no lo es en absoluto —Liam no se giró hacia ella. Podía verla en la cabeza si quería—. Pero es tierna y delicada. No quiero pedirle más de lo que esté preparada para darme.

No razonaba, pensó Sebastián, el cual había experimentado el mismo estado de enajenación al conocer a Mel. Y probablemente habría cometido errores similares.

—No creo que haya ninguna mujer que esté preparada para vivir contigo — lo pinchó Sebastián —. La compadezco por tener que ver esa cara tan fea que tienes días tras día.

—¿Y cómo te aguanta tu mujer primo? — espetó Liam.

— Está loca por mí.

— El caso es que me ha parecido una mujer inteligente.

— Es aguda como un puñal — comentó Sebastián, mirando sonriente hacia Mel.

— Pues entonces supongo que tuviste que hacer uso de toda tu magia para engañarla y que se enamorara de ti.

—Usé mucha menos de la que tendrás que emplear tú para que tu bella amiguita se quede contigo — repuso Sebastián al tiempo que lo agarraba por el cuello.

— Vete a la... — Liam forcejeó tratando de liberarse de su primo, "el cual le puso la mano en la boca —. Esta me la pagas —añadió. Pero el pequeño Aiden apareció y se pegó a una pierna de su padre, de modo que Liam tuvo que posponer la venganza para otro momento.

Era tarde cuando dejó a Rowan durmiendo en la casa de Ana. Estaba intranquilo, extrañado por el dolor que rodeaba su corazón. Pensó en correr por la orilla, o en volar sobre el mar hasta calmarse. y pensó en Rowan, la cual estaría plácidamente dormida. Finalmente, paseó entre las sombras y los aromas del jardín de Ana, en busca de paz espiritual. Luego pasó bajo el arco de rosas, cruzó por el césped y subió al porche de la casa de al lado, donde Ana vivía con su familia. Sabía que su prima estaba allí.

— Deberías estar dormida —le dijo.

— Supuse que querías hablar — contestó Ana, tendiéndole una mano.

Liam la tomó, se sentó junto a ella y se quedó callado. No había nadie con quien se sintiera más a gusto en silencio que con Ana.

Arriba, las nubes cubrían y destapaban la luna, las estrellas brillaban. La casa en la que Rowan dormía estaba a oscuras, llena de sueños.

—No me he dado cuenta de lo mucho que os he echado de menos hasta que he vuelto a veros.

— Necesitabas estar solo una temporada — respondió Ana, pellizcándole la mano con afecto.

— Sí. No me he aislado porque no me importéis —aseguró Liam—. Sino todo lo contrario.

—Lo sé, Liam —Ana le acarició la mejilla y absorbió el dolor de su primo —. Estás muy preocupado. ¿Por qué te atormentas siempre tanto?

— Soy así — contestó él, súbitamente relajado, gracias al poder empático de Ana —. Tienes una familia maravillosa, y un hogar estupendo. Boone es perfecto para ti. Y tus hijos son una delicia. Se nota que eres feliz.

— Igual que se nota que tú no lo eres. ¿No deseas crear una familia tú también?, ¿qué te haría feliz a ti?

Liam la miró, sabedor de que iba a decirle cosas que nunca le diría a ninguna otra persona.

— Quizá no esté capacitado para formar una familia —respondió.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Ana, consciente de lo exigente que su primo era consigo mismo.

— Estoy acostumbrado a pensar en mí. Acostumbrado a hacer lo que más me apetece en cada momento. Y me gusta — Liam sonrió —. Soy un hombre egoísta y el destino me está pidiendo que asuma la responsabilidad de aceptar el medallón que mi padre ha llevado con tan buen juicio; que me una a una mujer que sólo comprenderá en parte lo que eso significa.

— No te valoras lo suficiente. Y a ella tampoco —contestó con un tono

impaciente, eficaz por lo inusual que era en Ana—. Siempre has sido testarudo y orgulloso, pero no egoísta. Lo que pasa es que te tomas muchas cosas demasiado en serio. Y por eso no las disfrutas... Te aseguro que Rowan comprenderá mucho más de lo que tú crees — añadió tras dar un suspiro.

— Me gusta ir a mi aire.

— y tu aire te ha llevado directo a ella, ¿no? —Ana no. La lógica se había vuelto en contra de Liam y este había puesto un gesto de contrariedad graciosísimo —. ¿Sabes una de las cosas que más he admirado de ti siempre? Tu tendencia a cuestionarlo y analizarlo todo. Es una cualidad fabulosa e irritante. Y se debe a que te preocupas mucho por los demás, aunque no quieras admitirlo.

— Ana, ¿tú qué harías en mi situación?

—Para mí es muy sencillo —respondió ella con una suave sonrisa—. Escucharía a mi corazón. Siempre lo hago. Y tú harás lo mismo cuando estés preparado.

—No todos los corazones hablan tan claro como el tuyo — replicó Liam, de nuevo intranquilo—. Le he enseñado lo que soy, pero no le he dicho lo que eso puede suponer para ella. La he hecho mi amante, pero no le he dado amor. Le he presentado a mi familia sin hablarle de la suya. ¿Cómo no voy a estar preocupado?

—Todo eso puede cambiar. Está en tus manos.

— Sí, nos volveremos esta misma mañana, cuando se despierte. Y le enseñaré lo que duerme en su interior. Respecto a lo demás, todavía no he decidido nada.

—No le enseñes sólo las obligaciones, Liam. Muéstrale también las ventajas —Ana se puso de pie—. El bebé tiene hambre. Me despediré de vuestra parte por la mañana, si quieres.

— Te lo agradecería — Liam se levantó, y le dio un abrazo—. Te quiero, prima.

— No tardes tanto en volver a visitarnos — Ana le dio un beso en cada mejilla y se dio media vuelta. Luego, bajo el dintel de la puerta, se giró y susurró — El amor se acerca.

Se acercaba, pensó Liam cuando se metió en la cama junto a Rowan. Se acercaba en sueños, seguro. ¿Pero lo espantaría cuando al día siguiente hablara con ella? Como una princesa de un cuento de hadas, que se despierta con un beso, él tendría que despertar la conciencia de Rowan. El hecho de que, de algún modo, él fuese un príncipe lo hizo sonreír. El destino, supuso, podía resultar irónico.

Esos y otros pensamientos lo mantuvieron en vela, esperando que amaneciese. Con la primera luz del alba, Liam alzó los brazos y ambos regresaron a la cama de Rowan. Esta murmuró y cambió de posición.

Liam se levantó, se vistió, la contempló durmiendo. Luego bajó las escaleras con sigilo y preparó café.

Pensó que los dos iban a necesitarlo. Como tenía la cabeza sintonizada con la de ella, supo el instante preciso en que Rowan se despertó. Salió al porche. Ella saldría a buscarle, a preguntarle. Arriba, Rowan parpadeó asombrada. ¿Lo había soñado todo? No le parecía posible, pues recordaba todo con enorme nitidez. El cielo azul de Monterrey, el jardín de Morgana, las melodiosas risas de los niños. La cálida



bienvenida. Tenía que ser real. Luego sonrió y apoyó la barbilla sobre las rodillas, apretadas contra el pecho.

Se levantó y se dispuso a experimentar un nuevo día mágico.

Once

Cuando lo vio de pie en el porche, volvió a asombrarse. No dejaba de extrañarla y maravillarla que ese hombre tan extraordinario la deseara con tanta pasión. Se dejó llevar por un impulso y corrió a abrazarlo, apretando la mejilla sobre la espalda de Liam. Esos gestos tan dulces y espontáneos lo desgarraban. Quiso darse la vuelta, levantarla y llevarla a algún sitio donde no hubiera nada ni nadie salvo ellos dos. Pero se limitó a agarrarle una mano.

—No he podido despedirme de tu familia —dijo Rowan.

— Volverás a verlos... si quieres.

— Claro que sí. Me encantaría ver la tienda de Morgana. Seguro que es increíble. Y los caballos de Sebastian y Mel. Me ha gustado mucho conocer a tus primos — Rowan se frotó la mejilla con la camisa de él—. Tienes suerte de tener una familia tan grande. Yo tengo algunos primos, pero viven muy lejos. No los veo desde que era una niña.

Los ojos de Liam se agrandaron: ¿podía haber una introducción mejor a lo que quería decirle?

— Vamos dentro, Rowan. Tengo que hablar contigo.

Ella dio un paso atrás, confundida. En vez de girarse y abrazarla, como había supuesto que haría, Liam había hablado en un tono frío y ni siquiera la había mirado.

¿Qué había hecho mal?, se preguntó mientras entraban en la cocina. ¿Había dicho algo?, ¿había...?

Cerró los ojos disgustada consigo misma. ¿Por qué se hacía eso?, ¿por qué daba siempre por sentado que había metido la pata o que debía haber actuado de otro modo?

Se negaba a seguir así. Ni con Liam ni con nadie, se dijo mientras se servía café.

— ¿De qué quieres que hablemos? — le preguntó sin rodeos, a pesar del miedo que le atenazaba el estómago.

— Siéntate.

— Estoy bien de pie — replicó Rowan mientras se alisaba el cabello con una mano. Dio un sorbo de café y se quemó la lengua—. Si estás enfadado conmigo, dímelo. No me gusta tener que adivinarlo.

—No estoy enfadado contigo. ¿Por qué iba a estarlo?

—No tengo ni idea —Rowan se preparó una tostada, aunque sólo fuera por mantenerse ocupada—. Pero tienes cara de estarlo.

—No lo estoy.

— Claro que lo estás — insistió ella, irritada.

—No, pero te pido perdón si lo parece — se disculpó Liam mientras se sentaba en una silla—. Te he llevado a conocer a mi familia y es de la familia de lo que quiero

hablarte. Y preferiría que dejaras de dar vueltas por la cocina y te sentaras.

— Estoy preparándome el desayuno, si no te importa —repuso Rowan, envalentonada.

Liam murmuró algo. Luego alzó las manos y apareció un plato con una tostada en la mesa.

—Ya está. Aunque no sé cómo puedes llamar a eso desayuno. Y ahora siéntate.

—Puedo prepararme la tostada yo solita — contestó ella mientras iba a la nevera por mermelada.

— Rowan, estás poniendo a prueba mi paciencia. Lo único que te pido es que te sientes y hables conmigo.

—No me lo has pedido, me lo has ordenado. Ahora que me lo pides, lo haré — accedió Rowan, satisfecha con tan pequeña victoria—. ¿Quieres una tostada? —lo provocó.

—No, no quiero —Liam suspiró—.Gracias.

Entonces, Rowan suspiró con una dulzura que lo conmovió:

— Casi nunca gano ninguna discusión —explicó ella mientras untaba la mermelada—. Sobre todo, cuando no sé de qué se discute.

—Pues esta la has ganado, ¿no?

—Me gusta ganar —respondió con los ojos iluminados.

— A mí también — Liam rio y puso una mano sobre la muñeca de Rowan — .No te has echado leche ni azúcar. Y sabes que no te gusta el café solo.

— Porque lo hago mal. Tu café es bueno —dijo Rowan—. Decías que querías hablar de tu familia.

— De la familia — corrigió Liam — .Ya sabes lo que sucede con la mía.

— Sí — respondió ella —. Sé lo de tus poderes, el legado de los Donovan — añadió sonriente.

— Exacto. Y estoy orgulloso de mis orígenes. Pero los poderes conllevan una serie de obligaciones. No son un juguete, aunque tampoco hay que temerlos.

— No tengo miedo de ti, Liam, si es eso lo que te preocupa. .

— Puede, en parte.

—No lo tengo, no podría —aseguró Rowan. Extendió una mano para acariciarlo, para decirle que lo quería, pero Liam se levantó y empezó a dar vueltas por la cocina.

— Lo ves todo como un cuento: magia, amor y final feliz. Pero se trata de la vida, Rowan, con sus enredos y sus equivocaciones. La vida hay que vivirla, tiene sus exigencias.

—Sólo tienes razón a medias —dijo ella—. No puedo dejar de verlo como algo mágico y romántico, pero también entiendo el resto. ¿Cómo no voy a entenderlo después de haber conocido a tus primos y ver a sus familias? Eso es con lo que ayer me encontré: con una familia. No con la ilustración de un libro.

—¿y te sentiste... cómoda con ellos?

— Mucho — aseguró Rowan. Le latía el corazón con fuerza. Notaba que era importante para Liam que aceptase a su familia. Porque... ¿quizá porque él también la

quería a ella?, ¿porque quería que formase parte de su vida?

—Rowan —Liam volvió a sentarse—. Yo tengo muchos primos. Aquí, en Irlanda, y en Gales. Algunos se apellidan Donovan, algunos Riley. Y algunos O'Meara.

—Sí, ya me dijiste que tu madre era una O'Meara. Es posible que hasta tengamos parientes lejanos comunes. ¿Verdad que estaría bien? De alguna forma, estaría relacionada con Morgana y el resto.

Liam suspiró, le agarró las manos, las acarició y las sujetó con fuerza.

—Rowan, no dije que quizá fuéramos primos, sino que lo somos. Lejanos, es verdad, pero compartimos la misma sangre. Un legado.

— Puede ser — convino Rowan, extrañada por la intensidad con que Liam la miraba—. Pero seríamos primos lejanísimos. Es curioso, pero... Un momento, ¿qué quieres decir?, ¿compartimos un legado? —añadió de repente. Rowan creyó que el corazón se le paraba.

— Tu bisabuela, Rowan O'Meara era bruja. Como lo soy yo. E igual que tú.

— Eso es absurdo — rehusó ella —. Es absurdo, Liam. Ni siquiera la conocí y, desde luego, tú sí que no la conociste.

—He oído hablar de ella —dijo Liam con calma— de Rowan O'Meara, nacida en Clare, que se enamoró y se casó, y abandonó su patria y renegó de sus poderes. Lo hizo porque el hombre al que amaba se lo pidió. Lo hizo libremente, tenía derecho. Y cuando dio a luz a sus hijos, no les contó nada de su legado hasta que fueron mayores.

— Estás pensando en otra persona — acertó a decir Rowan.

— Por eso decían que era excéntrica. No la creyeron. Luego, cuando sus hijos dieron a luz a otros niños, sólo comentaron que Rowan O'Meara era un poco rara. Cariñosa, pero rara. Y cuando la hija de su hija dio a luz a otra hija, la niña creció sin saber lo que corría por su sangre.

—Es imposible. ¿Cómo no iba a haberlo sabido? —Rowan apartó las manos y se puso de pie—. Lo notaría de algún modo, lo sentiría.

—¿y no lo has sentido? —Liam se puso de pie mientras trataba de encontrar una manera de decírselo sin asustarla—. ¿No has notado un calor en la sangre especial de vez en cuando?

—No —mintió Rowan conscientemente—. Bueno, no sé. Pero te equivocas, Liam. Yo soy normal.

—Has visto imágenes entre las llamas, tus sueños han sido más intensos que los de los demás. Has notado el cosquilleo de tu poder bajo la piel, en la cabeza.

—Eran imaginaciones —insistió. ella —. Los niños tienen mucha imaginación —añadió. Pero estaba sintiendo un cosquilleo en esos momentos, en parte de miedo.

— Has dicho que no tienes miedo de mí —le recordó Liam con voz suave —. ¿Por qué ibas a tenerlo de ti misma?

— No tengo miedo. Simplemente, sé que no es cierto.

— Entonces no te importará hacer una prueba, para ver quién tiene razón.

—¿Una prueba?, ¿cuál?

— La primera destreza que se aprende y la última que se olvida es cómo hacer un fuego. Tú ya lo sabes, lo llevas dentro. Yo sólo te lo voy a recordar —Liam le agarró una mano—. y te doy mi palabra de que no encenderé yo el fuego, así como te pido que me prometas que no vas a bloquear lo que te salga de dentro.

—No tengo que bloquear nada, porque no hay nada — respondió Rowan,—temblosa.

— Entonces ven conmigo.

—¿Adónde? —quiso saber ella mientras Liam la sacaba afuera. Pero ya lo sabía.

— Al círculo — respondió sin más —. No tendrás controlado tu poder y ese es un lugar seguro.

— Liam, esto es ridículo. Soy una mujer normal, necesito cerillas para encender un fuego.

— ¿Crees que te estoy mintiendo? — le preguntó él mirándola a los ojos.

—Creo que estás equivocado —matizó Rowan mientras seguía a marchas forzadas a Liam—. No digo que no hubiera una Rowan O'Meara que fuese bruja. Seguro que sí, pero no fue mi bisabuela. Mi bisabuela era una mujer dulce, un poco chiflada, que hacía unos dibujos muy bonitos y contaba cuentos de hadas.

— ¿Chiflada? — repitió él, ofendido —. ¿Quién te dijo eso?

—Mi madre...

—¿Lo ves? —dijo Liam, como si eso confirmara sus palabras—. Chiflada. La mujer renuncia a todo por amor y la llaman chiflada. Sí, quizá lo estuviera un poco. Quizá le habría ido mejor si se hubiera quedado en Irlanda y se hubiera emparejado con alguien como ella. Aunque entonces no habría conocido nunca a Rowan, pensó. No sabía si estaba enfadado o agradecido por ese giro del destino. Luego, una vez en el círculo de piedras, la colocó en el centro. Rowan estaba sin aliento, por lo rápido que habían andado y por lo que sentía flotando en el aire.

— ¡Este círculo es sagrado! —exclamó Liam—. ¡Rowan Murray se ha internado a descubrir su legado!

Después de realizar el conjuro, el viento sopló entre las piedras y acarició el cuerpo de Rowan.

— Liam... —lo llamó, asustada.

— Ten calma, aunque sea algo duro para ti. Te juro que no te va a pasar nada— le dio una mano y la besó hasta que la rigidez de su cuerpo se aflojó —. Si no confías en ti, confía en mí.

—Yo confío en ti, pero... tengo miedo.

Liam le acarició el pelo y se dio cuenta de que lo que estaba haciendo era como iniciar en el amor a una virgen. Debía actuar con dulzura y paciencia, pensando sólo en ella. — Tomátelo como si fuera un juego, más sencillo de lo que crees —le propuso, sonriente—. Respira hondo y lento hasta que oigas el latido de tu corazón en la cabeza. Cierra los ojos si te ayuda, hasta que estés tranquila.

— Me dices que vaya encender un fuego y luego me pides que esté tranquila —protestó Rowan. Pero cerró los ojos. Cuanto antes pudiera demostrarle que estaba

equivocado, antes acabaría con aquello—. Un juego. Está bien, un juego. Cuando veas que no se me da bien, nos volvemos a casa y terminamos de desayunar.

«Recuerda lo que no te dijeron, pero está en tu interior», le murmuró Liam telepáticamente. «Siente lo que siempre has sentido, pero no has llegado a comprender. Escucha a tu corazón, confía en tu sangre».

— Abre los ojos, Rowan —le dijo luego en voz alta.

Se preguntaba si eso sería como dejar que la hipnotizaran. Estar tan alerta y consciente y, a la vez, sentirse tan fuera de sí. Abrió los ojos y miró a los de Liam mientras el sollos iluminaba.

— No sé qué hacer. ,

—¿No? —preguntó él—. Abrete, Rowan. Ten fe en ti, acepta el don que llevas dentro.

Sólo era un juego, se repitió ella. Un juego en el que era una bruja que desconocía sus poderes. Para descubrirlos solo tenía que creer en sí misma, desearlo y aceptarse.

Rowan extendió los brazos, los miró como si pertenecieran a otra persona. Tenía unas manos anchas, de dedos largos, sin anillo, elegantes. Entonces oyó el latido de su corazón en la cabeza, tal como le había anunciado Liam. Y oyó su respiración como si estuviera escuchándose mientras dormía. Fuego, pensó. Para dar luz y calor. Confortabilidad. Podía verlas en la cabeza: llamas doradas por dentro y rojas por los bordes. Iban creciendo y subiendo como antorchas hacia el cielo. Sin humo, bellas. Fuego, volvió a pensar. Para dar luz y , calor. Fuego que flamea de día y de noche.

Sintió un pequeño mareo. Liam tuvo que controlarse para no sujetarla. Luego echó la cabeza hacia atrás y el azul de sus ojos se intensificó. El aire sopló. Esperó. Liam la miró mientras ella perdía cierta especie de inocencia. El poder la sacudió como el viento que le levantaba el cabello. Rowan se estremeció, notó el calor en la cabeza, , luego bajó por los brazos y salió disparado por los dedos.

Miró estupefacta el círculo de fuego que había provocado. Eran llamas pequeñas, que le calentaban las rodillas. Cuando Rowan alzó las manos, las llamas crecieron de golpe.

—¡Oh, no!

— Echate hacia atrás. Todavía no tienes control.

Liam hizo disminuir la altura de las llamas mientras ella balbuceaba:

—¿Como... yo? — Rowan lo miro a la cara—. Tú.

—Sabes que no he sido yo. Es tu herencia, Rowan, y tuya es la decisión de aceptarla o no.

— Lo he hecho yo — Rowan cerró los ojos y respiró profundamente hasta sosegar un poco. Había sido ella. Ya no podía negarlo. Y quizá lo había sabido toda su vida —. Lo he sentido, lo he visto.' Había palabras en mi cabeza, como si fuera un conjuro. No sé qué pensar, no sé qué hacer.

—¿Cómo te sientes?

— Asombrada — Rowan no y se miró las manos —. Encantada. Aterrada y

entusiasmada, maravillada. Hay magia dentro de mí — añadió con los ojos destellantes, iluminándole la cara. Volvió a reír y empezó a saltar y dar vueltas dentro del círculo de piedras.

Liam se sentó sonriente y asintió, satisfecho de cómo había acogido Rowan su legado. La embellecía, pensó.

— Toda mi vida he sido una persona ramplona, ordinaria, tediosamente normal — Rowan dio otra vuelta y luego se tiró al suelo junto a Liam y lo abrazó — Ahora hay magia dentro de mí.

— Siempre la ha habido.

Se sentía como una niña con cientos y cientos de regalos envueltos, esperando a ser abiertos y descubiertos.

— ¿Puedes enseñarme más?

— Sí — Liam le acarició una mejilla —. Puedo. Y lo haré. Pero no ahora mismo. Llevamos aquí más de una hora y quiero desayunar.

— Una hora — Rowan parpadeó mientras Liam se ponía de pie y la ayudaba a levantarse —. Me han parecido unos pocos minutos.

— Te ha costado concentrarte. La próxima vez tardarás menos — Liam apagó el fuego con la mente—. Ya veremos qué poderes tienes exactamente después de desayunar.

— Liam — Rowan le dio un beso en el cuello y lo miró a los ojos —. Gracias. Aprendía rápido. Liam nunca se había considerado un buen profesor, de modo que supuso que tenía que ver con la alumna.

Una alumna receptiva, ansiosa e inteligente.

No necesitaron mucho tiempo para determinar que la magia era uno de sus fuertes, como en el caso de Morgana. En uno o dos días comprobaron, en cambio, que no era buena adivinando el pensamiento. Podía traspasarle sus pensamientos a Liam, pero no leía los de este, a menos que él los mandara a su cabeza.

y aunque no podía transformarse a sí misma, incluso después de una hora de concentración, había convertido una pala en un rosal, riendo, maravillada. Ana le había dicho que le enseñara las ventajas, recordó Liam. Pero comprendió que era Rowan la que le estaba enseñando a él a gozar de sus poderes, al verla bailar por el bosque, convirtiendo capullos de flor en ramos coloridos. Las rocas se transformaban en cristales luminosos y el arroyo del bosque pasó a ser una elegante cascada de un azul luminoso. No la frenó. Se merecía deleitarse con la magia que había dormido tantos años en su interior. Las responsabilidades y las decisiones llegarían en su momento. Pronto.

De momento, Rowan estaba dando forma a su propio cuento de hadas. Lo veía con claridad y quería hacerlo real. Quería conseguir su casa en el bosque, con un jardín, con agua, con viento. y con Liam.

Se giró hacia él, ajena a lo atractiva que estaba cuando se soltaba el pelo, y extendió los brazos mientras se le iluminaban los ojos.

— Solo por hoy. Sé que las cosas no pueden ser así siempre, pero yo solía soñar

que estaba en un lugar como este, con agua y el viento soplando, y flores enormes. Y el aroma... —Rowan se detuvo al darse cuenta de que, en efecto, había soñado con ese preciso instante, y con Liam Donovan saliendo de un porche y acercándose a ella. Se agachaba a recoger una rosa blanca y se la ofrecía—. Lo soñaba cuando era pequeña — repitió.

Liam se agachó a recoger una rosa blanca y se la ofreció.

—¿Qué más soñabas, Rowan Murray?

— Esto.

—Solo por hoy, tu sueño será realidad.

—Yo iba con un vestido azul, una túnica en realidad. Y tú llevabas una negra — Rowan rió al notar la caricia de la túnica que de pronto la envolvía—. ¿Lo he hecho yo o has sido tú?

— ¿Qué más da? Es tu sueño, Rowan, aunque espero que yo te besara en él.

— Sí — Rowan suspiró y se lanzó a sus brazos —. El tipo de besos que pueblan los sueños.

Liam le rozó los labios, con suavidad al principio. Fue calentándolos, ablandándolos, hasta que los separó. Luego profundizó mientras la rodeaba con un brazo y le acariciaba el pelo perezosamente.

Mientras lo hacía, algo tembló en la memoria de Liam también. Algo que había visto o deseado alguna vez. Y empezó a flotar en sueños junto a ella. y la apretó más todavía. Empezaron a dar vueltas juntos, bailando con elegancia al compás de sus corazones. Los pies de Rowan ya no tocaban el suelo. Los sueños de una niña romántica se fueron adaptando a las necesidades de una mujer adulta. El cuerpo fue calentándose al tiempo que lo abrazaba con más fuerza, como queriendo introducirlo en su corazón. Y le ofreció más. Se ofreció por completo. Había velas en el sueño. Docenas de velas, aromáticas, blancas, encendidas sobre candelabros de plata. Y una cama iluminada por ellas a la que Liam la condujo.

—¿Cómo iba a saberlo? —susurró Rowan—. ¿Cómo pude olvidarlo?

El sol se iba ocultando, bordeaba sus cuerpos con un ribeteado de fuego y pintaba el cielo de mil colores. Los pájaros cantaban en las ramas a la luz del crepúsculo.

— Eres preciosa —le dijo Liam.

No se lo habría creído normalmente. Pero en ese momento se sentía preciosa. Se sentía poderosa. Amada. Sólo por un día, pensó mientras volvía a besarlo. Liam paladeó sus labios, que sabían a vino tomado en copa de oro, con sed pero sin ansia. La abrazó sin desesperación. Podían ir despacio. Sus lenguas se unieron y enlazaron en un baile lento e íntimo, los alientos se entremezclaron, los susurros se fundieron.

Besó el cuello de Rowan, la instó a que echara atrás la cabeza para poder besarla donde le latía el pulso. Luego le separó la bata, ligera como el aire. Y cuando se apoderó de su piel con las manos y la boca, Rowan se arqueó. Suspiró con él, se movió a su ritmo mientras el aire flotaba cargado de fragancias y el viento acariciaba su cuerpo desnudo. Se abandonó al placer, rodó con Liam y se levantó sobre él. Su cuerpo

era esbelto, blanco como el mármol. Tenía el cabello enmarañado por el viento y los ojos llenos de secretos. Cautivado, Liam le acarició los muslos, el torso, y cenó las manos sobre sus pechos.

y notó que el corazón le palpitaba con la misma violencia que el suyo.

— Rowan — murmuró él mientras los secretos seguían destelleándole en los ojos—. Eres una bruja en todos los sentidos.

Ella no triunfalmente. Se agachó para apoderarse de su boca y, de pronto, ; Liam notó que la sangre le ardía, como el fuego que había encendido Rowan horas antes.

Esta también sintió el cambio, y supo que era ella la causante. Supo que tenía poder. Se colocó por debajo de la cintura y, al acogerlo en su interior, echó la espalda hacia atrás y vio girar las estrellas en el cielo.

Liam le agarró las caderas, creyó que el aire le haría explotar los pulmones. Rowan lo electrizaba con cada movimiento, como si su cuerpo fuera un relámpago, un látigo salvaje de energía que lo empujaba y lo arrastraba con ella. Llegó hasta el borde de la locura, lo traspasó y aún fue más allá, sin dejar de moverse sobre Liam. Este la llamó, pronunció su nombre casi sin aliento mientras ambos se desbordaban. Y mientras subían volando, Rowan vio que los ojos de Liam se iluminaban y luego se nublaban de pasión. Gimió triunfante y se desplomó sobre él.

Nunca había permitido que una mujer tomara el control. Ahora, mientras Rowan yacía sobre él, se dio cuenta de que no había sido capaz de evitarlo. De detenerla. Había muchas cosas que no había podido evitar con ella. Giró la cabeza hacia el cabello de Rowan y se preguntó qué ocurriría a continuación. Cuando ella habló segundos después, lo supo.

— Te quiero, Liam —dijo con calma, con los labios sobre el corazón de él—. Te amo.

y Liam llamó responsabilidad al pánico que lo invadió.

— Rowan...

—No tienes que corresponderme. Pero no aguantaba más sin decírtelo. Antes me daba miedo — cambió de posición y lo miró—. No creo que vuelva a tener miedo de nada nunca. Así que lo repito: te quiero, Liam.

— Todavía no sabes todo lo que debes saber, así que no sabes lo que piensas ni lo que sientes. Ni lo que querrás —advirtió Liam mientras se sentaba junto a ella—. Tengo que explicarte más cosas, enseñarte más cosas. Será mejor que vayamos a mi cabaña.

—De acuerdo — Rowan trató de sonreír con naturalidad, a pesar del miedo que acongojó su corazón, anunciándole que la magia se había acabado por ese día.

Doce

¿Qué más podría decirle capaz de sorprenderla?, se preguntaba Rowan. Le había dicho que era un brujo, se lo había demostrado y, de algún modo, había conseguido que lo aceptase. Luego le había revelado que también ella era una bruja, después de veintisiete años sin sospecharlo siquiera. Se lo había demostrado. Y no sólo lo había



aceptado, sino que le había parecido maravilloso.

¿Qué más podía haber? Estaba deseando que Liam hablase, pero este no dijo nada mientras paseaban bajo la luz de la luna, de la cabaña de ella a la de él. Lo conocía lo suficiente para saber que cuando guardaba silencio de esa manera era porque no quería decirle nada hasta que estuviese preparada.

Cuando llegaron al refugio de Liam y entraron, tenía los nervios a flor de piel. No quería pensar, se negaba a considerar siquiera que Liam se hubiese sumido en aquel silencio justo después de que ella le había dicho que lo quería.

—¿Tan importante es? —preguntó Rowan en un tono tan alegre como forzado.

— Para mí sí. Tú decidirás si lo es para ti.

Entró en el dormitorio, puso los dedos sobre la pared de la chimenea y se abrió una puerta que daba paso a una habitación iluminada con una luz tenue, suave y fría como rayos de luna.

— ¿Una habitación secreta?

— Nada de secretos — corrigió Liam — Privada. Entra, Rowan.

El hecho de que ingresara en aquella pieza era una prueba de la confianza que tenía en ella. El suelo era de piedra, lisa como un espejo, las paredes y el techo, de madera, muy barnizada. La luz se reflejaba en todas esas superficies, temblorosa como el agua.

Había una mesa con un cuenco de cristal azul, una taza de peltre, un espejo pequeño y plateado con un asa de amatista. También había un cuenco con cristales de diversos colores y una bola de cuarzo se apoyaba sobre las colas de un trío de dragones alados.

¿Qué vería Liam al consultar la bola?, se preguntó Rowan. ¿Qué vería ella? Se giró y vio que Liam encendía unas velas, cuyas llamas ascendieron en el aire, cargado con un perfume indefinido.

Entonces vio otra mesa, una pequeña superficie redonda sobre un pedestal. Liam abrió la caja que había encima, sacó una cadena con un amuleto de plata, la sostuvo un segundo, como si estuviera pesándola, y luego la soltó.

—¿Es una ceremonia?

Liam la miró distraído, como si se hubiera olvidado de ella. Pero no la había olvidado. No había olvidado nada.

—No. Estás descubriendo muchas cosas, ¿verdad, Rowan? Me pediste que no fisgara en tu mente, de modo que no sé qué hay dentro de ella, qué piensas sobre todo esto — respondió él mientras le acariciaba una mejilla—. Aunque puedo verlo en tus ojos.

— Ya te he dicho lo que pienso y lo que siento.

—Sí.

—Entonces, ¿me quieres explicar para qué es todo esto? —preguntó Rowan mientras rozaba el espejo.

— Herramientas. Sólo herramientas —contestó Liam—. Tú también necesitarás tener las tuyas.

— ¿Ves cosas en la bola?

— Sí.

— ¿Y no te da miedo mirar? — preguntó Rowan, esbozando una sonrisa nerviosa —. Creo que a mí me lo daría.

— Lo que se ve sólo es... algo que puede suceder.

Rowan daba vueltas por la habitación. Notaba que iba a haber cambios. Se lo decía el instinto femenino, o el poder mágico que acababa de descubrir en ella. En una caja de cristal había más piedras, minerales, cristales alargados.

— Sabía que vendrías aquí — comentó Liam por fin.

No se refería a la habitación, sino al bosque. Y Rowan lo entendió así.

— ¿Sabías... lo que iba a pasar? — preguntó ésta.

— Lo que podía pasar. Siempre se puede decidir en contra. Los dos hemos tomados nuestras decisiones, y tenemos que tomar más. Tú sabes algo de tu legado y del mío, pero no todo. En mi país, en mi familia, hay una tradición. No es una cuestión de rango, aunque podría parecerlo. Lo cierto es que cada cierto tiempo alguien tiene que asumir la dirección de la familia. Para guiar y aconsejar. Para ayudar a resolver enfrentamientos, cuando surgen.

Liam agarró la cadena con el amuleto, luego la devolvió a su sitio.

— Tu padre lleva un amuleto parecido: un medallón de oro.

— Sí.

— ¿Porque es el cabeza de familia?

Era rápida, pensó Liam. Y él era tonto por haberlo olvidado.

— Lo es, hasta que elija a un sucesor.

— A ti.

— La tradición dice que el amuleto ha de entregarse al hijo mayor. Pero siempre se puede elegir, y hay... condiciones. Para asumir ese cargo hay que ser digno de él.

— Seguro que tú lo eres.

— Uno debe desearlo.

— ¿Tú no lo deseas? — preguntó Rowan, sorprendida.

— Aún no lo he decidido — Liam metió las manos en el bolsillo para no volver a agarrar el amuleto—. Vine aquí a tomarme un tiempo, a pensar y meditar. Quiero que sea mi decisión. Me niego a que el destino se me imponga.

— No será una imposición — Rowan sonrió por el tono solemne con que había hablado él. Se acercó a Liam, pero este alzó una mano.

— Hay más condiciones. Si me caso, debe ser con una mujer con sangre de elfo, y el matrimonio debe ser por amor, no por una cuestión de obligación. Las dos partes deben casarse libremente.

— Parece justo — dijo Rowan—. Yo tengo sangre de elfo y ya te he dicho que te quiero.

— Pero si te acepto, mi capacidad de decisión disminuye — replicó Liam con un tono frío que atravesó el corazón de Rowan como si fuese una espada helada.

— Tu capacidad de decisión, entiendo — Rowan asintió con la cabeza mientras trataba de recomponer los pedazos de su corazón, su orgullo lastimado —. y tu capacidad de decisión incluye aceptarme como parte de tu destino o repudiarme para reforzar tu idea de que actúas con libertad, ¿no? Digamos que soy un peso en la balanza y tienes que decidir en qué plato colocarme para ver hacia dónde se inclina.

—No es tan sencillo —replicó Liam, desconcertado por el tono hiriente que había empleado ella—. Se trata de mi vida.

— y de la mía — apuntó Rowan —. Dices que sabías que yo iba a venir, pero yo no sabía nada de ti. Así que yo no he podido decidir. Me enamoré de ti nada más verte, pero tú estabas avisado; estabas preparado y tenías tus propios planes. Sabías que yo te iba a querer —lo acusó con amargura.

— Estás equivocada.

—¿Sí?, ¿cuántas veces fisgaste mis pensamientos para leerlos?, ¿cuántas viniste a mi casa en forma de lobo y me oíste hablar de ti? Y a mí no me diste la oportunidad de decidir si quería que me espíases. Sabías que yo cumplía con los requisitos y te dedicaste a estudiarme, a examinarme y valorarme.

— ¡No lo sabía! —gritó Liam, irritado porque tergiversaran su comportamiento—. Yo no sabía que cumplías los requisitos hasta que me contaste lo de tu bisabuela.

—Me da igual. Entonces, hasta ese momento estuviste jugando conmigo, o decidiendo si podías usarme como escapatoria, en caso de que decidieras rechazar el cargo y lo que el destino te había anunciado.

— Eso es ridículo. — y de pronto te enteraste de que estabas tratando con una bruja. La deseabas... no me cabe la menor duda de que me deseabas, y yo no opuse la menor resistencia. Acepté todo lo que tú decidiste ofrecerme, y me sentí agradecida.

La humillaba pensar en ello ahora, recordar cómo se había lanzado a sus brazos, confiándole el corazón, confiando en él.

— Me importabas, Rowan. Me importas.

—¿Sabes lo insultante que resulta? —preguntó esta, pálida, aunque con los ojos negros de ira—. ¿Sabes lo humillante que es descubrir que sabías que yo estaba enamorada de ti mientras tú sopesabas pros y contras y tomabas tus decisiones? ¿Qué podía decidir yo?, ¿qué me dejaste decidir?

— Todo lo que pude.

—No, todo lo que quisiste —espetó Rowan con fiereza—. Sabías perfectamente lo vulnerable que yo era cuando llegué aquí, lo perdida que estaba.

—Lo sabía. Por eso...

—Por eso me ofreciste trabajar contigo —lo interrumpió ella—. A sabiendas de que yo estaba enamorada de ti, a sabiendas de lo mucho que yo necesitaba cambiar de vida. Luego, cuando te pareció buen momento, me contaste quién eres y quién soy yo. A tu ritmo, Liam, siempre a tu ritmo. Y todos mis movimientos eran tal y como tú los habías previsto. Para ti ha sido un juego más.

—No es verdad —protestó Liam, enfervorecido, mientras le agarraba los brazos—. Estaba pensando en ti. He hecho lo que creía que era lo mejor.

La sacudida lo lanzó tres pasos atrás. Liam se quedó boquiabierto por el inesperado empujón que Rowan le había dado con la mente.

— ¡Maldita sea, Rowan! — prosiguió él.

— Yo tampoco quiero que el destino se me imponga —las piernas le temblaron al ver que podía empujar a Liam con el poder de la mente — . Esto no es lo que tú te esperabas, una de tus malditas posibilidades. Se suponía que yo iba a venir aquí esta noche, que iba a escucharte y luego me cruzaría de brazos, inclinaría la cabeza y lo dejaría todo en tus manos.

Los ojos le brillaban y las mejillas, lejos de seguir pálidas, estaban encendidas por la cólera.

—No exactamente —contestó Liam con dignidad —. Pero depende de mí.

—¡ De eso nada! Tú tendrás que decidir qué es lo que quieres, seguro; pero no esperes que yo me siente mansamente mientras tú eliges si me aceptas o me rechazas. Siempre, toda la vida, la gente ha tomado las decisiones importantes por mí, ha elegido el tipo de vida que debería llevar. Y tú has hecho lo mismo.

— Yo no soy tus padres — replicó Liam —. Ni Alan. Las circunstancias son totalmente distintas.

— Sean cuales sean las circunstancias, tú tenías el control y me has estado manejando. No pienso tolerarlo. He sido vulgar —reconoció Rowan a su pesar—.Tú no puedes entenderlo, porque nunca lo has sido. Pero yo he sido vulgar y sumisa toda la vida. Y no pienso volver a serlo.

— Rowan — Liam optó por la calma, trató de razonar—. Lo que yo quería para ti es lo que tú misma querías.

— Lo que yo más quería era que me amaras. A mí, Liam, fuera quien fuera y. como fuera — repuso ella mientras los ojos se le poblaban de lágrimas.

—No llores, Rowan —le pidió él, desarmado—. Nunca quise hacerte daño —le aseguró. Liam le agarró una mano y ella la dejó caer sobre la suya como si fuera un peso muerto.

—Ya, estoy segura de que no querías —contestó con calma. La furia había pasado. Ya sólo se sentía cansada—. Pero eso es más triste todavía. Y a mí me hace más patética. Te he dicho que te quería... y sabes que es verdad. Pero tú no puedes decírmelo, porque no has decidido... si encajo con tus planes. A partir de ahora decidiré mi propio destino. Y tú decidirás el tuyo — sentenció con la voz quebrada, pero tragándose las lágrimas para preservar un poco de orgullo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Liam, aterrado, cuando vio que Rowan se dirigía a la salida.

— A donde me apetezca — contestó esta, girándose para mirarlo a la cara — . He sido tu amante, Liam, pero tú nunca has llegado a considerarme tu pareja, tu igual. Y no pienso conformarme con menos. Ni siquiera por ti. Tenías mi corazón en tus manos y no has sabido qué hacer con él. Pues puedo decirte, sin necesidad de bolas mágicas ni de poderes sobrenaturales, que nunca tendrás otro igual.

Mientras se marchaba, Liam supo que no sólo era una profecía, sino que era la

verdad.

Tardó una semana en arreglar las cuestiones prácticas. San Francisco no había cambiado en los meses que había pasado fuera, ni en los días que llevaba allí. Pero ella sí.

Ahora podía mirar por la ventana y comprender que no era la ciudad lo que la había hecho infeliz, sino el sitio que ella ocupaba allí. No creía que fuese a quedarse, pero pensó que podría echar la vista atrás y recordar... cosas buenas y malas. La vida era la suma de ambas.

— ¿Estás segura de que estás haciendo lo correcto, Rowan? —le preguntó Belinda. Era una mujer elegante, de pelo moreno, bajita y de ojos verdes.

— No, pero lo voy a hacer de todos modos — contestó ella mientras miraba el rostro preocupado de su amiga. Rowan había cambiado, pensó Belinda. No cabía duda de que era mucho más fuerte, ni de que estaba muy dolida.

— Me siento responsable.

—No —aseguró Rowan con firmeza mientras metía un jersey en la maleta — . No tienes ninguna culpa.

Belinda se acercó a la ventana. El dormitorio estaba casi vacío. Sabía que Rowan había regalado muchas de sus cosas y empaquetado otras muchas. Al día siguiente ya no estaría.

—Yo te mandé allí.

—No, fui yo la que te pregunté si podía ir a tu cabaña.

— Podía haberte hablado de ciertas cosas.

—No eras tú quien debía haber hablado.

— De haber sabido que Liam iba a ser tan burro... —Belinda frunció el ceño—. Debería haberlo sabido. Lo conozco de toda la vida. Y no creo que haya persona más testaruda sobre la capa de la tierra... Aunque gran parte de su testarudez se debe a lo mucho que se preocupa.

— No tienes que explicarme cómo es Liam. Si hubiera confiado en mí, si hubiera creído en mí, las cosas quizá fueran de otro modo — respondió Rowan mientras sacaba la última prenda del armario —:—. Si me hubiera amado, todo sería diferente.

—¿Estás segura de que no te quiere?

— He decidido que lo único de lo que puedo estar segura es de mí misma. Es la cosa más valiosa y dura que he aprendido mientras estaba fuera. ¿Quieres esta blusa? A mí nunca me ha sentado bien.

— Va más con mi estilo — Belinda se acercó a Rowan y le puso una mano sobre un hombro —. ¿Has hablado con tus padres?

—Sí. Bueno, lo he intentado —respondió Rowan mientras doblaba unos pantalones —. En un sentido fue mejor de lo que había esperado. Al principio estaban enfadados y asombrados por mi marcha, por dejar de dar clases. Como es lógico, me señalaron los peligros y las consecuencias.

— Lógico — repitió Belinda con sequedad.

— No pueden evitarlo. Pero hablamos mucho tiempo. Creo que nunca habíamos

hablado así antes. Les expliqué por qué me iba, qué quería hacer y por qué... bueno, no todo el porqué.

—¿No le has preguntado a tu madre sobre lo que eres?

—Al final no pude. Mencioné a mi abuela, hablé de los legados y de lo acertado que resultaba que me llamara como ella. Mi madre no mordió el cebo —contestó Rowan—. No quiso sacar el tema. Es como si nunca lo hubiera sabido ni sospechado. Lo que corre por mi sangre, y por la suya, no existe para ella.

—¿Así que dejaste las cosas tal cual?

— ¿Por qué iba a presionarla con algo que la hace sentirse incómoda o infeliz? —Rowan levantó las manos—. Yo estoy contenta, y con eso basta. ¿De qué habría servido que hubiese intentado saltar todas las barreras que ella ha puesto?

— De nada. Hiciste lo correcto, para ti y para tu madre.

— Lo que importa es que, al final, mis padres comprendieron, dentro de lo que cabe, las decisiones que he tomado. Porque, en el fondo, lo único que quieren es que sea feliz.

— Te quieren.

— Sí, puede que más de lo que jamás había pensado — Rowan sonrió —. Me alegro de que Alan esté saliendo con una profesora de Matemáticas. Mi madre acabó confesándome que habían cenado con ellos alguna vez y que hacen una pareja estupenda.

— Ojalá que les vaya bien — dijo Belinda.

— Se lo deseo de corazón. Es un buen hombre y se merece ser feliz.

— Tú también.

—Sí, es verdad —Rowan miró en derredor por última vez antes de cerrar la maleta—. Y voy a intentar serlo.

Estoy emocionada, Belinda. Nerviosa, pero emocionada. Irme a Irlanda así, sin billete de vuelta, sin saber si me quedaré ni adónde iré ni qué haré. Es excitante.

— ¿Irás primero al Castillo de los Donovan, en Clare?, ¿a ver a los padres de Morgana, Sebastian y Ana?

— Sí. Te agradezco que te hayas puesto en contacto con ellos.

—Te gustarán, y tú les gustarás a ellos.

— Eso espero. Y quiero aprender más — dijo Rowan —. Quiero aprender mucho más.

—Entonces aprenderás... Te voy a echar de menos, prima — Belinda le dio un abrazo y luego corrió hacia la salida—. Me voy antes de que empiece a llorar. Llámame, escríbeme, silba. Haz lo que quieras, pero mantén el contacto.

— Lo haré — Rowan la acompañó a la puerta y le dio un último y fuerte abrazo—. Deséame suerte.

— Eso y más. Te quiero, Rowan — se despidió Belinda, casi llorando.

Rowan cerró la puerta, también conmovida, se dio media vuelta y miró. No quedaba nada, pensó. Nada que hacer. Al día siguiente se marcharía. Tenía familia en Irlanda, raíces. Y ya era hora de explorarlas y de explorarse a sí misma.

Lo que había aprendido le serviría de base para seguir creciendo. y aunque se acordaba de Liam y lo echaba de menos, sabía que había tomado la decisión correcta. Podía vivir dolida, pero no convivir con alguien que no había confiado en ella.

Entonces llamaron a la puerta. Al principio se sobresaltó, pero luego supuso que sería Belinda otra vez.

Sin embargo, la mujer que se encontró al abrir la puerta era una desconocida, bella y elegante.

—Hola, Rowan. Espero no molestarte —dijo con acento irlandés.

—No, en absoluto —contestó ésta—. Pase, por favor, señora Donovan.

—No estaba segura de si sería bien recibida —contestó la mujer, sonriente—. Teniendo en cuenta la tontería que ha hecho mi hijo.

—Me alegro de conocerla. Lo siento... no puedo ofrecerle ni una silla.

—Así que te vas. Bueno, te daré esto como un regalo de despedida —la mujer le entregó una caja de madera—. Y en agradecimiento por el dibujo de Liam. Son ceras, los pasteles que querías.

—Gracias —,Rowan tomó la caja—.Me sorprende que quiera verme, teniendo en cuenta que Liam y yo... hemos discutido.

—Ah —la mujer hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia—. Yo he discutido con él lo suficiente para saber que es imposible no hacerlo. Es muy cabezota. Pero su corazón no es tan duro... Perdón, no pretendía hacerte sentir incómoda —añadió al ver que Rowan desviaba la mirada.

—Está bien —Rowan dejó la caja sobre la encimera de la cocina americana—. Es su hijo y lo quiere.

—Sí, lo quiero mucho. Con todos sus defectos —la mujer colocó una mano sobre el brazo de Rowan, delicadamente—. Sé que te ha hecho daño y lo siento mucho. ¡Debería darle un buen cachete! —exclamó de pronto, con un cambio de humor que hizo sonreír a Rowan.

—¿Le ha dado alguno?

—¿Algún cachete? —esta vez fue Arianna la que se echó a reír—. Con Liam no hay más remedio. Nunca fue un chico fácil. Ha salido a su padre, aunque Finn dice que tiene mi genio.. Pero si una mujer no tiene carácter, los hombres pasan por encima de ellas... ¡Oh, todavía lo quieres! No he querido mirar para no ofenderte, pero se te ve en la cara —agregó con los ojos poblados de lágrimas tras ver la expresión de Rowan.

—No importa.

Pero antes de que pudiera darse la vuelta, Arianna le agarró las manos y les dio un pellizco cariñoso.

—El amor es lo único que importa, y eres lo suficientemente inteligente para saberlo. Sólo he venido como madre, sin más derechos que los de una madre, con el corazón de una madre. Y Liam está sufriendo.

—Señora Donovan...

—Arianna. La decisión es tuya, pero debes saberlo. El también está sufriendo y te echa de menos.

— Liam no me quiere.

—Si no te quisiera no habría cometido tantos errores estúpidos. Conozco su corazón, Rowan — dijo Arianna con sencillez—. Y es tuyo si lo aceptas. No lo digo porque quiera que ocupe el lugar de su padre. Habría dado la bienvenida a cualquier persona a quien él amara. No le des la espalda a tu propia felicidad sólo por una cuestión de orgullo. Siempre os sentiréis fríos el uno sin el otro.

— Me estás pidiendo que vuelva con él.

— Te estoy pidiendo que escuches tu corazón. Ni más ni menos.

Rowan cruzó los brazos y se frotó los codos mientras daba vueltas por el apartamento.

— Todavía lo quiero. Siempre lo querré. Puede que parte de mí se diera cuenta al instante. Y le entregué mi corazón.

— y él no lo apreció como debería, porque tenía miedo.

— No confiaba en mí.

—No, Rowan, no confiaba en él mismo.

—Si me quiere... —sólo pensarlo la hacía sentirse vulnerable, así que denegó con la cabeza y se dio media vuelta—. Tendrá que decírmelo. Y tendrá que aceptarme de igual a igual. No me conformaré con menos.

Arianna esbozó una dulce sonrisa.

—¿Pero volverás a verlo? —le preguntó esperanzada.

—Sí —Rowan suspiró—. ¿Me ayudarás?

El lobo corría por el bosque, como intentando vencer a la noche. La luna creciente apenas iluminaba, pero sus ojos veían en la oscuridad. Le pesaba el corazón. Procuraba dormir lo menos posible, pues siempre soñaba con ella, por más que tratara de impedirlo.

Cuando llegó a los acantilados, echó la cabeza hacia atrás y llamó a su compañera. Mientras el aullido resonaba en el silencio, el lobo lamentaba lo que había perdido por su propia culpa. Intentaba culparla a ella. Y lo conseguía. A menudo. Como hombre y como lobo, su mente trabajaba para encontrar modos de cargarle el peso a ella.

Había sido demasiado impulsiva, se había precipitado. Había tergiversado sus argumentos adrede. Se había negado a ver la lógica de todo cuanto había hecho él.

Pero esa noche no lograba engañarse. Se alejó de los acantilados, martirizado por no poder dejar de anhelarla. Oyó en su cabeza que el amor se acercaba, pero no presto atención, gruñó y siguió corriendo.

Conquistó las sombras. Olfateó el aire, volvió a gruñir. Era a Rowan a quien olía. La cabeza le estaba gastando una broma pesada, pensó furioso por su debilidad. Rowan lo había abandonado, punto final.

Entonces vio la luz, un brillo dorado a través de los árboles. El lobo se acercó al círculo de piedras, entró... y la vio de pie, en el centro. Y se quedó inmóvil. Llevaba un



vestido largo, plateado, que le bailaba en torno a los tobillos. El pelo le caía suelto sobre los hombros, adornado con joyas del color de la luna. También había plata en sus muñecas, y en sus orejas.

y un medallón le colgaba del cuello sobre el vestido. Un medallón ovalado, de adularia, con el borde de plata. Estaba frente al fuego que había hecho. Entonces le sonrió.

— ¿Estás esperando a que te dé un cachete, Liam? — preguntó ella mientras los ojos del lobo se inflamaban.

Este adoptó forma humana y se acercó a ella.

— Te fuiste sin decir una sola palabra.

—Pensé que habíamos hablado suficiente.

—Pero has vuelto.

—Eso parece —Rowan enarcó una ceja con frialdad estudiada, a pesar de los nervios que le dentelleaban el estómago—. Llevas el amuleto. Te has decidido.

— Sí. Asumiré mi obligación cuando llegue el momento. Y tú llevas el tuyo.

— Lo heredé de mi bisabuela —Rowan cerró los dedos en torno a la piedra y sintió que sus nervios se apaciguaban—. Lo he aceptado, como me he aceptado a mí misma.

—Voy a volver a Irlanda —dijo Liam, el cual cerró las manos en puño para contener las ganas de acariciarla.

—¿De veras? —preguntó Rowan con ligereza, como si no significase nada para ella—. Yo estaba pensando en ir para allá también esta mañana. Por eso pensé que debía volver y terminar con esto antes.

— ¿Ibas a ir a Irlanda? — repitió Liam con el ceño fruncido. ¿Quién era esa mujer tan fría?, se preguntó.

— Quiero ver de dónde vengo. Es un país pequeño — Rowan se encogió de hombros—. Pero lo suficientemente grande para que no tengamos que cruzarnos. Si eso es lo que quieres.

—Quiero que vuelvas —respondió Liam sin poder detener las palabras. Maldijo y metió las manos en los bolsillos. Lo había dicho. Se había humillado, pero le daba igual—. Quiero que vuelvas — repitió.

—¿Para qué?

—Para... —Liam se alisó el cabello—. ¿Para qué crees? Voy a asumir la dirección de la familia y quiero que estés conmigo.

— No es tan sencillo.

Liam estuvo tentado de responder al instante, pero comprendió que su contestación habría sido demasiado acalorada.

— De acuerdo, te hice daño. Lo siento. Nunca fue mi intención y te pido disculpas.

—Genial, lo sientes. Ya puedo lanzarme a tus brazos.

— ¿Qué quieres que diga? — preguntó él, sorprendido por la mordacidad de Rowan—. Cometí un error... más de uno. Aunque no me guste reconocerlo.

—Pues vas a tener que hacerlo. Te tomaste tu tiempo decidiendo si yo te servía

para tus propósitos... después de haber decidido lo que querías. Cuando no sabías lo de mi herencia, te planteaste si aceptarme y esquivar así una responsabilidad que no sabías con seguridad si querías. Luego decidiste si me aceptabas o no.

— Las cosas no son blancas o negras contestó Liam. Luego suspiró, sabedor de que en ocasiones las zonas grises no importaban —. Aunque sí, más o menos. Habría sido un paso muy grande en cualquier caso.

— Para mí también — espetó ella, enrabieta —. ¿Pero te paraste a pensar en eso?

— No te vayas —le pidió Liam cuando esta se dio media vuelta. Rowan no había tenido intención de hacerla. Sólo se había girado para andar un poco y relajarse. Pero el tono desesperado de Liam la ablandó—. ¡Por Dios, Rowan, no me dejes otra vez! ¿Sabes cómo me sentí cuando te fui a buscar a la mañana siguiente y vi que te habías ido?, ¿sin más? La casa estaba vacía, pero llena de ti. Quise buscarte, buscarte y traerte aunque fuera a rastras.

— Pero no lo hiciste.

—No —Liam la miró a la cara—. Porque tenías razón. Yo había tomado todas las decisiones. Tú tomaste la de marcharte y no me quedaba más remedio que vivir con ello. Ahora te pido que no vuelvas a dejarme, que no me hagas vivir con ello. Me importas.

— ¿Que te importo? — Rowan enarcó ambas cejas—. Es muy poco para lo mucho que me pides.

— Me preocupo por ti.

— Y yo me preocupo por el perrillo que tiene mi vecina. No me basta con eso, así que si eso es todo...

— Te quiero. Maldita sea, sabes perfectamente que te quiero — Liam le agarró una mano. Ni el agarrón ni el tono de voz habían sido amorosos en absoluto.

— Quedamos en que yo no tenía el poder de ver los pensamientos de los demás, así que, ¿por qué iba a saber perfectamente lo que no me dices?

— Te lo estoy diciendo. Maldita sea, ¿es que tampoco oyes? —replicó Liam descontrolado —. Te he querido desde el principio. Me decía a mí mismo que no... que no podía quererte hasta que me decidiera. Llegué a engañarme y a creérmelo, pero siempre te he querido.

Aquellas apasionadas palabras la iluminaron como haces de un arco iris. Cuando fue a hablar, en cambio, Liam la soltó y empezó a dar vueltas como el lobo en que solía transformarse.

—y no me gusta —prosiguió él—. No tengo obligación de quererte.

—No —Rowan se preguntó por qué se sentía halagada, más que insultada. Y se le ocurrió que eso le concedía un gran poder sobre él—. No estás obligado. Y yo tampoco.

— Antes de conocerte estaba contento con mi vida.

— No, no lo estabas — contestó Rowan —. Estabas inquieto, insatisfecho y un poco aburrido. Igual que yo.

— Tú eras infeliz. y, por lo que dices, es como si pensaras que debería haberme

aprovechado de eso; que debería haberme acostado contigo a la primera de cambio, haberte dicho cosas para las que no estabas preparada y haberte llevado a Irlanda. Pero no lo hice y no me arrepiento de eso. Aunque pueda haberte engañado, tanto tú como yo necesitábamos tiempo. Cuando iba a ti en forma de lobo era para hacerte compañía, como un amigo. Es verdad, te vi desnuda, pero, ¿por qué no iba a haberlo hecho? Y cuando te hacía el amor en sueños, no era yo el único que disfrutaba.

—No recuerdo haber dicho lo contrario —contestó Rowan en tono desafiante, alzando la barbilla—. Aun así, tú tomaste la decisión de colarte en mis sueños.

— Sí, Y volvería a tomarla para tocarte otra vez, aunque sólo sea con la mente. Para mí no es fácil reconocer que te deseo tanto. Decirte que he sufrido estando sin ti. Ni pedirte que me perdones por hacer lo que creía que era correcto.

— Todavía tienes que decirme lo que esperas de mí ahora.

— Creo que he sido bastante claro —respondió Liam, frustrado—. ¿Quieres que te lo suplique?

— Sí — contestó después de pensárselo un segundo, con suma frialdad.

Los ojos de Liam se encendieron, primero de asombro y luego de rabia. Cuando se acercó a ella, a Rowan le temblaron las piernas. Pero, de pronto, él se arrodilló.

— Entonces lo haré — Liam le agarró las manos —. Te suplico que te quedes conmigo, Rowan.

— Liam...

— Si tengo que humillarme, al menos no me interrumpas —murmuró él—. No creo que nunca hayas sido vulgar. Ni creo que hayas podido ser débil en tu vida. Lo que veo al mirarte es una mujer con un corazón tierno y generoso... . demasiado generoso para pensar en ti en ocasiones. Eres la mujer que quiero. He querido antes a otras, pero nunca he necesitado a ninguna. Te necesito. He apreciado a otras mujeres, pero nunca las he amado. Y yo te amo. Espero que eso sea suficiente, Rowan.

Esta se quedó muda.

— ¿Por qué no me lo habías dicho antes? —preguntó cuando por fin encontró la voz.

— Porque me cuesta mucho declararme. Si es arrogancia, así es como soy. Pero te pido que me aceptes como soy. Tú me quieres. Lo sé.

Ya le había suplicado lo suficiente, pensó Rowan, la cual tuvo que contenerse para no sonreír: a pesar de estar de rodillas, Liam seguía pareciendo arrogante y feroz.

— Nunca he dicho que no. ¿Me pides algo más?

— Te pido todo. Te pido que aceptes lo que soy y lo que voy a hacer. Que seas mi esposa, dejes tu casa por la mía y que entiendas que será para siempre. Para siempre, Rowan — repitió Liam con una débil sonrisa —. Porque los lobos se emparejan de por vida, y yo también. Te estoy pidiendo que compartas esa vida, que me dejes compartir la tuya. Te estoy pidiendo aquí, en el corazón de este círculo sagrado, que me pertenezcas.

Le besó las manos y no separó los labios hasta que Rowan sintió que las palabras se transformaban en sentimientos y los sentimientos la invadían mágicamente.

— No tendré a otra que no seas tú —prosiguió Liam—. Me dijiste que tenía tu corazón en mis manos y que nunca tendría otro igual. Ahora te digo que tú tienes el mío en las tuyas, y te juro que nunca tendrás otro igual. Nadie te amará más nunca. Tú decides, Rowan.

Esta lo miró, vio cómo levantaba la cabeza Liam hacia ella, cómo la iluminaba el fuego que él le había enseñado a encender. No necesitaba leer sus pensamientos para nada. Todo lo que quería, se reflejaba en los ojos de Liam. y tomó la decisión. Rowan se puso de rodillas para estar a su altura y habló:

— Te acepto, Liam, como tú me aceptas a mí. Y no me conformaré con menos nunca. Compartiremos la vida que juntos hagamos. Te perteneceré como tú me pertenecerás a mí. Esa es mi decisión, y mi promesa.

— ¡Dios!, te he echado de menos. Cada hora del día. Sin ti no tengo magia, no siento el corazón — dijo Liam, embargado de emoción, apoyando la frente sobre la de ella. Rowan lo besó y lo abrazó, respondiendo con su amor a todas las preguntas de él.

Liam se puso de pie, la levantó en brazos, y ella se echó a reír alegremente. Alzó las manos y vio una estrella fugaz surcando el cielo.

— ¡Vuelve a decírmelo! —le pidió—. ¡Ahora!

— Te quiero —dijo él—. Ahora... y siempre.

Rowan lo abrazó hasta notar el corazón de Liam contra el suyo.

— Liam Donovan, ¿me concedes un deseo? —le preguntó sonriente.

—Rowan Murray de O'Meara, puedes pedirme lo que quieras.

— Llévame a Irlanda. Llévame a casa.

—¿Ahora, amor mío? —dijo Liam, pletórico de felicidad.

— Por la mañana — Rowan lo abrazó aún más fuerte — . 'Todavía es pronto. y cuando se besaron frente al fuego, bajo el brillo del cielo constelado, las hadas bailaron en el bosque. En las colinas lejanas, las gaitas sonaron para celebrar la unión, y la magia resonó en el corazón del bosque.

El amor ya no tenía que acercarse, había llegado a su destino.

**Nora Roberts - Serie El legado de los Donovan 4 - Sortilegio (Harlequín by Mariquiña)**